Sexto Aurelio Víctor

SOBRE LOS CÉSARES

DESDE OCTAVIO AUGUSTO, ESTO ES DESDE EL FINAL DE LA HISTORIA DE TITO LIVIO, HASTA EL DÉCIMO CONSULADO DE CONSTANCIO AUGUSTO Y EL TERCERO DE JULIANO CÉSAR

CLÁSICOS DE HISTORIA 539

Sexto Aurelio Víctor

SOBRE LOS CÉSARES

DESDE OCTAVIO AUGUSTO, ESTO ES DESDE EL FINAL DE LA HISTORIA DE TITO LIVIO, HASTA EL DÉCIMO CONSULADO DE CONSTANC AUGUSTO Y EL TERCERO DE JULIANO CÉSA

CLÁSICOS DE HISTORIA 539

SEXTO AURELIO VÍCTOR

SOBRE LOS CÉSARES

DESDE OCTAVIO AUGUSTO, ESTO ES DESDE EL FINAL DE LA HISTORIA DE TITO LIVIO, HASTA EL DÉCIMO CONSULADO DE CONSTANCIO AUGUSTO Y EL TERCERO DE JULIANO CÉSAR

Sextus Aurelius Victor
Origine du peuple romane. Hommes illustres de la ville de Rome. Histoire des Cèsars. Vies des empereurs romains
Traduction nouvelle par M. N. A. Dubois
París 1846
https://books.google.es/books?id=9m0OAAAAQAAJ&hl=es

Edición digital:
https://remacle.org/bloodwolf/historiens/aurelvictor/index.htm

Traducción de José Javier Martínez

Texto latino:
Liber de Cæsaribus Aurelii Victoris Historiæ Abbreviatæ ab
Augusto Octaviano, id est a fine Titi Livii, usque ad consulatum

decimum Constantii Augusti et Iuliani Caesaris tertium.

https://www.thelatinlibrary.com/victor.caes.html

CLÁSICOS DE HISTORIA 539

SOBRE LOS CÉSARES

DESDE OCTAVIO AUGUSTO, ESTO ES DESDE EL FINAL DE LA HISTORIA DE TITO LIVIO, HASTA EL DÉCIMO CONSULADO DE CONSTANCIO AUGUSTO Y EL TERCERO DE JULIANO CÉSAR

I.
Octavio Augusto

En el año 722 de la fundación de Roma se recuperó la costumbre de obedecer enteramente a un solo jefe: Octavio, hijo de Octavio, y adoptado por César, su tío abuelo. Octavio, a quien un senado-consulto dio el sobrenombre de Augusto por su clemencia tras la victoria en la guerra civil, primero ganó a los soldados con su generosidad, después al pueblo con la esperanza de distribución de alimentos, y finalmente a los demás ciudadanos, que se sometieron con docilidad. De este modo ejerció el poder durante casi cuarenta y cuatro años, y murió de enfermedad en Nola, tras haber añadido al imperio la Recia y la Iliria, y domado el ardor indomable de las naciones extranjeras, con excepción de Germania. Además, habiendo vencido a Antonio, fue el tercero desde los tiempos de Numa que cerró el templo de Jano, una costumbre observada entre los romanos cuando las guerras daban algún reposo a la república. Augusto era popular y alegre, pero excesivamente apasionado por los placeres, por los juegos y por la intemperancia, que le hacían caer en el despego. Devoto protector de los eruditos, que eran muy numerosos en su tiempo, sentía un gran afecto por sus allegados. Por último, combinó el gusto por la elocuencia con la piedad más admirable. Su clemencia le valió el título de *Padre de la Patria* y el poder tribunicio perpetuo. En Roma, en todas las provincias del imperio y en las principales ciudades, antes y después de su muerte, se le consagraron templos y colegios sacerdotales como si fuera un dios. Fue tan afortunado (excepto con respecto a sus hijos y esposa), que los de la India, los escitas, los garamantes y los de Bactria le enviaron embajadores para implorar su alianza.

II.
Claudio Tiberio Nerón.

Claudio Tiberio Nerón, yerno de Augusto y su hijo adoptivo, cuando se vio suficientemente seguro y dejó de temer las revueltas, se hizo cargo el imperio, aunque rehusó astutamente el nombre de emperador. Tortuoso e inescrutable, casi siempre fingía aversión por lo que más deseaba, e insidioso interés por lo que era objeto de su odio. De una vivacidad de espíritu que siempre se inspiraba más en lo momentáneo, se convirtió, tras unos buenos comienzos, en el azote de la república. Su desmesurado libertinaje llegaba hasta los mayores refinamientos, casi sin distinción de edad y sexo, y castigaba con atroz barbarie a los inocentes, ya fueran romanos o extranjeros. Por odio a las ciudades y por misantropía, había elegido la isla de Capri como refugio de sus bajezas. Debilitó la disciplina del ejército, lo que hizo perder al imperio casi todas sus conquistas, de las que no quedó nada excepto Capadocia, que fue reducida a provincia romana a principios del reinado de Tiberio, al expulsar del trono al rey Arquelao. También reprimió el bandidaje de los gétulos, que bajo las órdenes de Tacfarinas habían irrumpido por distintos lugares. Antes de Tiberio, las cohortes pretorianas estaban dispersas por los municipios vecinos, o alojadas en la misma Roma en las casas de los ciudadanos. Él las estableció en un cuartel fortificado próximo a la capital, y elevó a su jefe a la dignidad de prefecto pretoriano. Anteriormente Augusto había instituido para su guardia y para la protección de la ciudad otros cuerpos de soldados.

III.
Cayo César Calígula.

Tiberio que, después de un reinado de veintitrés años y a la edad de setenta y nueve años, murió a consecuencia de la naturaleza o de las intrigas, fue sucedido por Cayo César, de sobrenombre Calígula, a quien toda Roma llamó al trono, en memoria de sus antepasados y de su padre. De hecho, era bisnieto de Augusto y nieto de Agripa por parte de su madre, y tuvo como abuelo paterno a Druso, padre de Germánico, de quien nació. Las muertes prematuras de estos príncipes, todas producidas antes de tiempo (con excepción de Augusto), el trágico final de la madre y los hermanos de Calígula (a quienes Tiberio había matado a mitad de su vida), en fin, su modestia y su juventud, inspiraban en el pueblo conmovedoras esperanzas. También se confiaba en suavizar las penas de una familia tan noble, con la esperanza en el triunfo de su joven renuevo, nacido en los campamentos militares, donde había tomado su renombre por el calzado característico de los soldados, y donde era el ídolo de las legiones. Por último, todo hombre sensato estaba seguro de su semejanza a sus padres, a pesar de la opuesta ley de naturaleza que a menudo hace seguir un hombre malvado al virtuoso, un ignorante al culto, o al contrario, y así sucesivamente; ejemplo que ha hecho considerar a muchos sabios la ventaja de no tener hijos.

Además, la buena opinión que se habían formado de Calígula no carecía de cierto fundamento verdadero. En efecto, al principio había disimulado tan bien sus monstruosos vicios, ya por modestia, ya por hipocresía, que en todas partes se repetía con justicia que nunca había habido mejor esclavo ni peor amo que él. Finalmente, y alcanzado el poder, con gran habilidad disfrazó los auténticos sentimientos de su espíritu, y llevó a cabo varias acciones que satisficieron al pueblo, al senado y a las tropas. Incluso en una ocasión en que le denunciaron una conspiración, como si se negara a creerla, dijo en voz alta que era poco probable que se pudiera intentar algo contra alguien cuya existencia no era una carga ni un perjuicio para nadie.

Pero repentinamente hace morir de diversas maneras a un pequeño número de personas inocentes, y a partir de entonces, como una fiera que ha bebido sangre, se abandona por completo a la ferocidad de su naturaleza; desde entonces y durante tres años, mancilla al universo con la repetida matanza de los senadores y ciudadanos más virtuosos. A estos crímenes añade el incesto con sus propias hermanas y el adulterio con las más nobles mujeres romanas; se presenta vestido con el traje de los dioses, se jacta de ser Júpiter, a

causa de su triple incesto con sus hermanas; Luego, en sus orgías y en sus bacanales, afirma que es el dios Baco. Sin embargo, en medio de sus desórdenes, reúne a todas las legiones en un solo cuerpo y parece que van a pasar a Germania. Pero pronto reciben la orden de recoger, en las costas del Océano, conchas y pequeños guijarros: él mismo preside esta operación, unas veces vestido con una túnica vaporosa y con los atributos de Venus, otras, completamente armado; no cesa de repetir que se lleva, no el botín de los hombres, sino el de los dioses. Sin duda porque se apoderó de esa especie de conchas que los griegos, siempre aficionados a la exageración, llaman *ojos de ninfa*. Orgulloso de tales hazañas, intenta tomar el título de señor y adornar su frente con la diadema real.

Así pues, todos los ciudadanos que conservaban las antiguas virtudes romanas, animados por Casio Querea, resolvieron liberar a la república de tan pernicioso flagelo, mediante la muerte del tirano; y esta brillante acción habría tenido el mismo resultado que el heroísmo de Bruto, que expulsó a Tarquino, si los romanos hubieran sido todavía entonces los únicos soldados de Roma. Pero desde el momento en que la indolencia y la blandura obligaron a los ciudadanos a componer sus legiones sólo de extranjeros y bárbaros, la corrupción de las costumbres aniquiló la libertad y la pasión por la riqueza no conoció límites.

Mientras que, por un decreto del Senado, gentes armadas perseguían a la familia imperial y a todos sus miembros, sin exceptuar a las mujeres, la casualidad quiso que un epirota, que formaba parte de las cohortes que custodiaban los puestos más importantes del palacio, descubrió a Tiberio Claudio escondido en un rincón muy oscuro, lo sacó de repente y comenzó a gritar a sus compañeros: «Si sois sabios, aquí tenéis un emperador.» En efecto, la estupidez de Claudio le hacía aparentar una gran bondad ante aquellos que no lo conocían. Esto ya le había sido de gran ayuda con su tío Tiberio, de humor intratable, y lo había preservado de los celos de su sobrino Calígula; Aun diría más: se había ganado al pueblo y a los soldados por el desprecio y el miserable trato que había sufrido bajo los reinados tiránicos de estos dos emperadores anteriores. La mayoría de los presentes recordaron tales circunstancias, y de repente las tropas presentes le rodearon, sin que nadie se opusiera; y en seguida los restantes soldados y una gran multitud corrieron hacia allí.

Ante esta noticia, los senadores quisieron impedir la intentona con rapidez. Pero viendo que cundían violentas sediciones por toda la ciudad y en todos los órdenes del estado, cada una con propósitos diferentes, se sintieron obligados a someterse. Así se consolidó nuevamente en Roma el poder supremo de uno solo, y se comprobó claramente que los esfuerzos de los mortales son inútiles cuando la



fortuna no les apoya.

IV.
Claudio.

Claudio, vil esclavo de su glotonería, imbécil y sin memoria, cobarde y más que cobarde, no dejó, por su pusilanimidad, de tomar a menudo decisiones excelentes, sobre todo por consejo de los más nobles, a los que su miedo inspiraba deferencia: pues los espíritus estúpidos actúan según los impulsos que reciben. La influencia de hombres sabios hizo que detuviera el desbordamiento de los vicios; que aboliera en la Galia las infames supersticiones de los druidas; que promulgara leyes en beneficio de los romanos; que introdujera las reformas más profundas en el ejército; que preservara y ampliara las fronteras del imperio, dándole como sus límites al este Mesopotamia; al norte el Rhin y el Danubio; al sur Mauritania (que ya no tuvo más reyes tras Yuba). Claudio derrotó a las hordas de los musalamios; sometió las partes más occidentales de Britania, y para ello se embarcó en el puerto de Ostia, ya que fue ésta la única provincia a la que acudió en persona, pues fueron sus generales los que obtuvieron las demás conquistas. También puso fin a la hambruna causada por Calígula, quien, deseoso de construir un teatro marítimo al que se llegara en carruajes, había reunido barcos de todas partes del mundo, con gran detrimento de la república.

Añadamos que habiendo restablecido el censo y la censura, expulsó del Senado a varios de sus miembros; dejó allí, sin embargo, a un joven libertino, cuyo padre había dado testimonio de buena conducta, y añadió juiciosamente, sobre esto, que un padre también debe ser el censor de sus hijos. Pero cuando las caricias de Mesalina, su mujer, y las palabras lisonjeras de los libertos que también le gobernaban, le hubieron llevado al mal, no se contentó con cometer los crímenes de un tirano, se atrevió a todos los que una mujer de la más baja abyección y los más viles esclavos podían sugerir al loco que era su amo. Su mujer, al principio, se entregó a toda clase de adulterios, sin orden ni concierto, como si ejerciera un derecho, sacrificando casi siempre, con sus cómplices, a quienes, por honor o por miedo, se abstenían de responder a sus deseos. También, valiéndose de artificios habituales en mujeres de esta especie, acusaba de haber querido seducirla a aquellas mismas personas a las que ella había tratado de corromper. Entonces, inflamada por la lubricidad más odiosa, prostituyó como viles cortesanas, al igual que ella, a las mujeres casadas y a las jóvenes más nobles. Los hombres se vieron obligados a presenciar este horrible espectáculo; y si alguien mostraba horror ante tales bajezas, se inventaba una acusación y se tomaban

medidas contra él y contra toda su familia.

Como Claudio, según acabamos de decir, era la pusilanimidad misma, estaba siempre temiendo que se tramara alguna conspiración, lo que aterrorizaba a un emperador tan miedoso. Ese mismo pavor servía de medio a los libertos para hundir a todos aquellos de los que se querían deshacer. Cómplices al principio de los crímenes de su protectora, tan pronto como adquirieron una autoridad pareja a la de ella, la hicieron matar por medio sus sicarios, como si su amo se lo hubiera ordenado, aunque era ignorante de todo. Mesalina había llevado la infamia hasta tal extremo que, durante un viaje de Claudio al puerto de Ostia para divertirse con cortesanas, contrajo un nuevo matrimonio en Roma, lo que puso el broche de oro a su mala fama, y todos se asombraron de que, bajo un emperador, la emperatriz prefiriera desposarse con un hombre corriente antes que con el propio emperador.

De este modo los libertos, habiéndose vuelto más poderosos que nunca, mancillaron todo con infames libertinajes, destierros, asesinatos y proscripciones. Finalmente impulsaron a su estúpido amo, a pesar de su avanzada edad, a codiciar a una sobrina suya en un nuevo matrimonio. A pesar de que se consideraba a Agripina mucho más inexperta que la primera esposa de Claudio, como precisamente se veía amenazada con el destino de Mesalina, acabó por envenenar a su marido.

Claudio había reinado catorce años. En el año sexto de su imperio, cuando se conmemoró en Roma con rara magnificencia los ocho siglos desde la fundación de la ciudad, apareció en Egipto el Fénix, ave maravillosa de la que se dice que con rápido vuelo, cada quinientos años, surge desde las renombradas regiones de Arabia. Al mismo tiempo, una enorme isla emergió repentinamente del mar Egeo, durante una noche en la que se había producido un eclipse lunar. La muerte violenta de Claudio, como la de Tarquino el Viejo, permaneció ignorada durante mucho tiempo, pues los guardias de palacio, corrompidos con los artificios de Agripina, hicieron pasar al emperador por enfermo y afirmaron que, a la espera de su recuperación, había confiado el cuidado de la república a su yerno, a quien hacía poco había admitido en el número de sus hijos.

V.
Lucio Domicio Nerón.

Así pues se convirtió en emperador Lucio Domicio, porque éste era el nombre de Nerón, por el de su padre Domicio. Aunque muy joven cuando empezó su reinado, que fue tan largo como el de su suegro, se mostró magnánimo durante los primeros cinco años, y sobre todo puso tanto cuidado en embellecer la ciudad de Roma, que Trajano afirmó a menudo con razón que todos los emperadores estaban a mucha distancia del primer lustro de Nerón. Fue entonces cuando, con el consentimiento del rey Polemón, redujo el Ponto a provincia romana, llamada desde entonces Ponto Polemoníaco; lo mismo ocurrió con los Alpes Cocios después de la muerte del rey Cocio.

Nerón demostró de manera bastante clara que la juventud no es obstáculo para la virtud, pero que ésta no resiste al libertinaje cuando corrompe el carácter, y que, habiendo escapado primero a esta ley al imponerse la juventud, después se sumergió en el desorden con un ardor más pernicioso. De hecho, pasó el resto de sus días en una deshonra que causaría vergüenza y pena contemplada en el individuo de menor calidad, y mucha más en el amo del mundo. Primero lo vimos cantando en público para conseguir una corona, al modo de los griegos. Más tarde, sin respetar su propia honra ni la de los demás, vistió el velo nupcial de las doncellas delante del senado, hizo que le pagaran una dote y, en medio de las festividades con las que el pueblo celebraba estos casos, dio su mano a un pervertido, elegido entre los más infames.

Pero éste fue el menor de los crímenes de Nerón. Cubierto con la piel de una fiera, hizo atar como criminales a dos personas de distinto sexo, les acariciaba los genitales con su rostro, para luego excitar a esta pareja a depravaciones aún más vergonzosas. Muchos llegan incluso a acusarle de incesto con su madre, quien, consumida por el deseo del poder, quería subyugar a su hijo mediante cualquier crimen. Por mi parte, aunque otros escritores han negado estos hechos, lo creo irrefutable; porque, tan pronto como los vicios han invadido el corazón del hombre, pronto hastiado por los asaltos indecentes a extraños, su lujuria habitual le conduce a crímenes antinaturales aún más monstruosos. Ella necesitaba algo nuevo para hacer más dulce el placer: así terminó recurriendo a todos los excesos, incluso con sus parientes más cercanos.

Triste verdad que quedó claramente demostrada por la conducta de Nerón y Agripina: vemos, de hecho, que esta última procedía al

mal como por gradación: hubo adulterios antes del matrimonio con su tío, torturas hacia desconocidos antes del asesinato de su marido. Nerón, a su vez, siguió la misma progresión: primero violó a una sacerdotisa de Vesta, luego se prostituyó; Finalmente, tanto el hijo como la madre llegaron al incesto. Pero tales caricias no podían, sin embargo, unirlos entre sí; y mientras, lanzándose a nuevos crímenes, se tendían mutuas asechanzas, la madre terminó sucumbiendo.

Así pues, después de transgredir con un parricidio todas las leyes divinas y humanas, Nerón redobló cada día su furor contra los ciudadanos más virtuosos. En consecuencia, se tramaron varias y diferentes conspiraciones para liberar la república. El descubrimiento de estas tramas y la tortura de los implicados hicieron a Nerón aún más cruel. Resolvió incendiar Roma, entregar el pueblo a las fieras, envenenar a todos los senadores y trasladar la sede del imperio a otra parte: un designio que le había sido inspirado especialmente por el embajador parto que, un día, estando los cortesanos cantando en una fiesta, como era costumbre, escogió para él a un tañedor de cítara. Al aducir que era un hombre libre, Nerón respondió que el embajador podía llevarse a quien quisiera, porque nadie, bajo su dominio, era libre.

Y esto se habría cumplido si el gobernador de Hispania Galba, al oír que Nerón había ordenado su muerte, no se hubiera apresurado a tomar el poder y acudir a Roma, a pesar de su avanzada edad. Pero cuando Galba ya estaba cerca, Nerón, que había sido abandonado por todos excepto por un eunuco, a quien antes había intentado transformar en mujer castrándolo, se atravesó con una daga, puesto que ni siquiera para morir mereció la ayuda de nadie.

La familia de los Césares terminó con Nerón: un caso que varios prodigios habían anunciado. Citemos los principales: el bosque de laureles de la villa de los Césares, dedicado a los que habían celebrado un triunfo, se secó de repente. Allí mismo murieron una gran cantidad de gallinas blancas destinadas al culto religioso, merecedoras de una consideración especial que todavía hoy mantienen.

VI.
Servio Galba.

Miembro de la ilustre familia de los Sulpicios, desde el momento en que Galba entró en Roma pareció haber venido sólo para contribuir al libertinaje y a la crueldad, pues comenzó a saquear, a encarcelar, a tiranizar a los ciudadanos; causando terribles estragos, profanó todo de una manera horrible. Tales excesos hicieron que su poder vacilara rápidamente. En efecto, es mayor el descontento cuando se contraría la benignidad que confiadamente se esperaba. Por eso Galba era odiado especialmente por los soldados, a quienes, por codicia, había reducido sus pagas. Pronto fue asesinado por instigación de Otón, que estaba muy molesto porque el emperador había escogido a Pisón como su hijo adoptivo. Otón sublevó a las cohortes, ya muy irritadas, y las condujo con sus armas al Foro. Galba, cubierto con una coraza, corrió entonces a calmar el tumulto; pero fue muerto cerca del lago Curcio, tras un reinado de siete meses y siete días.

VII.
Salvio Otón.

Salvio Otón, antaño culpable al igual que otros de una vergonzosa familiaridad con Nerón, apenas había salido de la adolescencia cuando tomó el poder imperial. Lo conservó durante casi ochenta y cinco días, a pesar de las malas costumbres que de antemano se sabían sobre él. Derrotado cerca de Verona por Vitelio, que venía de las Galias, se suicidó.

VIII.
Aulo Vitelio.

De esta manera el imperio quedó en manos de Aulo Vitelio. Sanguinario desde un principio, su dominio habría provocado casos aún más desastrosos si Vespasiano hubiera permanecido más tiempo ocupado con la guerra de Judea, que había emprendido por orden de Nerón. Al saberse la llegada al trono y la muerte de Galba, y ante las súplicas simultáneas de las tropas de Mesia y de Panonia, que enviaron mensajeros para exhortarle a declararse emperador, asumió el título. Los soldados de que acabamos de hablar, sabiendo que los pretorianos habían elevado a Otón al imperio y que el ejército de Germania acababa de proclamar a Vitelio, quisieron, como suele suceder en los campamentos, por un espíritu de rivalidad, aparentar que no cedían nada a las otras legiones, y empujaron al trono a Vespasiano, a quien sus grandes acciones habían hecho ya reconocido como emperador por las cohortes de Siria.

Sólo era un reciente senador cuyos antepasados habían vivido en la humilde ciudad de Reate; pero sus talentos y sus virtudes civiles y militares le dieron la más alta consideración a los ojos de todos. Cuando sus lugartenientes pasaron a Italia y derrotaron a las tropas de Vitelio cerca de Cremona, éste acordó con Sabino, prefecto de Roma y hermano de Vespasiano, abdicar la dignidad imperial, a costa de cien millones de sestercios, tomando a los soldados como árbitros. Pero pronto, creyendo que le habían engañado con falsas noticias, pareció recobrar todo su furor e hizo quemar a este mismo Sabino con todos los del partido contrario en el Capitolio, donde se habían refugiado para salvar la vida.

Cuando supo que todo era cierto y que llegaba el ejército enemigo, corrió a esconderse en la portería de su palacio; pero lo apresaron, le echaron una cuerda al cuello como se hace con los parricidas, lo arrojaron por las escaleras Gemonias, y lo apuñalaron entre todos; finalmente su cuerpo fue arrojado al Tíber. Su tiranía había durado ocho meses; tenía unos cincuenta y siete años de edad.

Todos estos emperadores, cuyas vidas acabo de resumir brevemente, y especialmente la familia de los Césares, tenían un espíritu cultivado en letras y elocuencia que, si no fuera por la enormidad de los vicios de todo tipo que los deshonraron, a excepción de Augusto, habrían podido superar fácilmente algunos defectos leves con el brillo de su talento. Aunque estos ejemplos prueban suficientemente la superioridad de las buenas costumbres sobre el conocimiento, todo hombre, y especialmente un príncipe, debe

esforzarse, en lo posible, por reunir las dos cualidades; pero si sus ocupaciones cada vez mayores y más abundantes le impiden ampliar sus conocimientos, que al menos posea un cierto barniz de elegancia y de autoridad.

IX.
Flavio Vespasiano.

Vespasiano fue uno de esos hombres que combinan una virtud impecable con una elocuencia fácil que nace del alma. Hacía mucho tiempo que el mundo estaba anegado por la sangre, sin fuerzas y abatido. Vespasiano curó pronto sus heridas, pues, si exceptuamos a los que se habían excedido en sus atrocidades, optó en general por perdonar a los cómplices de la tiranía en lugar de hacerlos perecer por medio de tormentos. Pensaba con gran sabiduría que era el miedo lo que había forzado a muchos a realizar acciones infames. Aunque se tramaron varias conspiraciones contra él, lejos de castigar a sus autores les respetó vida y libertad, reprochándoles tan sólo, con la dulzura que formaba la base de su carácter, toda la locura que había en ignorar la carga y las innumerables preocupaciones del poder imperial.

Lleno de confianza en los presagios de los augures, porque muchos casos le habían hecho conocer su veracidad, creyó firmemente que sus dos hijos, Tito y Domiciano, serían sus sucesores. Añadamos que, con leyes más equitativas, dio advertencias saludables y, lo que es mucho más sorprendente aún, había destruido con el ejemplo de su vida la mayoría de los vicios; sin embargo, algunos autores dicen, aunque sin razón, que era impotente contra la tentación del dinero; de hecho, es sabido por todos que,a consecuencia de la escasez del tesoro y la ruina de las ciudades, si al principio impuso nuevas cargas y nuevos tributos, no los renovó más tarde.

Además, estas sumas le sirvieron para reconstruir el Capitolio de Roma, que acababa de ser incendiado, como hemos dicho más arriba, para levantar el templo de la Paz, para reparar el monumento de Claudio, para construir el mayor de los anfiteatros, otros muchos edificios y un foro. Todas estas obras se comenzaron y terminaron durante su reinado. Además, las ciudades de todos los países sometidos al poder romano fueron notablemente embellecidas. Se abrieron caminos con ayuda de inmensas obras y se excavaron montañas para dar una suave pendiente a la Vía Flaminia. Tantas obras tan destacadas, realizadas en poco tiempo y sin perjuicio alguno para los campesinos, son más bien una prueba de sabiduría que de avaricia.

Después de haber restablecido la antigua severidad de la censura, expulsó del Senado a todos aquellos cuya mala conducta los hacía indignos de ocupar allí un lugar; y de la élite de los mejores

ciudadanos de todo el imperio reconoció mil nuevas familias patricias; había encontrado sólo doscientas, y con la mayor dificultad; porque la crueldad de los tiranos había destruido a la mayoría de ellas.

El rey parto Vologeses se vio obligado por las armas a hacer la paz. La parte de Siria llamada Palestina y Judea fueron reducidas a provincia romana por los esfuerzos triunfales de Tito, a quien Vespasiano, su padre, al partir hacia Italia, había dejado al cargo de esta guerra extranjera. Tito, que obtuvo prontamente la victoria, fue nombrado prefecto del pretorio. Era éste un cargo ya importante, pero que con Tito adquirió un mayor peso hasta convertirse en la segunda dignidad del imperio. Pero ahora que los magistrados desprecian la honestidad, y se confunden virtud e ignorancia, incapacidad y talento, muchos prefectos del pretorio se han hecho famosos por su ineptitud en el ejercicio del poder, por la insolencia, la injusticia, la abyección de los vicios más vergonzosos, y la rapacidad infame justificadas con el pretexto de asegurar los abastecimientos.

X.
Tito Flavio Vespasiano.

Tan pronto como Tito se convirtió en dueño del imperio, es difícil creer cuánto superó a aquel que tomó como modelo, especialmente en su cultura, clemencia y liberalidad. Hasta entonces, los nuevos emperadores tenían la costumbre de ratificar las concesiones hechas por sus predecesores; tan pronto como estuvo en el trono, aseguró, mediante un edicto espontáneo, todas estas ventajas a sus poseedores, a cuyos deseos se anticipó.

Fue sublime en virtud y bondad hasta el punto de proteger incluso a aquellos que habían conspirado contra él. Así, dos patricios del más alto rango, incapaces de negar el complot que habían tramado contra su vida, fueron, según sus propias confesiones, condenados por el Senado al último castigo. Tito entonces ordenó que los trajeran ante él. Los condujo al teatro, les hizo sentar a su lado, pidió a propósito, como para examinar su punta, la espada de uno de los gladiadores que estaban luchando, y se la confió a los dos conspiradores. Quedaron sorprendidos y admirados ante tanta firmeza. «¿No veis —les dijo entonces el emperador— que es el destino el que da el poder y que es vano un crimen realizado con la esperanza de apoderarse de él o con el temor de perderlo?»

Después de un reinado de unos dos años y nueve meses, durante el cual completó el anfiteatro iniciado por su padre, murió envenenado al salir del baño, a la edad de cuarenta años. Vespasiano había dejado de vivir en su septuagésimo año, y el décimo de su reinado. La muerte de Tito causó tan grande luto en las provincias, que todos, llamándolo el deleite de la humanidad, lo lloraron como si el mundo hubiera perdido para siempre a su protector y a su padre.

XI.
Tito Flavio Domiciano.

Domiciano, después de la muerte de su hermano Tito, el mejor de los príncipes, se entregó con más frenesí que nunca a todos los crímenes públicos y privados. A las infamias de su juventud agregó robos, asesinatos, torturas. Llevando su monstruoso libertinaje hasta los máximos excesos, trató a los senadores con un orgullo que era más que arrogancia, obligándoles a llamarle señor y dios; títulos que sus sucesores inmediatos rechazaron rápidamente, pero que otros emperadores adoptaron posteriormente con mayor entusiasmo. Domiciano al principio se fingió clemente y desplegó cierta energía en los asuntos de gobierno, y parecía aún más activo en la guerra. Habiendo vencido a los dacios y a los catos, dio al mes de septiembre el nombre de Germánico, y el suyo propio al de octubre. Completó muchas obras iniciadas por su padre y continuadas por su hermano, entre otras el Capitolio.

Pero entonces, convertido en un tirano feroz y sanguinario, ordenó perseguir a los buenos ciudadanos. Y en la ridícula apatía a que le habían sumido los excesos del libertinaje, apartado de todos, perseguía bandadas de moscas: ejercicio vergonzoso que él llamaba con la palabra griega κλινοπάλην (batalla del lecho). De allí surgió una multitud de sarcasmos contra él, como esta respuesta que se dio a un hombre que preguntaba si había alguien en palacio: «Ni siquiera una mosca, salvo quizás en el lugar donde el emperador lucha con ellas.»

Como la crueldad de Domiciano aumentaba cada día en exceso y furia, y se hacía cada vez más temible hasta para los que vivían cerca de él, conspiraron contra su vida sus libertos junto con la emperatriz, que prefería un bufón antes que a él. Así pues, recibió el castigo de sus crímenes a la edad de cuarenta y cinco años, tras un reinado de unos quince. El Senado decretó que debía ser enterrado como un gladiador y que su nombre debía ser borrado en todas partes.

Pero su muerte conmovió mucho a los soldados, cuyas fortunas privadas sólo crecen a expensas de la fortuna pública. Pronto, como era habitual, estallaron movimientos sediciosos que exigieron a gritos la ejecución de los asesinos del emperador. Con gran dificultad hombres sensatos lograron contenerlos y reconciliarlos con los patricios. Sin embargo, no dejaron de tratar entre ellos sobre la guerra civil: tanto les apenaba perder las generosas gratificaciones que les aseguraban las rapiñas de Domiciano.

Hasta aquí el imperio había sido gobernado por romanos o italianos. Ahora se convertirán en emperadores algunos extranjeros; y no sé si, como Tarquinio el Viejo, no fueron mucho mejores que los primeros. Con todo lo que he leído y averiguado, estoy firmemente convencido de que la ciudad de Roma verdaderamente debió su nueva grandeza a la virtud y al talento de los extranjeros allí naturalizados.

XII.
Nerva Coceyo.

¿Quién fue, en efecto, más sabio y más moderado que Nerva de Narnium? Era ya muy viejo y vivía en el país de los secuanos, donde se había refugiado por miedo al tirano, cuando las legiones lo eligieron emperador. Convencido de que el imperio sólo podía ser bien gobernado por hombres de mayor fuerza física y moral que la suya, abdicó por voluntad propia al cabo de dieciséis meses, habiendo consagrado previamente el foro llamado Pervio, en el que se encuentra el templo de Minerva, monumento cuya grandeza coincide con su magnificencia. Si siempre es hermoso consultar las propias fuerzas sin dejarse llevar por la rápida pendiente de la ambición, es sobre todo para aquel que posee el poder supremo, objeto de los deseos ávidos de todos los mortales, de la codicia de los ancianos, incluso en el umbral de la tumba. Pero lo que prueba más claramente la gran sabiduría de Nerva son los méritos del personaje que eligió como sucesor.

XIII.
Ulpio Trajano.

Dotó al Imperio con Ulpio Trajano, nacido en Itálica, ciudad de Hispania, de familia senatorial y consular, que fue adoptado por Nerva. Sería difícil encontrar un político más hábil, un guerrero más ilustre que Trajano. Pues él fue el primero, o incluso el único, en extender las fuerzas y el dominio romano más allá del Danubio, después de haber derrotado y reducido a provincias las dos naciones de Sacios y Dacios, portadores de lanzas, con su victoria sobre los reyes Decébalo y Sardonio. Además, todos los países de Oriente situados entre los famosos ríos Indo y Eufrates, experimentaron también el poder de sus armas victoriosas. Exigió rehenes al rey persa Cosroes, al mismo tiempo que hacía abrir una inmensa calzada a través de los pueblos bárbaros, para facilitar el paso del Mar Negro a la Galia. Edificó fortalezas en los lugares más expuestos a las sorpresas con la traza más oportuna. Construyó un puente sobre el Danubio, y formó un gran número de colonias.

Luego, en Roma, completó los foros iniciados por Domiciano y muchas otras obras que embelleció y decoró con ornamentos más allá de toda magnificencia. Con admirable previsión, y con el fin de conservar una perpetua abundancia en Roma, fundó y consolidó el colegio de panaderos. Para conocer más rápidamente lo que ocurría en todo el imperio, instituyó inspectores y correos públicos: establecimiento bastante útil, pero que iba a conducir a la ruina del mundo romano por la avaricia y la insolencia de algunos de sus sucesores. Digamos que en estos últimos años el azote ha perdonado a las provincias ilirias, que han obtenido mucho alivio gracias a la saludable administración del prefecto Anatolio. Así, en un Estado, el bien y el mal pueden cambiar de naturaleza según el carácter de quienes gobiernan.

Justo, misericordioso, el más paciente de los hombres y sobre todo el más fiel de los amigos, Trajano, por su aprecio a Sura, le dedicó el edificio que lleva este nombre. Confiaba tanto en su propia virtud, que cada vez que, según la costumbre, entregaba a Saburano, prefecto del pretorio, una daga como atributo distintivo de su alto cargo, le decía a modo de advertencia: «Te confío este arma para que me defiendas, si obro bien; pero para volverlo contra mí, si obro mal.» Porque quien gobierna a otros tiene menos derecho que nadie a equivocarse. Así, puesto que le dominaba la pasión por el vino, como a Nerva, había mitigado los efectos de este vicio con su prudencia, al prohibir expresamente la ejecución de las órdenes que diere tras un

banquete excesivamente largo…

Con estas virtudes gobernó el imperio durante casi veinte años. Cuando se produjo un violento terremoto que se sintió desde Antioquía hasta los extremos de Siria, Trajano, que a petición del Senado se había propuesto reiniciar la guerra en Oriente, murió de enfermedad a avanzada edad, después de haber asociado anteriormente al imperio a Adriano, su compatriota y pariente suyo. En el reinado de Adriano se inició la separación de los títulos de César y Augusto, y la costumbre de permitir que dos o más príncipes ejerzan el poder soberano en la república, con título diferente y poder desigual. Otros autores, sin embargo, creen que Adriano debió su elevación al mérito de Plotina, la esposa de Trajano, quien tras su muerte dio a entender que lo había instituido por testamento como heredero del imperio.

XIV.
Elio Adriano.

Eliano Adriano, que tenía más aptitud para la elocuencia y las funciones civiles que para la guerra, pacificó Oriente y regresó a Roma. Allí, fiel imitador de los griegos o de Numa Pompilio, comenzó a instituir ceremonias, leyes, gimnasios, y tuvo tan particular cuidado de los estudios y las letras, que fundó en favor de las bellas artes una escuela llamada Ateneo. Introdujo también en Roma las iniciaciones de Ceres y los misterios de Libera o Eleusina, según el rito de los atenienses. Luego, para olvidar sus fatigas (como suele suceder en tiempos de paz) se retiró a su villa de Tíbur, después de haber dejado el gobierno de la capital a Lucio Elio César. Para sí mismo, según las costumbres de los hombres felices y opulentos, hizo construir palacios, tuvo gran cuidado en ordenar fiestas, en procurar estatuas y pinturas: se le vio, finalmente, buscar, con escrupulosa solicitud, todos los refinamientos del lujo y de la voluptuosidad.

Desde entonces corrieron mil rumores que lo deshonraban: se le acusaba de haber manchado el honor de los jóvenes, de haber ardido por Antinoo con una pasión antinatural: ésta era, se decía, la única razón por la que había dado el nombre de este adolescente a una ciudad que había fundado. Fue por esta razón que erigió estatuas en honor a este favorito. Otros, es cierto, sólo quieren ver allí un acto de piedad y un sentimiento religioso de gratitud. Adriano, dicen, deseando una larga vida, consultó a los arúspices, quienes le aseguraron que su deseo se cumpliría si alguien consentía en morir por él; todos se negaron; sólo Antínoo se ofreció generosamente. Y de ahí todos los homenajes que rindió a su memoria, y de los que hablamos más arriba. Dejaremos la cuestión sin resolver, aunque la relación de un príncipe tan laxo en sus costumbres con un hombre de una edad tan inferior nos parece muy equívoca.

Mientras tanto murió Elio César; el propio Adriano reconoció entonces que su espíritu empezaba a debilitarse, y que ya el desdén reemplazaba al respeto que antes se le había mostrado; Por lo tanto, convocó al Senado para nombrar un César. Mientras los senadores se apresuraban a acudir a la asamblea, el emperador vio por casualidad a Antonino, que sostenía con su brazo los pasos vacilantes de un anciano, su suegro o su padre. Lleno de admiración ante este espectáculo, Adriano hizo adoptar legalmente a Antonino como César y ordenó la ejecución inmediata de muchos senadores que se habían burlado de él.

Murió poco después en Bayas de una cruel enfermedad, tras un

reinado de veintidós años menos un mes; y aunque de edad avanzada, estaba aun lleno de vigor. El Senado, insensible a los ruegos del nuevo príncipe, se negó a otorgar a Adriano honores divinos; ¡tanto lamentaban la muerte de muchos de sus miembros! Pero cuando de repente se presentaron aquellos cuya muerte se deploraba, todos, después de abrazar a sus amigos, acabaron por conceder lo que al principio habían negado.

XV.
Antonino Pío.

Aurelio Antonino fue llamado Pío, el Piadoso. Libre de la mancha de los vicios, casi sin tacha, de una antiquísima familia de la ciudad municipal de Lanuvio, de la que era senador, tenía un carácter tan equilibrado y una moral tan pura, que demostró claramente que la paz y el ocio más prolongados no podían corromper una virtud perfecta, y que los pueblos serían verdaderamente felices si fueran gobernados por hombres sabios. Finalmente, durante los veinte años que gobernó la república, siempre permaneció constante. Celebró con gran magnificencia los novecientos años de la fundación de Roma. Si nunca obtuvo los honores del triunfo, guardémonos de acusarle de debilidad: lejos de ello, fue ciertamente mucho más glorioso para él que nadie, bajo su imperio, se atreviera a perturbar la paz, y que él mismo no quisiera hacer ostentación de su poder llevando la guerra a naciones pacíficas. Añadamos que, como no tenía hijos varones, prestó un último servicio a los romanos colocando al marido de su hija al frente de la república.

XVI.
Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero.

Eligió, pues, como yerno y sucesor a Marco Boyonio, conocido por el nombre de Marco Aurelio Antonino, de la misma ciudad y de familia tan noble como la de su suegro, al que superó con creces tanto en filosofía como en elocuencia. En la paz y en la guerra, todas las acciones y designios de Marco Aurelio llevaban el sello de la sabiduría divina; pero empañaba su brillo su negligencia a la hora de reprimir los excesos de su esposa, cuyas pasiones eran tan impetuosas y vivaces que, durante su estancia en Campania, visitaba con mucha asiduidad los lugares más agradables de la costa para seleccionar entre los marineros, que casi siempre trabajan desnudos, a aquellos más capaces de satisfacer su infame lujuria.

Cuando Antonino murió en Lorio a los setenta y cinco años, Marco Aurelio asoció inmediatamente a su hermano Lucio Vero al imperio. Este príncipe, primero derrotado por los persas, acabó venciéndolos a su vez y triunfando sobre su rey Vologeses. Cuando murió pocos días después, se difundió el rumor calumnioso de que había sido víctima de la perfidia de su pariente, quien, se decía, celoso y envidioso de sus hazañas, lo había envenenado durante una comida: utilizando un cuchillo, uno de cuyos lados había sido untado con veneno, Marco Aurelio habría cortado la vulva de una cerda en dos lonchas, que deliberadamente había servido solas en la mesa; comió la mitad y, según la costumbre de los que viven juntos familiarmente, habría ofrecido a su hermano adoptivo el trozo envenenado que quedaba. Sólo aquellos capaces de cometer tal crimen pueden atribuir un crimen así a un hombre tan eminente. Además se sabe con seguridad que Lucio murió de un derrame cerebral en Altino, una ciudad del Véneto.

Marco Aurelio unió tanta sabiduría, dulzura, pureza de costumbres y conocimientos literarios, que cuando iba partir para la guerra de los marcomanos con su hijo Cómodo, a quien había nombrado César, varios filósofos lo rodearon, rogándole que no se expusiera a los azares de esta expedición y de los combates, antes de haberlos iniciado en los misterios más profundos y ocultos de las sectas filosóficas: ¡tanto temían los azares de esta campaña, tanto por su vida como en interés de la ciencia! De hecho, las artes liberales florecieron con tal brillantez bajo su reinado que, en mi opinión, en esto sobre todo consiste la gloria de este siglo. Las ambigüedades de las leyes fueron entonces aclaradas de manera admirable; se abolió la obligación de que la persona citada a juicio proporcionara un fiador; y

se introdujo en la ley la feliz innovación de simplemente denunciar la reclamación y esperar sin fianza hasta el día del juicio.

Todos los súbditos del imperio, sin distinción, recibieron el título de ciudadanos de Roma; se construyeron, ampliaron, repararon, embellecieron gran número de ciudades y, sobre todo, en África, Cartago, que había sido destruida por la acción devoradora del fuego; en Asia, Éfeso y Nicomedia entre los bitinios, ambas destruidas por un terremoto, como Nicomedia lo fue por segunda vez en nuestros días, bajo el consulado de Cerealis. El emperador obtuvo triunfos sobre las naciones que se habían aliado con el rey Marcomaro, desde la ciudad de Carnutum, en Panonia, hasta el centro de la Galia.

Después de dieciocho años de tan glorioso reinado, el príncipe, todavía en la flor de su vida, murió en Vindobona, profundamente llorado por toda la humanidad. Finalmente el senado y el pueblo, que hasta entonces habían votado por separado la muerte de los demás emperadores, se reunieron esta vez para conceder a Marco Aurelio toda clase de homenajes, templos, columnas y sacerdotes.

XVII.
Lucio Aurelio Cómodo.

Desde el principio de su reinado, el hijo de Marco Aurelio fue considerado un tirano feroz, y tanto más detestable cuanto que presentaba un marcado contraste con el recuerdo de sus predecesores; memoria que es una pesada carga para los perversos descendientes de buenos príncipes, porque, además del odio común de que son objeto todos los malvados, levantan contra ellos la execración universal como corruptores de su raza. Cómodo, sin embargo, mostró mucha actividad y energía en la guerra: después de varios éxitos exitosos sobre los cuados, dio su nombre al mes de septiembre. Mandó construir unas termas muy indignas del poder romano.

Era de un carácter tan cruel y bárbaro, que a menudo mataba a los gladiadores mientras simulaba luchar contra ellos: para ello oponía su espada de acero contra la de plomo de su oponente. Ya había matado a bastantes de esta manera, cuando uno de ellos, llamado Esceva, hombre audaz, vigoroso y lleno de confianza en su arte asesino, le hizo perder el gusto por esta clase de ejercicios. Arrojando a un lado con desdén su inútil espada de plomo, le dijo al emperador: «Tu espada bastará para los dos.» Ante estas palabras, Cómodo temió que Esceva, como suele suceder, le arrebatara el arma en la lucha y le atravesara con ella; por eso mandó retirarlo. Habiéndose vuelto más temeroso de los gladiadores, dirigió su furia contra las bestias salvajes.

Esta sed insaciable de sangre lo convirtió en objeto de horror para todos, y los más cercanos conspiraban contra él: ¡tanto miedo les inspiraba su dominio! Sus mismos guardianes, que temían su naturaleza tan pérfida como malvada, intentaron por primera vez envenenarlo muy secretamente, alrededor del año trece de su reinado. Pero el efecto del veneno fue neutralizado por la comida que había ingerido en abundancia; sin embargo, como se quejaba de un fuerte dolor en los intestinos, su médico, que era el jefe de la conspiración, le aconsejó que fuera al gimnasio. Allí, uno de sus sirvientes, encargado de los masajes con aceite y que también estaba entre los conspiradores, le puso los brazos alrededor del cuello, como para luchar, y con este abrazo lo apretó vigorosamente, y Cómodo expiró.

Ante esta noticia, el Senado, que se había reunido en gran número esa mañana para celebrar las fiestas de enero, y de acuerdo con el pueblo, lo declaró enemigo de los dioses y de los hombres,

decretó que su nombre fuera borrado en todas partes y se apresuró a entregar el imperio al prefecto de la ciudad, Publio Helvio Pertinax.

XVIII.
Publio Helvio Pertinax.

Con un conocimiento universal y una integridad de costumbres digna de los primeros romanos, este príncipe, por su excesiva frugalidad, igualó a los Curios y a los Fabricios. Los soldados, a quienes no les bastaba el agotamiento y la ruina del mundo entero, lo degollaron ignominiosamente, por instigación de Didio, después de un reinado de ochenta días.

XIX.
Didio Juliano.

Entonces Didio Salvio Juliano, con el apoyo de los pretorianos, a quienes había atraído a sus proyectos con las más espléndidas promesas, ascendió del cargo de prefecto de la guardia nocturna a la cima del poder soberano. Procedente de una familia muy ilustre, se distinguió además por un mérito superior en la ciencia del derecho, pues fue el primero que ordenó y reglamentó el caos oscuro y confuso de los edictos anuales de los pretores. Su ejemplo prueba, para así reprimir la ambición, que los conocimientos sin la virtud, son completamente inútiles: a pesar de los preceptos de moralidad y rigor que había establecido como regla de conducta, Didio se dejó arrastrar al mismo crimen para cuyo castigo había propuesto un nuevo suplicio.

Sin embargo, no disfrutó por mucho tiempo del objeto de sus deseos. Cuando le llegaron las noticias de lo sucedido, Septimio Severo, gobernador de Siria, que entonces hacía la guerra en los extremos del imperio y que acababa de ser elegido emperador, lo derrotó cerca del puente Milvio; y los soldados enviados en su persecución lo mataron en Roma, cerca de su palacio.

XX.
Septimio Severo.

Septimio Severo, lleno de dolor y de ira por el asesinato de Pertinax, y de indignación por la furia criminal de los pretorianos, se apresuró a disolver esta milicia; luego, después de haber vencido a todos sus contrarios por las armas, mediante por un senado-consulto concedió a Helvio el rango de los dioses, y ordenó abolir para siempre el nombre, los escritos y las acciones de Salvio. Ésta fue la única de sus órdenes que no se pudo cumplir, porque las artes poseen tanto prestigio y son tan valoradas, que ni siquiera la moral más depravada borra la memoria de los buenos escritores. Digamos más: esta clase de muerte a la que están condenados les trae tanto honor como atrae odio hacia quienes pronunciaron la sentencia, pues todos los contemporáneos, y principalmente la posteridad, piensan que no se puede sofocar a estos bellos genios por haberse manchado con delitos en un rapto de locura. Esto es lo que debe inspirar más confianza a todas las personas virtuosas, y especialmente a mí, que, nacido en el campo, hijo de un labrador pobre e inculto, he sabido hasta ahora, mediante serios estudios, procurarme una existencia más honorable. A mi juicio, es un mérito muy particular de nuestra nación, gracias a un destino feliz, el ser fecunda en hombres de bien, y sobre todo honrar los méritos que han sabido nacer de la ignorancia.

Citemos al mismo Severo, cuya virtud nadie en la república superó: en efecto, aunque murió a avanzada edad, los senadores decretaron, en señal de duelo público, que se suspendiera el curso de la justicia y que se pronunciara una oración fúnebre en su honor. Y añadieron que un hombre tan extremadamente justo o no debería haber nacido o no debería haber muerto. Al principio se le criticó por ser excesivamente severo en la reforma de la moral pública. Pero cuando Roma, restituida a la inocencia de sus antepasados, hubo recobrado la verdadera salud del alma, causó admiración en todas partes la clemencia del emperador. Así, la práctica de la virtud, tan dolorosa en principio, por medio de un hábito feliz se convirtió en un verdadero placer gozoso.

Septimio Severo, venció a Pescenio Níger cerca de Cícico, y a Clodio Albino en Lugdunum, y les obligó a suicidarse. El primero, gobernador de Egipto, había tomado las armas con la esperanza de alcanzar el poder supremo; el segundo, autor de la muerte violenta de Pertinax y que usurpaba el imperio en la Galia, intentaba por miedo pasar a Britania, provincia que Cómodo le había confiado como recompensa por sus servicios. La muerte de estos dos competidores y

la matanza sistemática de sus partidarios hicieron que Septimio pareciera un hombre excesivamente cruel. Se le dio el sobrenombre de Pertinax, porque su tenacidad era muy similar a la de ese emperador. Otros pensamos que fue sobre todo por su extremo rigor, del que aquí tenemos un ejemplo. Uno de sus enemigos, obligado por las circunstancias, como suele ocurrir en las guerras civiles, se había unido al partido de Albino. Tras explicar a Severo sus razones, concluyó: «¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?» «Yo habría sufrido el mismo castigo que tú», respondió Severo. Palabras y obras crueles a los ojos de la gente de bien, tan indulgentes que tienden a atribuir el odio de las disensiones civiles a la fortuna, aunque hayan sido premeditadas, y que aceptan alterar la verdad para salvar a los ciudadanos, antes que para perderlos. Pero Septimio, deseoso de destruir primero las facciones, para después obrar más suavemente, quiso castigar sin piedad a todos los cómplices de cualquier conspiración. Temía que la confianza en el perdón convirtiese poco a poco a muchos ciudadanos en conspiradores, crimen del que sabía que la corrupción del siglo lo hacía casi irresistible. Y admito que el progreso del mal se había vuelto entonces tan aterrador, que no había otro remedio que la severidad excesiva.

Septimio, afortunado y sabio especialmente en la guerra, nunca libró una batalla sin ganarla, y amplió los límites del imperio con la derrota del rey de Persia, llamado Abgar. En cuanto a los árabes, atacarlos, someterlos y reducirlos a provincia romana, todo ello era para él una sola empresa. Y habría impuesto un tributo a los adiabenios, si la esterilidad de su territorio no le hubiera disuadido de hacerlo. Por tantas grandes hazañas los senadores le concedieron los apodos de Árabe, Adiabénico y Pártico. Ambicioso de empresas aún mayores, expulsó a los enemigos del imperio en Britania y, convencido de la utilidad de esta provincia, la fortificó con una muralla transversal, erigida de un mar al otro, en los confines del Océano. Añadamos que obligó a las naciones guerreras a huir lejos de la provincia de Trípoli, donde se encuentra la ciudad de Leptis, su lugar de nacimiento. Realizó cosas tan arduas con tanta mayor facilidad porque, siendo implacable ante las faltas de disciplina, siempre recompensaba generosamente todas las acciones meritorias. Por último, no dejaba impune ni el más pequeño robo, y castigaba a los soldados romanos más severamente que a los demás, porque la experiencia le había enseñado que sus desviaciones se debían o a culpa de sus jefes o a un espíritu de facción.

Apasionado por la filosofía, la elocuencia y todas las artes liberales, llegó incluso a componer, con tanta elegancia como sinceridad, una historia de su vida. También le debemos las leyes más justas. Este príncipe, tan ilustre en casa y en el extranjero, vio el

esplendor de su gloria oscurecido por los desórdenes de su esposa, por la que tenía un afecto tan vergonzante que no podía separarse de ella, aunque conocía todas sus fechorías y la parte que había tomado en una conspiración: una debilidad deshonrosa para los hombres más bajos, pero más aún para los príncipes, y especialmente para el emperador, a quien están sujetos, no digo sólo los individuos comunes, los ciudadanos tomados individualmente o los criminales, sino también los imperios, los ejércitos y los vicios mismos.

Septimio demostró todo su poder en un caso en el que, ocupado en una campaña, se vio obligado a detenerse a causa de una enfermedad que le afectó los pies. En su impaciencia, los soldados eligieron Augusto a su hijo Basiano, quien lo acompañaba como César. Septimio entonces se hizo llevar a su tribunal, ordenó que todos se presentaran y que el nuevo emperador, los tribunos, los centuriones y las cohortes que tuvieron la desgracia de participar en este nombramiento, comparecieran como acusados. Aterrado, su ejército victorioso se postró e imploró perdón por tan grandes ultrajes: «¿No sabéis —dijo golpeándose con la mano— que es la cabeza la que manda más que los pies?»

Poco después murió de enfermedad en la ciudad municipal de Eboracum, en Britania, tras un reinado de dieciocho años. De origen bastante humilde, se dedicó primero a las letras, luego a las leyes; pero como le reportaban poca ventaja, como sucede en muchos casos, buscó y probó otros caminos más favorables a la fortuna, y acabó por ascender al imperio. Fue allí donde después de haber soportado las pruebas más dolorosas, los trabajos, las preocupaciones, los temores y la perpetua inestabilidad de las cosas de aquí abajo, dijo, testigo vivo de las miserias humanas: «Todo lo he sido, y ese todo no me sirve de nada.»

Geta y Basiano, sus hijos, hicieron transportar sus restos mortales a Roma, los cuales, después de un magnífico funeral, fueron colocados en la tumba de Marco Aurelio, por quien había tenido la más profunda veneración. De hecho, por devoción a este emperador había aconsejado que Cómodo, a quien llamaba su hermano, fuera colocado entre los dioses. Al nombre de Basiano, su hijo, había añadido el de Antonino, porque después de mil pruebas, mil vicisitudes, había recibido de este príncipe el augurio de los honores que le esperaban, al concederle el puesto de prefecto del fisco: es evidente que los que triunfan con dificultad, conservan el recuerdo del arranque de su prosperidad y el de los hombres que la impulsaron.

Tras la muerte de Septimio estalló la discordia entre sus dos hijos, como si les obligara su herencia a hacerse la guerra. Geta, que llevaba el nombre de su abuelo paterno y cuyo carácter era más

templado que el de Basiano, era para este último un motivo perpetuo de ansiedad, por lo que le hizo perecer en una emboscada. Este cruel triunfo se hizo aún más odioso por el asesinato de Papiniano, según piensan los interesados en la historia. Dicen que Papiniano, que entonces era secretario de Basiano, recibió de éste la orden de enviar a Roma, lo más rápidamente posible, el informe correspondiente de estos acontecimientos. Pero, afligido por la muerte de Geta, Papiniano respondió que no era tan fácil justificar un parricidio como cometerlo: respuesta que fue causa de su muerte. Ahora bien, este relato no es menos perverso que absurdo; porque se sabe que Papiniano era prefecto del pretorio; y además, es imposible que Basiano ordenara ese imprudente ultraje hacia un hombre que amaba a Geta.

XXI.
Antonino Caracalla.

Antonino Basiano, deseoso de ganarse al pueblo de Roma con un don de una naturaleza hasta entonces desconocida, les dio una nueva túnica que llegaba hasta los talones, que fue llamada caracalla, y por ello el emperador fue apodado así. Pero como él mismo llevaba esta prenda, fueron también llamadas antoninas, por su nombre. En las orillas del río Meno derrotó a los alamanes, una nación muy numerosa que sobresalía en el combate de caballería. Paciente, afable y pacífico, era tan afortunado como su padre. También tenía su misma esposa, Julia, que a la vez era su suegra, cuyos trastornos he mencionado más arriba; enamorado de su belleza, quiso casarse con ella. Un día, esta mujer ambiciosa y desvergonzada, fingiendo no saber que el joven príncipe estaba allí, se paró completamente desnuda frente a él: «Si me lo permitieras —gritó—, me gustaría disfrutar de tus encantos.» «Si queréis, tenéis plena licencia», replicó con el mayor descaro esta mujer que, con sus vestidos, se había despojado también de todo pudor. Caracalla introdujo en Roma los misterios de Egipto, abrió una vía nueva y muy espaciosa a la ciudad, y construyó unas termas de gran magnificencia. Terminadas estas obras marchó a Siria, y mientras viajaba por aquella provincia murió en el sexto año de su reinado. Sus restos mortales, traídos a Roma en medio del duelo público, fueron depositados en la tumba de los Antonino.

XXII.
Opilio Macrino y Diadúmenes.

Entonces Opilio Macrino, prefecto del pretorio, fue proclamado emperador por las legiones, quienes también dieron el título de César a su hijo, llamado Diadúmenes. Pero después, como añoraban profundamente al príncipe que acababan de perder, elevaron al trono al joven Antonino. De Macrino y de Diadúmenes sólo conocemos su carácter feroz y grosero. Apenas pudieron conservar el imperio durante unos catorce meses, y fueron asesinados por los mismos que los habían elegido.

XXIII.
Marco Aurelio Antonino Heliogábalo.

Entonces fue llamado al trono el hijo de Basiano, Marco Antonino, el cual después de la muerte de su padre, para escapar de los ataques que temía, se había refugiado en el asilo inviolable del templo del Sol, que los sirios llaman Heliogábalo, y de ahí el sobrenombre que recibió el joven príncipe. Hizo transportar la estatua de este dios a Roma y la colocó en el lugar más recóndito de su palacio. No hubo mujer desvergonzada, ni siquiera cortesana, a quien no superara en la infamia de su libertinaje: pues ordenó que se buscaran cuidadosamente en todo el mundo a los hombres más disolutos, para que contemplaran y practicaran todos los refinamientos posibles de los placeres más monstruosos. Como sus excesos aumentaban cada día y lo mismo hacía el afecto de los romanos por Alejandro, a quien los senadores, al enterarse de la muerte de Opilio, habían nombrado César, Heliogábalo fue asesinado en el campamento de los pretorianos, después de un reinado de treinta meses.

XXIV.
Aurelio Alejandro Severo.

El Senado, de acuerdo con los pretorianos, transfirió inmediatamente el poder de Augusto a Aurelio Alejandro, nativo de una ciudad siria que llevaba el doble nombre de Arce y Cesarea. Aunque ciertamente joven, tenía un talento superior a su edad, e hizo inmediatamente grandes preparativos para la guerra contra el rey de Persia, Jerjes. Lo derrotó, lo puso en fuga y pasó con extrema rapidez a la Galia, que los germanos intentaban saquear. Allí castigó con mucha firmeza a varias legiones sediciosas; una medida que en su momento lo cubrió de gloria, pero que, posteriormente, fue causa de su caída. Los soldados se horrorizaron ante aquella severidad, e incluso su exceso le valió el apodo de Severo, y lo asesinaron en Sicilia, ciudad de Britania, donde se encontraba con una pequeña escolta.

Marcó su reinado con la construcción de un célebre monumento, uno de los más bellos adornos de Roma, pero sobre todo por su respeto, por su piedad más que filial hacia Mamea, su madre. Además, al acceder al trono, en prueba de su alta estima por las personas selectas y por la justicia, mantuvo en el cargo de prefecto del pretorio a Domicio Ulpiano, que había sido nombrado por Heliogábalo; y restituyó a Paulo a su patria; ambas acciones eran bien merecidas por estos juristas. Aunque reinó sólo trece años, dejó reforzada la república en todos los sentidos. Roma había crecido velozmente desde Rómulo hasta Septimio, pero los intentos criminales de Basiano podían hacerla caer desde la altura a la que había llegado. Alejandro retrasó esta inminente decadencia.

Tras él, los emperadores, más ansiosos por tiranizar a su pueblo que por subyugar a los extranjeros, se armaron unos contra otros y precipitaron al imperio en un abismo de males. Entonces vimos a buenos y a malos, a nobles y a humildes, e incluso a bárbaros, abalanzarse hacia la dignidad imperial. Desgracia inevitable cuando todo se vuelve confusión en cualquier parte, cuando cada uno sólo sigue su propio capricho y cree tener derecho a usurpar en medio de los disturbios, el lugar que no le corresponde y que incluso deshonra con su ignorancia. Así pues, cuando la fortuna permite ambicionar todo, los mortales se ven impelidos a pasiones fatales. Por mucho tiempo, es cierto, la virtud puede oponerse al mal como una muralla infranqueable. Pero cuando los vicios han dominado de algún modo a todos, incluso los hombres más bajos por nacimiento y cultura acceden a las más altas dignidades del Estado.

XXV.
Cayo Julio Maximino.

Cayo Julio Maximino es prueba de ello. General y jefe de las tropas, fue el primer soldado de fortuna que, casi sin instrucción, se apoderó del poder imperial mediante el sufragio de las legiones. Sin armas para resistir a un emperador bien armado, los senadores vieron todo el peligro, aprobaron ellos mismos su elección y nombraron César al hijo del nuevo príncipe, que se llamó, como su padre, Cayo Julio Maximino.

XXVI.
Gordiano, Pupieno y Balbino.

Los Maximinos fueron los amos del poder soberano durante dos años, en los que lograron una victoria sobre los germanos. Repentinamente Antonino Gordiano, procónsul de África, fue proclamado emperador por sus tropas, cerca de la ciudad de Thydrus, las cuales reclamaron su presencia pues en ese momento se encontraba ausente. Nada más llegar tuvo que reprimir a los que le habían elegido, pues se habían vuelto a sublevar. Después de haber apaciguado fácilmente esta sedición, se dirigió a Cartago. Allí, para alejar unos presagios que le inspiraban vivo terror, mientras ofrecía un sacrificio según los ritos habituales, la víctima del sacrificio dio a luz de repente. Los arúspices, y especialmente él mismo, a quien la experiencia había hecho muy hábil en el arte de la adivinación, entendieron que la muerte le acechaba, pero que el imperio pasaría a sus hijos; luego, llevando más lejos sus conjeturas, los adivinos predijeron también la muerte de su hijo, añadiendo que sería manso e inocente como la víctima que iba a ser sacrificada, pero que sucumbiría a las trampas de sus enemigos.

Sin embargo, cuando la noticia de la muerte de Gordiano llegó a Roma, las cohortes pretorianas, incitadas por Domicio, masacraron al prefecto de la ciudad y a los restantes magistrados. Como Gordiano, al saber su elevación al imperio, había enviado embajadores a Roma con cartas en las que prometía magníficas dádivas a los pretorianos, su muerte, al frustrar sus esperanzas, había afligido profundamente a esta soldadesca insaciable de dinero, hombres fieles y devotos tan sólo por el interés. El Senado, temiendo entonces desgracias aún mayores para Roma, privada de jefes y que ofrecía el espectáculo de una ciudad tomada por asalto, nombró primero varios gobernadores que se sucedieron en el poder; Luego, armando pronto a toda la juventud, elevó a Clodio Pupieno y a Cecilio Balbino a la dignidad de Césares.

XXVII.
Gordiano el Joven.

Al mismo tiempo, en África, los soldados nombraron Augusto al hijo de Gordiano, quien, después de haber pasado su juventud en los campamentos con su padre, había ejercido más tarde las funciones de prefecto del pretorio. Esta elección no disgustó a los senadores, quienes incluso acabaron instando a Gordiano a venir a Roma. A su llegada se produjo, en las colinas y en el centro de la ciudad, una matanza general de los pretorianos por parte de bandas de gladiadores y de un ejército de reclutas.

Mientras estos acontecimientos ocurrían en Roma, los Maximinos, que estaban en Tracia, se enteraron de lo que acababa de suceder y se apresuraron a regresar a Italia. Pupieno los derrotó en el asedio de Aquilea, ya antes los había vencido en una batalla. El resto de sus tropas los abandonaron poco a poco. Su dominio duró tres años, el último de los cuales terminó con los disturbios que acabo de relatar.

Después de que en un levantamiento militar Clodio y Cecilio fueron muertos en el Palatino, Gordiano quedó como único dueño del imperio. Tras haber celebrado aquel mismo año los Juegos quinquenales que Nerón había introducido en Roma, fiesta a la que dio un nuevo esplendor, marchó contra los persas. Pero antes abrió, según la antigua costumbre, las puertas del templo de Jano, que Marco Aurelio había cerrado. Gordiano acababa de obtener los más brillantes éxitos en su expedición, cuando, en el sexto año de su reinado, pereció víctima de las intrigas de Marco Filipo, prefecto del pretorio.

XXVIII.
Los dos Filipos, padre e hijo.

Entonces Marco Julio Filipo, natural de Tracónite, país de Arabia, fue a Roma con su hijo Filipo, a quien había asociado al imperio, después de haber pacificado el Oriente y fundado en Arabia la ciudad de Filipópolis. Los dos príncipes hicieron cavar un lago más allá del Tíber, para remediar la escasez de agua que hacía estéril esa orilla del río. Luego celebraron con juegos de todo tipo los mil años desde la fundación de la ciudad. El nombre de Filipo me recuerda que en nuestro tiempo, bajo el consulado de otro Filipo, los mil cien años de la fundación pasaron sin solemnizarlos con ninguna de las ceremonias acostumbradas: ¡tanto disminuye cada día el interés por la ciudad de Roma!

Esta desgracia fue anunciada, en la época de que hablaba, por los prodigios más extraños: citaré sólo uno de ellos en pocas palabras. Un día, cuando por orden de los pontífices se estaban sacrificando víctimas, se observó de repente un cerdo macho con las partes naturales de una cerda. Los arúspices declararon que esto anunciaba la ruina moral y los vicios infames en épocas próximas. Deseoso de prevenir el efecto de este pronóstico, y sobre todo indignado por haber visto, al pasar delante de un antro de libertinaje, a un joven que se parecía a su hijo prostituyéndose, el emperador Filipo prohibió, por un decreto de la más sabia moral, los crímenes contra natura.

Y sin embargo estas infamias aún persisten hoy en día; sólo han cambiado las circunstancias: ya no se realizan en público sino en privado, donde se llevan a cabo excesos más monstruosos que antes: pues los mortales persiguen con la mayor avidez todo lo que es peligroso y prohibido. Añadamos aquí que en sus muy extrañas predicciones, los etruscos afirmaban que cuando las virtudes fueran pisoteadas, el hombre más voluptuoso sería también entonces el más feliz. Pienso que se equivocaron, al desconocer totalmente lo que proporciona la verdadera felicidad. Porque, incluso en medio del mayor éxito y la más abundante prosperidad, si uno ha perdido el honor, ¿cómo podrá ser feliz? Mientras que si se salva el honor, todas las demás pérdidas son soportables.

Tras las acciones mencionadas anteriormente, Filipo dejó a su hijo en Roma y, aunque debilitado por la edad, marchó él mismo contra Decio. Pero derrotado y obligado a huir a Verona con sus tropas, pereció en la batalla. Cuando esta noticia llegó a Roma, Filipo hijo fue asesinado cerca del campamento pretoriano. Los dos emperadores habían reinado durante cinco años.

XXIX.
Decio.

Decio, nacido en una ciudad de Sirmio, había ascendido a través de todos los rangos militares hasta alcanzar la dignidad imperial. Lleno de alegría por la muerte de sus enemigos, nombró César a su hijo Etrusco, y lo envió inmediatamente contra los ilirios. Por su parte, se detuvo durante un tiempo en Roma para inaugurar un palacio cuya construcción había ordenado. Fue entonces cuando, de improviso y según la costumbre, le trajeron la cabeza de Jotapiano, un orgulloso descendiente de Alejandro que había intentado una rebelión en Siria y que acababa de ser ejecutado por los soldados. Por el mismo tiempo Lucio Prisco, gobernador de Macedonia, se hizo proclamar emperador con la ayuda de los godos, quienes, después de haber saqueado casi toda Tracia, habían avanzado hacia Macedonia. Al oír esto, Decio abandonó Roma a toda prisa, y durante su ausencia, Julio Valente, autorizado por los más ardientes deseos del pueblo, tomó el poder. Pero los dos usurpadores fueron pronto masacrados, después de que el Senado declarara a Prisco enemigo de la patria. Los dos Decios, que persiguieron a los bárbaros más allá del Danubio, perecieron por traición de Bruto, después de un reinado de dos años. Sin embargo, la mayoría de los historiadores otorgan a los Decios un final glorioso. El hijo, dicen, llevado por su heroica audacia, pereció en el campo de batalla. Los soldados, conmovidos por esta muerte, intentaron consolar mediante largos discursos al emperador, su padre, quien les respondió con valentía: «La pérdida de un soldado me parece una cosa pequeña.» Luego comenzó de nuevo la lucha y murió como su hijo, realizando prodigios de valor.

XXX.
Galo y Hostiliano.

Al enterarse de estos acontecimientos, los senadores otorgaron a Galo y a Hostiliano los títulos de Augusto, y a Volusiano, hijo de Galo, el de César. Pronto estalló la peste, y Hostiliano cayó víctima de sus terribles estragos; entonces el favor público recayó sobre Galo y Volusiano, por el cuidado que, con solicitud esforzada y piadosa, mostraron en los funerales hasta del ciudadano más oscuro.

XXXI.
Emilio Emiliano.

Pero mientras permanecieron en Roma, Emilio Emiliano se apoderó del imperio, después de corromper al ejército. Los dos emperadores que marcharon contra él fueron muertos en Interamna por sus propias legiones, seducidas por la esperanza de una mayor generosidad por parte de Emiliano, a quien este asesinato aseguraba una victoria fácil y segura. Digamos también que Galo y Volusiano, a causa de su pasión inmoderada por el lujo y los placeres, habían perdido el afecto de las tropas. El reinado de todos estos príncipes duró sólo dos años. El propio Emiliano, después de haber usado el poder imperial con moderación durante tres meses, murió de enfermedad. Los senadores, que primero lo habían declarado enemigo público, cediendo a las circunstancias, acabaron proclamándolo Augusto a la muerte de sus predecesores.

XXXII.
Licinio Valeriano.

Los soldados, procedentes de todas partes y reunidos en los campamentos de Recia para apoyar una guerra que estaba a punto de estallar, elevaron al poder a Licinio Valeriano, quien, a pesar de su brillantez y de su origen bastante ilustre, siguió la carrera de las armas, según la costumbre de aquella época. Su hijo Galieno fue nombrado César por el Senado; y casi inmediatamente, hacia mediados del verano, se produjo una inundación por el desbordamiento del Tíber. Desde entonces, los espíritus sabios y perspicaces previeron las desgracias que acarrearía a la república la conducta licenciosa del joven Galieno, que había sido traído desde Etruria, donde nace el río antes mencionado. La predicción se hizo realidad demasiado pronto. Porque Valeriano, que estaba librando una larga e incierta guerra en Mesopotamia, cayó en una trampa que le tendió el rey de los persas, llamado Sapor. Murió ignominiosamente, desollado vivo, en el sexto año de su reinado, a una edad en la que todavía estaba en pleno vigor.

XXXIII.
Licinio Galieno y Salonino.

Por la misma época, Licinio Galieno, que había rechazado con vigor a los germanos de la Galia, se apresuró a descender a Iliria, y allí derrotó en Mursia al gobernador de Panonia, Ingebo, a quien la noticia de la desgracia de Valeriano había inflamado de deseos de ser emperador. Poco después derrotó a Regaliano, que había duplicado sus fuerzas con las tropas que habían escapado del desastre de Mursia. Tan grandes éxitos superaron sus expectativas.

Pero, como a todos los mortales, la prosperidad le llevó a él y a su hijo Salonino, a quien había nombrado César, a tal relajación que, en cierto modo, hizo naufragar la nave del estado. Los godos multiplicaron sus incursiones e invadieron Tracia, Macedonia, Acaya y los países vecinos de Asia; Mesopotamia cayó presa de los partos; Oriente estaba sometido al yugo de una banda de bandidos, e incluso al de una mujer; un aluvión de tropas alamanas inunda también Italia; las tribus francas, tras saquear la Galia, se apoderaron de Hispania, asolaron y destruyeron casi por completo la ciudad de Tarraco; finalmente, una parte de estos bárbaros, que habían encontrado barcos muy oportunos, penetraron hasta África; las conquistas de Trajano más allá del Ister también se perdieron.

Parecía como si, de todas partes, se hubiera desatado la furia de los vientos, y que en todo el universo, lo pequeño y lo grande, lo humilde y lo elevado, se mezclaran y confundieran. Al mismo tiempo Roma fue invadida por la peste, que a menudo incrementa la miseria y la desesperación de los pueblos. En medio de tantos azotes el emperador Galieno frecuentaba tabernas y lugares de libertinaje, se ligaba a sociedades de borrachos y libertinos, se sumergía en su pasión criminal por su mujer, o mejor dicho, su amante, llamada Salonina o Pipa, que era hija de Atalo, rey de los germanos: conducta infame, que fue también origen de varias guerras civiles muy sangrientas.

El primero de todos los rebeldes, Póstumo, gobernador de las Galias, se puso a la cabeza de los bárbaros y usurpó el imperio: después de haber derrotado a innumerables bandas de germanos, fue atacado por Leliano, al que combatió con no menos éxito. Pero pereció en una sublevación de sus tropas, irritadas porque, a pesar de sus insistentes peticiones, se había negado a permitirles saquear la ciudad de los moguntianos, que habían socorrido a Leliano. Tras la muerte de Póstumo, un tal Mario, antiguo herrero y soldado bastante desconocido, tomó el poder. Todo había caído tan bajo que aquellos

hombres hicieron del mando supremo y de la dignidad de todas las virtudes una burla. De ahí finalmente este dicho jocoso: no hay que extrañarse de que Mario se esforzara en reforjar la República romana, que había sido consolidada por otro Mario, de la misma profesión, el primero de su raza y de su nombre. El segundo Mario fue asesinado, y dos días después se eligió a Victorino, tan gran capitán como Póstumo, pero de desenfrenado libertinaje.

Al principio fue capaz de reprimir sus excesos; pero luego, en dos años de reinado, violó a la mayoría de las esposas de sus oficiales. Aticiano, a cuya esposa había seducido, se enteró por ella de su deshonra. Inmediatamente levantó en secreto soldados contra el emperador, a quien masacró en Colonia en una revuelta. La facción de los amanuenses públicos, de la que formaba parte Aticiano, era tan poderosa en el ejército que el asesinato de Victorino fue consumado por aquellas mismas personas que aspiraban al cargo más alto. Estos amanuenses, sobre todo los de nuestro tiempo, son por lo general hombres perversos, de corazón venal, astutos, turbulentos, codiciosos, creados, como por instinto, para cometer todos los fraudes, y no menos hábiles para ocultarlos. Responsables del abastecimiento, y por ello mismo enemigos acérrimos de los ciudadanos útiles y de la fortuna de los campesinos, saben sin embargo a veces ser generosos con aquellos por cuya debilidad y en cuyo detrimento han amasado sus tesoros. Entre tanto Victoria, tras la muerte de su hijo Victorino, se ganó a las legiones con una gran suma de dinero y, con su consentimiento, proclamó emperador a Tétrico, de familia noble y gobernador de Aquitania. El hijo de Tétrico obtuvo el título de César.

Pero en Roma, Galieno inducía pérfidamente a los ignorantes de las desgracias públicas a creer que todo el imperio estaba en paz. A menudo incluso, según la costumbre de aquellos cuyo único objetivo es el engaño, organizaba juegos y triunfos para dar visos de realidad a sus mentiras. Pero cuando finalmente el peligro llegó cerca, abandonó la ciudad. Porque Aureolo, comandante de las legiones de Recia, alentado, como debió ser el caso, por la indolencia de un emperador tan cobarde, había tomado el poder y marchaba directamente sobre Roma. Galieno lo derrotó cerca del puente que lleva su nombre, el Ponte Aureolus, y le obligó a refugiarse en Milán; y, mientras atacaba esta ciudad con máquinas de todo tipo, fue asesinado por sus propios soldados.

La causa fue que Aureolo, desesperando de hacer levantar el asedio, elaboró astutamente unas listas falsas con los nombres de los jefes y tribunos del ejército de Galieno, como si éste quisiera matarlos. Luego las tablillas fueron arrojadas ocultamente al pie de los muros. La casualidad quiso que fueran encontradas por aquellos cuyos

nombres incluía. Presos del miedo, temían haber sido condenados a muerte, y que sólo la negligencia de los partidarios de Galieno había traído a sus manos las listas. Inmediatamente, por consejo de Aureliano, que gozaba de la más alta consideración en el ejército, difundieron la falsa noticia de una salida de los sitiados. Como siempre ocurre en los momentos de dificultad y sorpresa, Galieno salió de su tienda, sin guardias y en medio de la oscuridad de la noche; y entonces fue alcanzado por una flecha que lo atravesó por completo, sin que fuese posible reconocer en la oscuridad la mano que la disparó. Este asesinato quedó pues impune, ya sea porque no se pudo descubrir al autor o porque se consideró un acontecimiento feliz para el imperio. Tal era la decadencia de la moral en aquella época que la mayoría de los ciudadanos miraban por sus propios intereses antes que por los del Estado y sacrificaban la gloria a la ambición del rango supremo.

De este modo, las mismas ideas y los propios nombres de las cosas han quedado completamente corrompidos. Así, el mayor criminal a quien la victoria ha favorecido, pretende haber destruido la tiranía, cuando en realidad la eliminación de sus rivales ha sido en perjuicio del bien público. Como resultado de esta ceguera, algunos emperadores incluso fueron considerados dioses, aunque apenas merecían los honores de un funeral. Si tales apoteosis no fuesen criticadas por la Historia imparcial, que no permite que la memoria de los buenos quede sin honor, ni que los malvados conserven para siempre una reputación ilustre, ¿quién querría abrazar la virtud, cuyo premio, el único verdadero, el único glorioso, habría sido concedido por interés al más perverso de los hombres, y un sacrilegio lo habría arrebatado al mejor de los mortales?

Así, los senadores, obligados por Claudio, a quien Galieno había designado como su sucesor, dieron al infame emperador el título de divinidad. Mientras de su grave herida brotaban torrentes de sangre, Galieno comprendió que su fin estaba cerca y envió los ornamentos imperiales a Claudio, entonces tribuno legionario y que comandaba la guarnición de Ticino. No hay duda de que los honores divinos concedidos al último emperador fueron obtenidos por la fuerza, pues los crímenes de Galieno, mientras haya ciudades, nunca podrán permanecer olvidados; y los monstruos de la maldad, de los que fue digno émulo, serán siempre colocados en paralelo con él. ¡Tan cierto es que los príncipes y los más nobles de los mortales merecen la entrada en el cielo y la gloria de ser venerados como iguales a los dioses por todos los hombres, mucho más por la excelencia de su vida que por los mentirosos títulos de la adulación! Por lo menos, hasta donde es lícito conjeturar. Sin embargo, el Senado, informado de las circunstancias de la trágica muerte de Galieno, ordenó que sus

satélites y sus parientes más cercanos fueran arrojados por las escaleras de las Gemonias. En cuanto al prefecto del Fisco, es bastante seguro que lo llevaron a la curia y le arrancaron los ojos, dejándolos colgando por todo su rostro.

El pueblo, entonces, acudiendo hacia allí, imploró en voz alta a la Tierra, nuestra madre común, y a las divinidades infernales, que hundieran a Galieno en la morada reservada a los impíos. Y si Claudio, inmediatamente después de la toma de Milán, no hubiera ordenado, como para acceder a la petición de sus tropas, que se perdonara la vida a los partidarios de Galieno que aún estaban vivos, la nobleza y el pueblo habrían actuado de un modo más atroz. Para hablar aquí sólo de los senadores, además del resentimiento por los males comunes al mundo romano, tenían también el de la afrenta particular que Galieno había infligido a su orden, cuando, el primero de todos los emperadores, por efecto del temor que le inspiraba su indolencia, y para que el poder imperial no pudiese ser transferido a los más ilustres de los patricios, les había prohibido el servicio militar, e incluso acercarse al ejército. Galieno reinó durante nueve años.

XXXIV.
Claudio II.

Los soldados, a quienes la desgracia de los tiempos obliga a tomar sabias resoluciones contra su naturaleza, por así decirlo, comprendieron entonces que todo estaba perdido, y se apresuraron, pues, a aprobar con entusiasmo la elección de Claudio, un personaje conocido por su tesón en el trabajo, por su justicia y por una devoción sin límites a los intereses de la patria: se le vio renovar el ejemplo de Decio dos siglos más tarde. Como quería expulsar a los godos, que se habían vuelto demasiado poderosos y en cierto modo ciudadanos del imperio, averiguó por los libros sibilinos que el primer miembro de la orden más ilustre debía dedicarse a asegurar la victoria de las armas romanas. Y como un senador que parecía tener ese rango se había ofrecido voluntario, Claudio aseguró que ese deber le concernía a él más que a cualquier otro, ya que era realmente el príncipe del senado y de todos los romanos. Así, los bárbaros fueron puestos en fuga y expulsados, sin que el ejército romano sufriera pérdida alguna, después de que el emperador hubo sacrificado su vida por la república: ¡tan cierto es que los buenos príncipes no tienen nada más querido que la seguridad de los ciudadanos y el recuerdo que deben dejar detrás de ellos! Cálculo noble que beneficia tanto la gloria como la felicidad de la posteridad. Tales eran, no lo dudemos, los sentimientos de Constancio, de Constantino y de todos nuestros ilustres emperadores… Y Claudio agradaba a los soldados por sus cualidades físicas, pero aun más por la esperanza de obtener recompensas o licencias extraordinarias. El triunfo fue pues duro y penoso, a causa de la costumbre que tienen los subordinados de preferir jefes débiles (por el deseo de impunidad por sus faltas), en lugar de aquellos que actúan según es debido.

XXXV.
Aureliano.

Este gran éxito redobló el ardor marcial de Aureliano, quien, para acabar del todo con la guerra, marchó inmediatamente contra los persas. Tras derrotarlos, regresó a Italia, cuyas ciudades habían sido devastadas por las incursiones de los alamanes. Después rechazó a los germanos de la Galia y destrozó las legiones de Tétrico, de quien hablamos más arriba, mediante la traición de su propio jefe. Tétrico, viendo que el gobernador Faustino corrompía a sus soldados y así le atacaba con frecuencia, había implorado por cartas la protección de Aureliano; luego, cuando el emperador se acercaba, avanzando con sus tropas, como para luchar contra él, se rindió durante la acción. Entonces, como siempre ocurre con un ejército sin general, se extendió el desorden entre sus filas y la derrota fue completa. En cuanto a Tétrico, cuyo reinado había durado dos años, tras ser incluido en el triunfo de Aureliano, obtuvo para sí las funciones de gobernador de Lucania, y para su hijo, el perdón del pasado y el título de senador.

En el interior de Roma, Aureliano aniquiló la facción de artesanos que, a instigación del tesorero Felicísimo, habían alterado el peso y la ley de las monedas, y luego, por temor al castigo, habían levantado la bandera de la revuelta, y de manera tan terrible, que, en una batalla librada en el monte Celio, mataron a unos siete mil hombres de las tropas imperiales.

Después de tantas hazañas y conquistas, Aureliano erigió en Roma un magnífico templo al Sol, que adornó con los más ricos dones; y, para impedir para siempre ataques como los causados por la indolencia de Galieno, amplió considerablemente las fortificaciones de la ciudad, a la que rodeó con murallas inexpugnables. Por entonces, para conceder los deseos vehementes del pueblo romano, estableció con tanta sabiduría como generosidad distribuciones públicas de carne de cerdo; abolió las denuncias fiscales y los informes calumniosos de los delatores, azotes de los ciudadanos a quienes arruinaban; entregó a las llamas los registros y todos los documentos relacionados con este vergonzoso tráfico y emitió una amnistía siguiendo el ejemplo de Grecia; finalmente, abandonando las costumbres de los hombres de guerra, de los que él formaba parte, persiguió con el mayor rigor a aquellos que, por avaricia, habían sido culpables de malversación y depredaciones en las provincias.

Esta severidad fue la causa de su muerte cerca de Cenofrurium, por traición de su secretario: este ministro criminal, cuya conciencia

estaba cargada con muchos robos, entregó a los tribunos militares, como prueba de interés por su parte, un documento falso y pérfido que ordenaba hacerlos perecer; el miedo se apoderó de ellos, y asesinaron a Aureliano.

Tras la muerte de su príncipe, los soldados enviaron inmediatamente una delegación al Senado de Roma para invitarlo a elegir un emperador. El Senado respondió que esta elección es más adecuada para el ejército; pero las tropas persistieron insistiéndoles a los senadores. De ambos lados se veía entonces una competición en honor y en moderación: caso muy raro entre los hombres, sobre todo en tales circunstancias, y casi desconocido para los soldados. Tal era el predominio de la moral severa e incorruptible de Aureliano, que el asesinato de este héroe fue una sentencia de muerte para sus asesinos, un motivo de temor para los malvados, un estímulo al bien para los que vacilaban entre el vicio y la virtud, una fuente de pesar para todos los buenos ciudadanos. Nadie se atrevió ni a aprovecharse de ello ni a hacer ningún alarde. Tras él hubo una especie de interregno, como antes sólo había ocurrido con Rómulo, pero mucho más glorioso todavía. Este hecho demuestra que todo es cíclico en el mundo, y que nada sucede que la fuerza de la naturaleza no pueda repetir después de un cierto lapso de tiempo; que las virtudes de los príncipes levantan fácilmente incluso los imperios caídos, mientras que sus vicios aceleran la ruina de los Estados más firmemente establecidos.

XXXVI.
Tácito y Floriano.

Finalmente, unos seis meses después de la muerte de Aureliano, el Senado eligió como emperador a Tácito, un personaje consular que era la gentileza personificada. Este hecho provocó una alegría casi universal, al ver cómo el feroz orgullo del soldado permitió a los patricios recuperar el derecho a elegir un príncipe. Sin embargo, esta alegría no duró mucho y terminó con un acontecimiento sin precedentes. Tácito murió repentinamente en Tiana, en el séptimo mes de su reinado. Pero ya había castigado con la última pena a los autores del asesinato de Aureliano, y especialmente a Mucapor, uno de los jefes del ejército que había asestado el golpe mortal. Entonces Floriano, hermano de Tácito, se apoderó del imperio, sin esperar el consentimiento de los senadores ni de las legiones.

XXXVII.
Probo.

Después de apenas un mes o dos de precaria dominación, Floriano fue muerto cerca de Tarso por su ejército, que entonces recibió de Iliria la noticia del ascenso al trono de Probo, un capitán muy experto en la ciencia de la guerra, y casi otro Aníbal en el arte de entrenar a las tropas y endurecer a la juventud para toda clase de trabajos. Pues como el cartaginés había empleado sus legiones en plantar olivos en casi toda África, para evitar que su ociosidad fuese fatal para la república y sus generales, Probo llenó la Galia, las Panonias y las colinas de la Mesia de viñas, plantadas por sus soldados; pero, sobre todo, había desbaratado los esfuerzos de las naciones bárbaras que, aprovechándose de la muerte de nuestros príncipes, asesinados por el crimen de sus súbditos, habían invadido el imperio. Al mismo tiempo destruyó con sus ejércitos a Saturnino en Oriente y a Bonoso en Colonia, pues ambos, con la ayuda de las legiones que ellos comandaban, habían intentado usurpar el poder soberano.

Después de haberlo sometido y pacificado todo, Probo tuvo la imprudencia de decir a este respecto que pronto ya no habría necesidad de soldados. Las tropas, muy enojadas por este discurso, lo mataron hacia el final del sexto año de su reinado, cerca de Sirmio, su ciudad natal, donde les había ordenado que, cavando zanjas y canales, drenasen los pantanos formados en los alrededores por las lluvias invernales. Desde entonces el poder militar recuperó todo su predominio sobre la autoridad del Senado, que hasta hoy se ha visto privado del derecho de elegir emperadores: no se sabe si renunció a él voluntariamente, o por descuido, o por miedo, o por aversión a los disturbios civiles. Una vez revocado el edicto de Galieno, le habría sido fácil restablecer la disciplina militar, según la conducta moderada de las legiones bajo el reinado de Tácito, y Floriano no habría usurpado temerariamente el poder. La soldadesca, finalmente, no se habría atrevido, siguiendo su capricho, a entregar el imperio ni siquiera a un ciudadano virtuoso, si los distinguidos miembros del Senado hubieran pasado su vida en los campamentos. Pero abandonándose a los encantos del ocio y al temor de perder sus riquezas, de las que se lisonjeaban de disfrutar plenamente más allá de la eternidad, abrieron a los soldados, casi diría a los bárbaros, el camino del dominio sobre sí mismos y sobre sus descendientes.

XXXVIII.
Caro, Carino y Numeriano.

Entonces Caro, prefecto del pretorio, tomó los ornamentos imperiales y nombró Césares a sus dos hijos Carino y Numeriano. Como los bárbaros, al saber de la muerte de Probo, habían juzgado el momento favorable para invadir, cada uno por su cuenta, las provincias romanas, Caro envió a su hijo mayor a la defensa de la Galia, y marchó inmediatamente con Numeriano a Mesopotamia, cuya posición estaba continuamente expuesta a los ataques de los persas. Allí derrotó al enemigo; pero cediendo a un deseo irreflexivo de gloria, continuó hacia Ctesifonte, una famosa ciudad de los partos, y mientras la cruzaba, fue alcanzado por un rayo. Algunos dicen que merecía perecer así, porque los oráculos le habían advertido que la victoria sólo le permitía avanzar hasta esta ciudad; pero por excederse, fue justamente castigado. Es, pues, imposible eludir los decretos del destino; y por lo tanto el conocimiento del futuro es superfluo.

Numeriano, después de perder a su padre, consideró que la guerra había terminado. Estaba conduciendo a las tropas de regreso cuando sucumbió a las insidias de Aper, prefecto del pretorio, de quien era yerno. Los ojos enfermos del joven príncipe facilitó este crimen que permaneció oculto durante mucho tiempo, porque el cadáver fue transportado en una litera bien cerrada, como si estuviera enfermo, y con el pretexto de que el viento podía dañarle más la vista.

XXXIX.
Valerio Diocleciano.

Pero después que el hedor de los miembros podridos hubo revelado el crimen, los jefes del ejército y los tribunos eligieron como emperador al sabio Valerio Diocleciano, comandante de las guardias del interior del palacio: era un gran hombre, pero con más de un defecto de carácter: así, por ejemplo, fue el primero de los emperadores que quiso llevar un manto todo bordado de oro, vestiduras de seda, y zapatos de púrpura resplandecientes con muchas gemas: magnificencia muy inapropiada para un ciudadano de Roma, y que descubría un alma orgullosa y vana; no era nada, sin embargo, en comparación con lo que voy a añadir.

Desde Calígula y Domiciano, él fue el primero que permitió que se le llamara abiertamente señor y que se le prodigara la adoración y el título de dios: ejemplo que me prueba, hasta donde puedo juzgar, que los hombres, habiendo ascendido desde la condición más baja a las más altas dignidades, ya no ponen límites a su orgullo y a su ambición. Así, Mario, en tiempo de nuestros padres, y este mismo Diocleciano, en nuestro siglo, después de haberse elevado por encima de la humilde posición de la vida privada, que no les daba ningún poder, se mostraron insaciables de éste, como si una larga dieta les hubiera conducido a los excesos de la intemperancia. Por eso me asombra ver a tanta gente reprochar a los nobles su orgullo por el recuerdo de sus antepasados ilustres, que en realidad es una forma de compensar las crueles dificultades con que se les abruma. Además, estos vicios fueron en Diocleciano compensados con muchas cualidades estimables; pues aunque se le llamaba señor, se comportaba como un padre; y es muy cierto que este sabio príncipe quería probar que son mucho peores los ataques materiales que los meramente nominales.

A pesar de todo Carino, informado de lo ocurrido y con la esperanza de sofocar fácilmente los disturbios que estallaban, se apresuró a llegar rápidamente a Iliria atajando a través de Italia. Allí, después de vencer a Juliano, lo hizo matar. Este Juliano era gobernador de los vénetos cuando se enteró de la muerte de Caro; impaciente por arrebatarle el imperio a su enemigo, se apresuró a luchar contra él, pero Carino, habiendo llegado a las fronteras de Mesia, inmediatamente dio batalla a Diocleciano, cerca de Margo; y mientras perseguía con vehemencia a los fugitivos, fue asesinado por sus tribunos, a cuyas esposas había deshonrado en su desenfrenada pasión por el libertinaje: los maridos ultrajados querían poner fin a su

indignación y resentimiento hasta el final de la guerra; Pero el temor de que el éxito hiciera cada vez más insolente el carácter de Carino, los impulsó a vengarse. Tal fue el final de Caro y sus dos hijos; nacidos en Narbona, reinaron durante dos años.

En el primer discurso que Valerio Diocleciano dirigió a su ejército, sacó su espada y, con los ojos fijos en el sol, lo puso como testigo de que ignoraba el asesinato de Numeriano y que no había deseado el imperio; luego, volviéndose hacia Aper, que estaba de pie junto a él, atravesó con su espada a este traidor, que, como hemos dicho más arriba, había causado la muerte de un príncipe joven, bueno, elocuente y yerno de su asesino. Diocleciano perdonó a todos los cómplices de Aper; Incluso mantuvo cerca de sí a la mayoría de sus enemigos, entre ellos a Aristóbulo, figura muy estimada, a quien dejó como prefecto del pretorio: ¡ejemplo inaudito en la memoria viva, clemencia inesperada! Resulta inaudito el que nadie, en una guerra civil, sea despojado de sus bienes, de su honor y de su rango; por eso aplaudimos la dulzura y la humanidad del vencedor que limita los destierros, las proscripciones, las torturas y las masacres. ¿Debo recordar nuevamente que Diocleciano asoció a su poder a varios ciudadanos e incluso extranjeros, ya sea para proteger y extender los derechos de los romanos?

Después le llegó la noticia de que tras la muerte de Carino, Eliano y Amando habían reunido en la Galia una banda de pastores y bandidos, llamados Bagaudas por los nativos del país, y que después de haber asolado la campiña por todas partes, intentaban ocupar la mayoría de las ciudades. Entonces se apresuró a nombrar emperador a su fiel amigo Maximiano, en verdad medio bárbaro,, pero dotado de gran habilidad en la guerra y de mucho juicio. Más tarde, Maximiano tomó el apellido de Herculio, del nombre de Hércules, su divinidad favorita, como Diocleciano tomó el de Jovio: y estos dos apellidos se aplicaron incluso a las legiones auxiliares que más se distinguían en el ejército. Herculio partió entonces hacia la Galia, que pronto pacificó por completo mediante la derrota o sumisión del enemigo.

En esta guerra se distinguió por grandes hazañas el menapio Carausio; y como era muy hábil en el manejo de barcos, oficio que desde su juventud había practicado para ganarse la vida, los dos emperadores le encargaron equipar una flota y repeler a los germanos que infestaban los mares. Y lleno de orgullo, tras destruir a un gran número de bárbaros, no entregó al Fisco todo el botín recogido; por ello, temiendo a Herculio e informado de que este príncipe le había condenado a muerte, tomó el título de emperador y se apoderó de Britania. Por entonces, Oriente fue fuertemente atacado por los persas, África por Juliano y por las naciones quinquegentanas. Añádase que un tal Aquiles usurpó en Alejandría de Egipto las

insignias de la dominación imperial.

Estos acontecimientos llevaron a los dos emperadores a unir sus fuerzas, y nombraron Césares a Julio Constancio y Galerio Maximiano, apodado Armentario. El primero se casó con la hijastra de Herculio; el segundo, con la hija de Diocleciano, después de que ambos repudiaron a su respectiva primera esposa, como Augusto exigió tiempo atrás a Tiberio Nerón, cuando le dio a su hija Julia en matrimonio. Todos estos príncipes eran ilirios de nacimiento. Aunque poco cultivados, estaban endurecidos por los trabajos del campo y de la guerra, y prestaron servicios muy importantes al Estado. Esto prueba que las adversidades proporcionan al hombre rápidamente sabiduría y virtud, mientras que aquellos que nunca han conocido la desgracia, al juzgar a sus semejantes en función de su riqueza, muestran mucha menos penetración. Además, la concordia que reinaba entre estos príncipes dejaba claro que sus cualidades naturales y su experiencia en el arte militar, aprendidas en la escuela de Aureliano y Probo, casi podían sustituir a las virtudes que les faltaban. Finalmente, honraron a Valerio como a un padre, e incluso como a un poderoso dios; ahora bien, lo que da aún más brillo y relieve a tales sentimientos es la comparación con los crímenes que desde la fundación de Roma hasta nuestros días se cometieron entre parientes cercanos.

Como el peso de las guerras de que hemos hablado antes se hacía cada día mayor, los dos emperadores y los dos Césares hicieron una especie de división del imperio entre ellos: todas las provincias situadas más allá de los Alpes galos fueron confiadas a Constancio; Herculio gobernaba África e Italia; Galerio, toda la costa de Iliria hasta el Mar Negro; Valerio se reservó todo el resto para sí. Pronto una parte de Italia estuvo sometida a tributos más que onerosos. Hasta entonces se responsabilizaba únicamente de proporcionar moderadamente alimentos al ejército y al emperador, que siempre o casi siempre tenían allí su residencia; los impuestos se incrementaron por una nueva ley. Aunque entonces era todavía soportable al no ser excesivos, en nuestros días se ha convertido en una plaga perniciosa.

Jovio, sin embargo, después de partir a Alejandría, confió la provincia al César Galerio Maximiano, con la misión de atravesar las fronteras y avanzar hacia Mesopotamia, y así detener las incursiones de los persas. Al principio muy maltratado por estas gentes, Galerio reunió apresuradamente un ejército de veteranos y nuevos reclutas, con el que marchó contra el enemigo, atravesando Armenia: ésta era la forma más fácil, y quizás la única, de derrotar a los persas. Una vez allí tomó prisionero al rey Narsés, a sus hijos, a sus esposas y a toda su corte. La victoria fue tan completa que, si no fuera porque Valerio,

cuya voluntad era todopoderosa, se negó a ello por un motivo desconocido, las fasces romanas se habrían extendido a una nueva provincia; pero la parte más útil de esta región fue conservada. Sin embargo, como los persas determinaron recuperar esta conquista, se reanudó de nuevo la guerra, tan sangrienta como perniciosa.

Mientras tanto en Egipto Aquileo, derrotado fácilmente, fue castigado por su usurpación. En África las armas romanas tuvieron mucho éxito. Carausio obtuvo la gobernación de Britania, cuando se constató que nadie era más capaz que él, con la ayuda eficaz de los habitantes de la isla, para resistir a los pueblos belicosos. Seis años después pereció por la traición de un hombre llamado Alecto, su subordinado y colega. Este hombre, que temía ser condenado a muerte a causa de sus delitos, había tomado el poder mediante un crimen. No lo disfrutó por mucho tiempo; pues Constancio lo derrocó enviando contra él a Asclepiodoto, prefecto del pretorio, con parte de la flota y de las legiones. Por entonces los marcomanos fueron vencidos, y la nación de los carpios, ya parcialmente acogida por Aureliano, pasó a nuestro territorio en su totalidad.

No se mostró menos celoso en el cumplimiento de los deberes de la paz. Se establecieron las leyes más justas y se suprimieron los agentes que espiaban para el emperador, verdadera lacra pública, que eran muy parecidos a los que hoy cumplen las mismas funciones. Estos hombres, que parecían haber sido enviados a las provincias para observar y descubrir los posibles movimientos sediciosos, sólo pensaban en idear falsas acusaciones, y por medio del terror universal que inspiraban, principalmente en los ciudadanos más distantes de Roma, robaban vergonzosamente por todas partes. El abastecimiento de capital y los intereses de los tributarios fueron objeto del cuidado y la solicitud de los emperadores. Al recompensar el mérito y castigar severamente el crimen, estimularon una feliz emulación de las virtudes. El culto a los dioses antiguos se mantuvo en toda su pureza. De manera admirable se erigieron nuevas construcciones que embellecieron aún más la grandiosa majestuosidad de Roma y de las otras ciudades principales del imperio, en particular Cartago, Milán y Nicomedia.

A pesar de estas excelentes acciones, los dos emperadores no estuvieron exentos de vicios. Así, Herculio se dejó llevar a tales excesos de libertinaje, que en sus infames aficiones, ni siquiera respetó las personas de los rehenes. Valerio desconfiaba hasta de sus amigos, lo que no le honraba, sin duda por temor a la discordia que pueden provocar dichos y rumores pérfidos, perturbando la paz y armonía del gobernante. Además, en cierto modo debilitó la fortaleza de la ciudad, al reducir el número de cohortes pretorianas y el de ciudadanos que servían en el ejército. Por entonces, dicen algunos

historiadores, tomó la resolución de abandonar el poder. En efecto, cuando descubrió el peligro fatal de nuevas guerras civiles, y de una especie de convulsión que amenazaba al imperio, celebró el vigésimo año de su reinado y, aunque aún conservaba toda su fuerza física y moral, cedió las riendas del gobierno. Con gran esfuerzo logró que Herculio, que había reinado un año menos, compartiera su resolución. Aunque los hechos se hayan oscurecido con una multitud de opiniones diversas, pienso que sólo una naturaleza excepcional es capaz de despreciar así el poder y descender de la altura de la grandeza a la humilde condición de la vida privada.

XL.
Constancio y Armentario, Severo y Maximino, Constantino y Majencio.

Así, Constancio y Armentario sucedieron a Diocleciano y Maximiano; y Severo y Maximino, de origen ilirio, fueron creados Césares. El primero obtuvo Italia; el segundo, las provincias que Jovio había reservado para sí. Pero esta división parecía intolerable a Constantino, quien, desde niño, dotado de un genio alto y poderoso, se mostró devorado por la ambición de mandar. Entonces huyó y, para frustrar las esperanzas de quienes lo perseguían, por dondequiera que pasaba mataba a los caballos del servicio público y se dirigió a Britania, escapando así de Galerio, quien lo tenía como rehén con un pretexto religioso.

El azar quiso que llegara a su destino justo en el momento en que su padre, Constancio, estaba muriéndose. Tras su muerte, y por acuerdo unánime de todos los presentes, Constantino tomó el imperio. Sin embargo, en Roma el pueblo y los pretorianos eligieron en su lugar a Majencio, a pesar de la fuerte resistencia de Herculio, su padre. Al oír esta noticia, Armentario ordenó al César Severo, que se encontraba cerca de Roma, que atacara al enemigo inmediatamente. Cuando Severo llegó a los muros de la capital fue abandonado por sus tropas, que habían sido ganadas por Majencio a un gran precio. Huyó y murió asediado en Rávena.

Entonces Galerio, cada vez más irritado, siguiendo el consejo de Diocleciano, nombró como Augusto al César Licinio, con quien tenía una antigua amistad, le encargó defender Iliria y Tracia, y marchó él mismo sobre Roma. Como el asedio de esta ciudad se prolongaba, temiendo que sus soldados se dejasen seducir como los de Severo y le abandonaran, se fue de Italia. Poco después murió de una úlcera pestilente. La república le debía una vasta extensión de tierra que supo fertilizar, en Panonia, talando inmensos bosques y desaguando las aguas del lago Pelson en el Danubio. En memoria de tal empresa, bautizó esta provincia con el nombre de Valeria, en honor a su esposa. Reinó durante cinco años, y Constancio sólo uno: ambos habían ejercido antes, durante trece años, el cargo de César.

Los dos destacaron por sus cualidades naturales, que habrían sido su más bello título de gloria si las hubieran realzado mediante la instrucción, en vez de debilitarlas con una grosera ignorancia. Prueba evidente de que el conocimiento, la elegancia de las formas y, sobre todo, la afabilidad, son cualidades necesarias en los príncipes, y que, sin ellas, todos los dones de la naturaleza pierden su encanto y tienen

algo de salvaje que los hace despreciables. Por el contrario, la feliz concordancia de esta doble superioridad dio a Ciro, rey de los persas, una reputación inmortal. Así, en nuestros días, Constantino, que además une las demás virtudes, se ha visto, por los deseos del mundo entero, elevado hasta las estrellas. Y ciertamente, si hubiera moderado su munificencia y su ambición en esos vastos proyectos que finalmente precipitan hacia el abismo a los genios superiores, llevados demasiado lejos por la ambición de la gloria, podríamos decir que Constantino es casi igual a un dios. Tan pronto como supo que Roma e Italia estaban devastadas y que los ejércitos de los dos emperadores habían sido derrotados o corrompidos, aseguró la tranquilidad de la Galia y marchó contra Majencio.

En aquella época, un tal Alejandro, gobernador de Cartago, había soñado locamente con el poder supremo: ya debilitado por la edad, más estúpido aún que los pastores de Panonia que lo habían visto nacer, había improvisado apresuradamente una tropa de soldados sin disciplina, de los cuales apenas la mitad tenían armas. Rufio Volusiano, prefecto del pretorio, y algunos otros jefes enviados contra él por el tirano Majencio con un número muy reducido de cohortes, le derrotaron en una pequeña batalla en la que perdió la vida. Después de esta victoria, Majencio había ordenado que Cartago, ese ornamento del universo y la más bella ciudad de África, fuera devastada, entregada al pillaje y a las llamas.

Este tirano feroz y sanguinario, más detestable aún por su libertinaje, más timorato y cobarde, llevó su indolencia hasta un extremo tan vergonzoso que, en el mismo momento en que el fuego de la guerra devoraba Italia, cuando sus tropas eran derrotadas cerca de Verona, se entregaba, no obstante, a sus placeres favoritos, sin conmoverse en absoluto por la trágica muerte de su padre. Herculio, de hecho, cediendo a la ambición impaciente de su carácter y al temor que le inspiraba la debilidad de su hijo, se había apoderado imprudentemente del imperio. Luego, bajo la máscara de la devoción, intentó matar mediante una traición odiosa a Constantino, su yerno; después de un tiempo, la muerte fue el justo castigo a su perfidia.

Majencio, que se volvía cada día más cruel, abandonó la capital y avanzó con gran dificultad hasta las Rocas Rojas, situadas a nueve millas de Roma. Entonces su ejército fue derrotado y huyó a la ciudad; pero al cruzar el Tíber, cayó en la misma emboscada que había tendido a su enemigo en el Puente Milvio: su tiranía había durado seis años. Es difícil imaginar cuál fue el júbilo y la alegría del Senado y del pueblo ante su muerte: ¡habían sufrido tanto a causa de este tirano! Un día permitió que los guardias pretorianos masacraran a los plebeyos; antes, mediante el edicto más injusto, obligó a los miembros del Senado y a los propietarios agrícolas a que le entregaran todo el

dinero que exigía para sus ruinosas prodigalidades, como si fuese un regalo.

Después de la victoria de Constantino, las legiones pretorianas, que se habían ganado el odio público, y las cohortes urbanas, siempre más inclinadas a la rebelión que a velar por la seguridad de la ciudad, quedaron para siempre disueltas y destruidas; les quitaron sus armas; incluso se les prohibió llevar uniforme militar. Entonces el agradecido senado dedicó a Flavio todos los suntuosos edificios que Majencio había erigido, como el templo y la basílica de Roma. Poco después, Flavio reparó el enorme Circo con admirable magnificencia y construyó unas termas tan notables como cuantas se habían visto hasta entonces. También, según sus rangos, se erigieron estatuas en los barrios más frecuentados de Roma, la mayoría de oro o plata; luego también, en África, los honores del sacerdocio fueron concedidos a la familia Flavia; y la ciudad de Cirta, arruinada por el asedio que había sufrido por Alejandro, fue reconstruida, embellecida y recibió el nombre de Constantina, ¡tan cierto es que no hay héroes mayores y más populares que los que expulsan a los tiranos! Pero la fama de que gozan sólo aumentará si saben mostrar moderación y desinterés. En efecto, los hombres que ven frustrada la felicidad que habían esperado, quedan más profundamente heridos cuando, después de haber sido liberados de un mal príncipe, permanecen todavía bajo el peso de las mismas desgracias.

XLI.
Constantino, Licinio, Crispo, Constancio, Liciniano, Constante, Dalmacio, Magnencio, Vetranión.

Mientras estos acontecimientos ocurrían en Italia, Maximino, después de un reinado de dos años en Oriente, fue vencido, puesto en fuga por Licinio, y murió cerca de la ciudad de Tarso. Así, el imperio del orbe romano sólo reconocía dos amos, aliados entre sí, es cierto, pues la hermana de Constantino se había casado con Licinio, pero tan diferentes en carácter que tuvieron grandes dificultades para vivir en armonía durante tres años. En uno, de hecho, casi todo era grande; pero en el otro no había más que la frugalidad de un campesino. Constantino mantuvo a todos sus enemigos en sus honores y fortunas; los acogió, los protegió; era tanta su piedad que fue el primero en abolir el suplicio del patíbulo, que se remontaba a los tiempos más antiguos, y prohibió la costumbre de romper las piernas de los condenados. Por lo tanto, fue considerado como otro fundador de Roma, e incluso como un dios. Licinio, por el contrario, apenas sació su rabiosa crueldad condenando a ilustres e inocentes filósofos, a torturas destinadas sólo a los esclavos.

Tras haberlo derrotado en varias batallas, Constantino reconoció la extrema dificultad que existía para vencerlo completamente. Por lo tanto, se reconcilió con él, y para cimentar su unión, ambos renovaron la división del imperio, nombrando Césares a Crispo y Constantino, hijos de Flavio, y a Liciniano, hijo de Licinio. Pero estaba claro que esta alianza duraría poco tiempo y, además, sería fatal para los colegas de los dos emperadores: esto fue anunciado positivamente por un eclipse de sol que ocurrió el mismo año. De hecho, seis años después se rompió la paz y Licinio sufrió una derrota en Tracia que le obligó a refugiarse en Calcedonia, donde pereció junto con Martiniano, a quien había llamado en su ayuda asociándolo al imperio.

Después de este acontecimiento, la república se encontró sujeta al gobierno de un solo jefe. Los hijos de Constantino conservaron su título de Césares, y Constancio, hoy nuestro emperador, recibió entonces las insignias de esta alta dignidad. Por el tiempo en que el hijo mayor de Constantino fue ejecutado, por orden de su padre y alguna razón desconocida, un tal Calocerus, dueño de una manada de camellos, llevó de repente su locura hasta el punto de establecerse como soberano en la isla de Chipre. Después de haberle castigado como merecía, con el suplicio de los esclavos y bandidos, Constantino

consagró la actividad de su genio a fundar una ciudad, a instituir nuevos ritos religiosos y a restablecer la disciplina militar. Al mismo tiempo derrotó a los godos y a los sármatas y nombró a Constantino, el más joven de sus hijos, como César. La elección de este príncipe iba a sacudir el estado en el futuro; esto lo anunciaron varios prodigios, porque la noche siguiente al día de su nombramiento imperial, la bóveda celeste pareció durante mucho tiempo estar en llamas. Unos dos años más tarde, Constantino nombró César, con gran satisfacción del ejército, al hijo de su hermano, que llevaba como su padre el nombre de Dalmacio.

Por último, en el año treinta y dos de su reinado, después de haber gobernado todo el mundo durante trece años, a la edad de sesenta y dos años, marchó contra los persas, de cuyas incursiones en el territorio del imperio acababa de enterarse, pero murió cerca de Nicomedia, en un paraje llamado Acirona. El astro llamado cometa, que es tan fatal para los reinos, había sido el presagio de su fin. Sus restos mortales fueron trasladados a la ciudad que lleva su nombre. Su pérdida despertó el amargo pesar del pueblo romano, porque sus victorias, sus leyes y la dulzura de su gobierno de alguna manera lo habían convertido, a los ojos de todos, en el fundador de una nueva Roma. Había construido un puente sobre el Danubio, y establecido campamentos y fortalezas en las posiciones más ventajosas. Las ciudades de Trípoli y Nicea le debieron la abolición del impuesto anual sobre el aceite y el trigo, que había sido una carga despiadada para ellas. En un principio consistía en un regalo gratuito ofrecido por los antiguos habitantes de Trípoli al emperador Severo, su compatriota, pero la mala fe de los sucesores de este príncipe había convertido un regalo voluntario en un impuesto ruinoso para los descendientes de los tripolitanos. En cuanto a los habitantes de Nicea, Marco Boyonio les había impuesto esta multa para castigarles porque ignoraban que Hiparco, un astrónomo de genio brillante, había nacido entre ellos. Constantino también reprimió muy severamente las vejaciones de las autoridades fiscales. En una palabra, por todas sus acciones habría merecido honores divinos, si no hubiera elevado a cargos públicos a hombres que no eran dignos de tener acceso a ellos. Es cierto que esto mismo ha sido cometido por más de un emperador; pero en un príncipe cuyo genio es admirado, y en una época en que la moral pública es irreprochable, incluso las faltas más leves saltan a la vista con mayor intensidad y naturalmente exigen censura: añadiré que son tanto más perniciosas cuanto que la alta dignidad de los culpables les da un alivio de virtud y los invita a seguir este ejemplo fatal.

Inmediatamente después de la muerte de Constantino, Dalmacio fue asesinado, no sabemos por consejo de quién. Y apenas habían transcurrido tres años cuando Constantino el Joven pereció fatalmente

en una batalla contra Constante. Orgulloso de sus éxitos, el vencedor, en la edad de la inexperiencia y con todo el ardor de un carácter irascible, pronto se convirtió en objeto de execración por la perversidad de sus ministros y por la sórdida avaricia a la que se abandonó sin reservas; cubierto con el desprecio de su ejército, murió víctima de la traición de Magnencio, diez años después de su triunfo sobre Constantino el Joven, y cuando ya había reprimido las rebeliones de los pueblos extranjeros. Su prodigalidad sin límites hacia los rehenes de estas naciones, hijos de rara belleza comprados a alto precio, dejó la convicción de que ardía por ellos con un amor antinatural. Pero ¿por qué no vivió más tiempo, incluso con sus vicios? Porque el carácter fiero y cruel de Magnencio, nacido entre los bárbaros, y los acontecimientos que pronto sobrevinieron, hundieron al imperio en tal aniquilación, que se lamentó, no sin razón, el gobierno de Constancio. Añadamos a todo esto a Vetranión, hombre de la más crasa incultura, de la más estúpida insensatez, y a quien su cruda rusticidad hacía aún más detestable; Vetranión, un simple general de infantería entre los ilirios y descendiente de una de las familias más bajas de Mesia, acababa de usurpar el poder supremo.

XLII.
Constancio, Nepociano, Decencio, Patricio, Silvano, Juliano.

Unos diez meses después, Constancio, con la fuerza de sus elocuentes discursos, derrocó a Vetranión del trono y lo hizo regresar a la oscuridad de la vida privada. Es, desde el origen del imperio, el único príncipe que ha obtenido tanto éxito gracias a su talento para la palabra y a su clemencia. Pues cuando los dos ejércitos se reunieron, Constancio pronunció un discurso desde lo alto de su tribunal como si fuera la sentencia de un juicio, y obtuvo con su elocuencia una victoria que sólo habría logrado con gran dificultad, e incluso a costa de mucha sangre. Es un ejemplo que prueba claramente que el don de la palabra no tiene menos superioridad en tiempo de guerra que en tiempo de paz, y que triunfa con bastante facilidad sobre los obstáculos más difíciles, si el orador sabe unir a su talento la moderación y la integridad. Esta es una verdad que nuestro príncipe supo llevar a cabo siempre. Inmediatamente marchó hacia Italia contra otros enemigos. Pero la dureza del invierno y las nieves que cerraban el paso de los Alpes lo detuvieron.

Sin embargo en Roma Potenciano, pariente cercano de Flavio por el lado materno, conquistó al pueblo, que odiaba a Magnencio, masacró al prefecto de la ciudad, armó una tropa de gladiadores y tomó el poder. Su estúpida ferocidad fue tan fatal para el pueblo y el senado romano, que pronto por todas partes se vieron casas, foros, calles y templos inundados de sangre, repletas de cadáveres amontonados, como los de gladiadores destinados a la hoguera. Tantas atrocidades fueron cometidas no sólo por Potenciano, sino también por los partidarios de Magnencio, quienes se apresuraron a correr y mataron a su enemigo el vigésimo séptimo día de su usurpación.

Pero cuando comenzaron a intuirse movimientos en el exterior, Magnencio confió la Galia al César Decencio, su hermano, y Constancio el Oriente a Galo, también creado César, y a quien había dado su nombre. Luego los dos emperadores lucharon entre sí durante tres años en varias batallas sangrientas. Pero finalmente el victorioso Constancio, habiendo perseguido al fugitivo Magnencio hasta la Galia, obligó a los dos hermanos a suicidarse de distintos modos. Al mismo tiempo, fue reprimida una revuelta de los judíos que habían tenido la culpable audacia de llevar al poder soberano a un tal Patricio. Poco después, Constancio mandó matar a Galo debido a su crueldad y carácter feroz. Así, la república, después de un largo

intervalo de unos setenta años, volvió a estar bajo la autoridad de un solo líder.

Apenas habían terminado los disturbios civiles, cuando volvieron a agitarse por la elevación forzada de Silvano al imperio. De origen galo y nacido de padres bárbaros, este Silvano, al principio un simple soldado, después de haber abandonado el partido de Magnence por el de Constancio, había obtenido, a pesar de su extrema juventud, el título de general de infantería. Por miedo o por locura, subió aún más alto. Pero tras un reinado de unos veintiocho días, fue masacrado en una revuelta de las legiones de las que esperaba obtener apoyo. Para evitar, pues, nuevas perturbaciones entre los galos, pueblo tan inquieto por naturaleza, y sobre todo para repeler a los germanos, que devastaban varios cantones de la Galia, Constancio dio al César Juliano, a quien amaba como a su pariente, el gobierno de las provincias transalpinas; Juliano sometió pronto a estas naciones guerreras, tomando prisioneros a sus reyes más ilustres: un éxito glorioso para sus armas sin duda, pero que sin embargo debe atribuirse a la fortuna y sabiduría del emperador, porque las letras son más poderosas que las armas. Testigo de ello son Tiberio y Galerio, quienes, subordinados a otros príncipes, se distinguieron por multitud de acciones brillantes, y quienes, habiéndose convertido en señores, experimentaron, bajo sus propios auspicios su fortuna fue inferior.

Pero durante los veintitrés años que Julio Constancio gobernó el imperio con el título de Augusto, ocupado constantemente con guerras exteriores o civiles, apenas encontró momento para deponer las armas. Después de haber exterminado a tantos usurpadores y tiranos, después de haber rechazado al mismo tiempo las incursiones de los persas, se le vio sentado en su tribunal, dando gloriosamente un rey a la nación de los sármatas. Sabemos que Cneo Pompeyo en su día restableció a Tigranes en su trono; pero la historia nos muestra los escasos antepasados nuestros que actuaron de este honroso modo. Amable e indulgente cuando era necesario, Constancio era un hombre con una cultura tan sólida como elegante. A la suavidad y encanto de su elocución añadió la paciencia en su trabajo, y una maravillosa habilidad en el tiro con arco. Modelo de frugalidad y continencia, supo vencer todas sus pasiones. Lleno de piadosa ternura hacia su padre, velaba de modo muy especial por su propia conservación, bien convencido de que la tranquilidad de los Estados depende de la vida de los buenos príncipes. Pero el brillo de tan nobles y preciosas cualidades quedó oscurecido por el poco cuidado que tuvo al elegir a los gobernadores de las provincias y a los jefes de sus ejércitos, por la extrema depravación de sus ministros y por el abandono en que dejó a toda la gente de bien. Finalmente, para decir la verdad en una palabra, aunque el propio emperador mostraba brillantes virtudes, la

mayoría de sus ministros tenían vicios monstruosos.

DE CÆSARIBVS

ab Augusto Octaviano, id est a fine Titi Livii,
usque ad consulatum decimum Constantii
Augusti et Iuliani Caesaris tertium.

I.
Octavianus Augustus.

1 Anno urbis septingentesimo fere vicesimoque, duobus etiam, mos Romae incessit uni prorsus parendi. Namque Octavianus, patre Octavio, atque adoptione magni avunculi Caesaris ac mox procerum consulto ob victoriam partium placide exercitam Augusti cognomento dictus, illectis per dona militibus atque annonae curandae specie vulgo ceteros haud difficulter subegit. 2 Eoque modo annis quattuor circiter et quadraginta actis morbo Nolae consumptus, adiectis imperio civium Raetia Illyricoque, ac pacata exterarum gentium ferocia nisi Germaniae, 3 quamquam tertius post Numam victo Antonio Ianum clauserit, quod iure Romano quiescentibus bellis accidebat. 4 Mores viro civiles lepidique flagrante haud modice luxuria ludorumque cupidine atque ad somnum intemperantie. 5 Doctorum, qui abunde erant, necessariorumque percultor, cum eloquentiae studio ac religionibus mire attineretur, 6 pater patriae ob clementiam ac tribunicia potestate perpetuo habitus; hincque uti deo Romae provinciisque omnibus per urbes celeberrimas vivo mortuoque templa, sacerdotes et collegia sacravere. 7 Felix adeo (absque liberis tamen simulque coniugio), ut Indi, Scythae, Garamantes ac Bactri legatos mitterent orando foederi.

II.
Claudius Tiberius Nero.

1 Dein Claudius Tiberius Nero, in Augusti liberos e privigno redactus arrogatione, ubi, quae metuebantur, satis tuta animadvertit, imperium complexus est, cuius nomen astu abnuebat: subdolus et occultior, hisque saepe simulando infensus, quae maxime cuperet, et insidiose deditus, quae odio erant; ingenio ad repentina longe acriore; bonis initiis deinde perniciosus, quaesitissimis in omnem fere aetatem sexumque libidinibus, atque atrocius puniens insontes noxios, suos pariter externosque. 2 Adhuc dum urbes et conventus exsecratur, Capreas insulam quaesiverat flagitiis obtentui. 3 Quare solutis militiae artibus direpta pleraque iuris Romani; nihilque praeter Cappadocas idque inter exordia in provinciam subactum remoto rege Archelao; compressaque Gaetulorum latrocinia, quae Tacfarinate duce passim proruperant. 4 Simul Marobodus callide circuinventus, Sueborum rex; neque minus contractas undique cohortes praetorias, quae dispersae proximis municipiis seu Romae quaeque per domos habebantur, in castra apud urbem redegit, qua tenebantur praefecturam appellans, vel augens, praetorio; nam ceteros paritorum praesidesque Augustue instituerat.

III.
Caius Cæsar Caligula.

1 Igitur Claudio febri an insidiis oppresso, cum imperium tres atque viginti, aevi octogesimum uno minus annos egisset, Gaius Caesar cognomento Caligula aventibus cunctis deligitur, maiorum gratiae parentisque. 2 Namque per filiam proavus Augustus, genere materne Agrippa, Drusus, Germanici pater, e quo is oriebatur, avi erant. 3 Quorum modestia atque immaturo, absque Octaviani, interitu vulgus, simul matris fratrumque, quos vario Tiberius exitio interceperat, permovebatur. 4 Qua causa nitebantur omnes casum tantae familiae lenire adolescentuli spe, tum quia natus in exercitu (unde cognomentum calceamento militari quaesiverat) legionibus carus acceptusque habebatur. 5 Praeterea prudentissimus quisque similem fore suis credebat; quod longe secus quasi naturae loge, quae crebro tamquam ex industria malos e bonis, agrestes ex doctioribus et ceteros huiuscemodi seu contra gignit. 6 Quo demum exemplo sapientium plures caruisse liberis utilius duxere. 7 Ceterum in Caligula haudquaquam vero plurimum aberant, quippe qui diu immania animi ita pudore ac parendi specie obtexerat, uti merito vulgaretur neque meliores famulos neque atrociorem dominum illo fuisse. 8 Denique nactus potestatem, uti talia ingenia recens solent, anni mensibus egregia ad populum, inter patres, cum militibus gessit; delataque coniuratione quasi minus credens praedicavit vix convenire in eum, cuius vita nullius oneri aut incommodo esset. 9 Sed repente caesis primum vario facinore innocentium paucioribus tamquam beluae hausto sanguine ingenium exeruit; itaque deinceps triennium consumptum, cum senatus atque optimi cuiusque multiplici clade terramm orbis foedaretur. 10 Quin etiam sororum stupro ac matrimoniis illudens nobilibus deorum habita incedebat, cum Iovem se ob incestum, ex choro autem Bacchanali Liberum assereret. 11 Neque secus contractis ad unum legionibus spe in Germaniam transgrediendi conchas umbilicosque in ora maris Oceani legi iussit, 12 cum ipse nunc fluxo cultu Venerioque interesset, nanc armatus spolia a se non ex hominibus, sed caelestium capi dictitaret, scilicet quod huiuscemodi pisces Graecorum dicto, quis augendi omnia studium est, Nympharum lumina accepisset. 13 His elatus dominum dici atque insigne regni nectere capiti tentaverat. 14 Qua causa auctore Chaerea moti, quibus Romana virtus inerat, tanta pernicie rempublicam confosso eo levare; relatumque excellens Bruti facinus eiecto Tarquinio foret, si per Quirites modo militia exerceretur. 15 Verum ubi cives desidia externos barbarosque in exereitum cogere libido incessit, corruptis moribus

libertas oppressa atque habendi auctum studium. 16 Interim dum senatus decreto gentem Caesarum, etiam muliebri sexu, omnemque affinitatem armati persequuntur, forte Vimius, ortus Epiri, centurio e cohortibus, quae palatium per opportunos locos obsidebant, Titum Claudium occultantem se repperit deformi latebra protractatoque eo exclamat apud socios, si sapiant, adesse principem. 17 Et sane quia vecors erat, mitissimus videbatur imprudentibus; quae res adversum nefariam patrui Neronis mentem auxilio neque apud fratris filium Caligulam invidiae fuit; quin etiam militares plebisque animos conciliaverat, dum flagrante suorum dominatione ipse contemptui miserabilior haberetur. 18 Talia plerisque memorantibus repente eum nullo retractante quae adorant turbae circumsistunt, simulque affluebant reliqui militum et vulgi magna vis. Quod ubi patres accepere, mittunt ocius si valerent ausum comprimere. 19 Sed postquam variis tetrisque seditionibus civitas cunctique ordines lacerabantur, tamquam ex imperio omnes dedere se. 20 Ita Romae regia potestas firmata proditumque apertius mortalium conatus vacuos a fortuna caesosque esse.

IV.
Claudius.

1 Igitur Claudius, quamquam ventri foede oboediens, vecors iuxta atque immemor pavidusque animi et ignavior esset, pleraque per formidinem tamen egregie consultabat, nobilitatis praecipue consiliis, quae metu colebatur: quippe stolidorum ingenia proinde agunt, uti monitores sunt. 2 Denique bonis auctoribus compressa per eum vitia ac per Galliam Drysadarum famosae superstitiones; lata iura quam commodissima; curatum militiae officium; retenti fines seu dati imperio Romano; Mesopotamia per orientem, Rhenus Danubiusque ad septeintrionem et a meridie Mauri accessere provinciis, demptis regibus post Iubam; caesaque Musulamiorum manus; simul ultima occasus, Britanniae partes contusae, quam solam adiit, Ostia profectus mari; nam cetera duces curavere. 3 Adbuc annonae egestas composita, quam Caligula invexerat, dum adactis toto orbe navigiis pervium mare theatris curribusque damno publico efficere contendit. 4 Neque secus censu novato, cum senatu motis pluribus lascivum adolescentem, quem sibi probatum parens asseruerat, retinuisset, censorem et liberis patrem debere esse recte adiecerat. 5 Ast ubi Messalinae coniugis simulque libertorum delinimentis, quibus semet dediderat, in pravum abstractus, non illa modo tyrannorum admissa, verum quae postremum genus mulierum atque servile quibat facere viro amenti dominoque. 6 Namque uxor primo passim quasi iure adulteris utebatur; eoque exstincti cum suis plerique ingenio seu metu abstinentes, dum pervagatis mulierum artibus peti a se petitos criminatur. 7 Dehinc atrocius accensa nobiliores quasque nuptas et virgines scortorum modo secum prostituerat; coactique mares, uti adessent. 8 Quod si qui talia horruerat, afficto crimine in ipsum omnemque familiam saeviebatur. 9 Namque Claudium, uti supra docuimus, natura performidolosum iniecto metu sui agitabant, maxime coniurationis; quo commento liberti etiam, quos vellent, perditum ibant. 10 Qui primo sceleribus conivente, ubi pares patronae facti sunt, eam quoque ignaro, quasi iubente tamen, domino per satellites interfecere. 11 Et sane in id progressa mulier erat, uti animi ac pellicum gratia marito Ostiam profecto Romae nuptias cum altero frequentaret; et hinc notior, dum mirum videtur apud imperatorem viro quam imperatori nuptam esse. 12 Ita liberti potestatem nacti summam stupris exilio caede proscriptionibus omnia foedabant, eoque herilem stultitiam perpulere, uti senex fratris filiam in nuptias concupisceret. Quae †quamvis superiore absurdior haberetur iccircoque paria extimesceret, veneno coniugem interemit. 14 Huius anno sexto, cum quattuordecim

regnarit, octingentesimus urbis mire celebratus, visusque apud Aegyptum Phoenix, quam volucrem ferunt anno quingentesimo ex Arabis memoratos locos advolare; atque in Aegaeo mari repente insula ingens emersit nocte, qua defectus lunae acciderat. 15 Ceterum funus, uti quondam in Prisco Tarquinio, diu occultatum, dum arte mulieris corrupti custodes aegrum simulant atque ab eo mandatam interim privigno, quem paulo ante in liberes asciverat, curam reipublicae.

V.
Lucius Domitius Nero.

1 Eo modo L. Domitius (nam id certe nomen Neroni, patre Domitio, erat) imperator factus est. 2 Qui cum longe adolescens dominatum parem annis vitrico gessisset, quinquennium tamen tantus fuit, augenda urbe maxime, uti merito Traianus saepius testaretur procul differre cunctos principes Neronis quinquennio; quo etiam Pontum in ius provinciae Polemonis permissu redegit, cuius gratia Polemoniacus Pontus appellatur, itemque Cottias Alpes Cottio rege mortuo. 3 Quare satis compertum est neque aevum impedimento virtuti esse; eam facile mutari corrupto per licentiam ingenio, omissamque adolescentiae quasi legem perniciosius repeti. 4 Namque eo dedecore reliquum vitae egit, uti pigeat pudeatque memorare huiuscemodi quempiam, nedum rectorem gentium, fuisse. 5 Qui dum psallere per coetus Graecorum invento in certamen coronae coepisset, eo progressus est, uti neque suae neque aliorum pudicitiae parcens, ad extremum amictus nubentium virginum specie, palam senatu, dote data, cunctis festa more celebrantibus in manum conveniret lecto ex omnibus prodigiosis. 6 Quod sane in eo levius aestimandum. 7 Quippe noxiorum vinctis modo pelle tectus ferae utrique sexui genitalia vultu contrectabat; exsector marium maiore flagitio. 8 Atque inter haec matrem etiam contaminavisse plures habent, dum ea quoque ardore dominandi scelere quolibet subici filium cupit. 9 Id ego quamquam scriptoribus diversa firmantibus verum puto. 10 Namque ubi mentem invaserint vitia, †nequaquam verecundiae externis societate humanius datur; peccandi consuetudo, nova et eo dulciora affectans, ad extremum in suos agit. 11 Quod his proditum magis, dum quasi quodam progressu illa per alteros ad patrui nuptias atque alienorum cruciatibus mariti exitium, hic paulatim ad sacerdotem Vestae, deinde se, postremo uterque in sui scelus processerint. 12 Neque blandimentis talibus tamen coalescere potuere, sed eo praeceps dati, dam insidiantur invicem, mater praeversa interiit. 13 Igitur cum omne ius fasque parricidio trivisset ac magis magisque in optimos saeviretur, coniuravere plures varia sane tempestate ad liberandam rempublicam. 14 Quis proditis caesisque immanior urbem incendio, plebem feris vulgo missis, senatam pari morte tollere decreverat, nova sede regno quaesita, maximeque incitante legato Parthorum, qui forte inter epulas aulicis, uti mos est, canentibus, cum sibi citharistam poposcisset, responso dato liberum esse, adiecerat sumeret ipse quem vellet e suis, ostentans, qui convivio aderant, quod liber sub imperio nullus haberetur. 15 Ac ni Galba, qui Hispaniae praesidebat, cognito

mandatum sui exitium quamquam senecta aetate imperio correpto subvenisset, tantum facinus haud dubie patraretur. 16 Verum eius adventu desertus undique nisi ab spadone, quem quondam exsectum formare in mulierem tentaverat, semet ictu transegit, cum implorans percussorem diu ne ad mortem quidem meruisset cuiusquam officium. 17 Hic finis Caesarum genti fuit: quem fore prodigiorum multa denuntiavere praecipueque eorum praediis arescens lauri nemus dicatum triumphantibus atque interitus gallinarum, quae adeo multae albaeque erant, aptioresque religionibus, ut iis Romae habeatur hodie locus.

VI.
Servius Galba.

1 At Galba, haud secus nobilis e gente clarissima Sulpiciorum, ubi Romam ingressus est, quasi luxuriae aut etiam crudelitati auxilio ventitavisset, rapere trahere vexare ac foedum in modum vastare cuncta et polluere. 2 Quia rebus intestabilior (dum gravius offendunt, quos mollius consultaturos spes erat), simul quia opes militum nimis pecuniae cupidus attenuaverat, Othone auctore interficitur; qui praelatum adoptione eius Pisonem impatientius dolens accensas cohortes armatasque in forum deduxerat. 3 Quo cum lorica tectus Galba tumultum leniturus contenderet, ad lacum Curtium caesus est mense imperii ac die septimo.

VII.
Salvius Otho.

1 Igitur Salvius Otho, Neroni quondam criminose familiaris, haud multo fine adolescentiae grandior potentiam invadit. 2 Qua dies fere quinque et octoginta praecognitis moribus potitus, postquam a Vitellio, qui e Gallia descenderat, Veronensi proelio pulsus est, mortem sibimet conscivit.

VIII.
Aulus Vitellius.

1 Ita ad Aulum Vitellium potestas delata, quae progressu funestior talibus initiis foret, si Vespasianus aliquamdiu Iudaeoram bello, quod Neronis iussu sasceperat, impensius attineretur. 2 Is ubi gesta per Galbam ipsumque oppressum accepit, simul quoniam legati Moesiae Pannonicique exercitus hortantium venerant, imperium capit. 3 Namque milites praedicti, postquam Othonem praetoriis, Vitellium Germanicianis legionibus factum comperere, aemuli, ut inter se solent, ne dissimiles viderentur, Vespasianum perpulere, in quem iam Syriacae cohortes ob egregia vitae consenserant. 4 Quippe Vespasianus nova senator familia Reatinis maioribus industria rebusque pacis ac militiae longe nobilis habebatur. 5 Huius legatorum in Italiam transgressu fusisque apud Cremonam suis Vitellius ab Sabino urbi praefecto, Vespasiani fratre, sestertium milies pepigerat arbitris militibus imperio decedere; sed postquam mox circumventum se nuntio ratas est, quasi renovato furore ipsum ceterosque adversae partis cum Capitolio, quod saluti remedium ceperant, cremavit. 6 Ast ubi vera esse ac propinquare hostes patefactum est, productus e tugurio, quo se abdiderat, ianitoris iniecto laqueo parricidarum more ad scalas Gemonias perque eas pertractus; simul ictibus, quantum quisque valuerat, confosso corpore in Tiberim deicitur, tyrannidis octavo mense, annos natus septuaginta et quinque amplius. 7 Hi omnes, quos paucis attigi, praecipueque Caesarum gens adeo litteris culti atque eloquentia fuere, ut, ni cunctis vitiis absque Augusto nimii forent, tantae artes profecto texissent modica flagitia. 8 Quis rebus quamquam satis constet praestare mores, tamen bono cuique, praesertim summo rectori, utroque, si queat, iuxta opus: sin aliter, vitae proposito immensum regrediente elegantiae saltem atque eruditionis sumat auctoritatem.

IX.
Flavius Vespasianus.

1 Hoc item ex genere Vespasianus, sanctus omnia, facundiae haud egens promendia, quae senserat, exsanguem diu fessumque terrarum orbepa brevi refecit. 2 Namque primum satellites tyrannidis, nisi qui forte atrocius longe processerant, flectere potius maluit quam excruciatos delere, prudentissime ratus nefaria ministeria a pluribus metu curari. 3 Dein coniurationum multas scelere inulto abscedere patiebatur, comiter, uti erat, stultitiae coarguens, qui ignorarent, quanta moles molestiaque imperio inesset. 4 Simul divinis deditus (quorum vera plerisque negotiis compererat), successores fidebat liberos Titum ac Domitianum fore. 5 Praeterea legibus aequissimis monendoque, quodque vehementius est, vitae specie vitiorum plura aboleverat. 6 Infirmus tamen, uti quidam prave putant, adversum pecuniam, cum satis constet aerarii inopia ac labe urbium novas eum neque aliquamdiu postea habitas vectigalium pensiones exquisivisse. 7 Namque Romae Capitolium, quod conflagravisse supra memoravimus, aedes Pacis, Claudii monumenta, amphitheatri tanta vis, multaque alia ac forum coepta seu patrata. 8 Adhuc per omnes terras, qua ius Romanum est, renovatae urbes culta egregio viaeque operibus maximis munitae et cavati montes per Flaminiam prono transgressui. 9 Quae tot tantaque brevi coufecta intactis cultoribus prudentiam magis quam avaritiam probavere; simul censu more veterum exercito senatu motus probrosior quisque, ac lectis undique optimis viris mille gentes compositae, cum ducentas aegerrime repperisset exstinctis saevitia tyrannorum plerisque. 10 Ac bello rex Parthorum Vologesus in pacem coactus atque in provinciam Syria, cui Palaestinae nomen, Iudaeique annitente filio Tito, quem transgrediens in Italiam reliquerat externae militiae moxque victorem praefectura praetorio extulerat. 11 Unde etiam is honos, ingens a principio, tumidior atque alter ab Augusto imperio fuit. 12 Verum hac tempestate dum honorum honestas despectatur mixtique bonis indocti ac prudentibus inertes sunt, fecere nomen plerique potentia vacuum insolensque miseris, subiectum pessimo cuique et annonae specie rapax.

X.
Titus Flavius Vespasianus.

1 Ceterum Titus postquam imperium adeptus est, incredibile quantum, quem imitabatur, anteierit, praesertim litteris clementiaque ac muneribus. 2 Denique cum concessa per priores principes firmari ab insequentibus mos esset, simul imperium cepit, talia possidentibus edicto sponte cavit prospexitque. 3 Neque minus sancte facilis in tuendis, qui forte in se coniuravissent, adeo ut, cum amplissimi ordinis duo abnuere cogitatum scelus nequirent patresque censuissent de confessis supplicium sumendum, deductos in spectaculum se utrimque assidere iusserit petitoque ex industria gladiatoris, quorum pugnae visebantur, gladio, quasi ad explorandam aciem uni atque alteri committeret. 4 Quis perculsis et constantiam mirantibus: «Videtisne», inquit, «potestates fato dari frustraque tentari facinus potiundi spe vel amittendi metu?» Ita biennio post ac menses fere novem amphitheatri perfecto opere lautusque veneno interiit, anno aevi quadragesimo, cum eius pater septuagesimo obisset, imperator decennii. 6 Huius sane mors adeo provinciis luctui fuit, uti generis humani delicias appellantes orbatum orbem deflerent.

XI.
Titus Flavius Domitianus

1 Igitur Domitianus fratris atque imperatoris optimi nece, privato scelere publicoque amentior, simul maculosae adolescentiae praedas caedem supplicia agere occepit. 2 Maior libidinum flagitio ac plus quam superbe utens patribus, quippe qui se dominum deumque dici coegerit; quod confestim ab insequentibus remotum validius multo posthac deincepa rettulere. 3 Sed Domitianus primo clementiam simulans neque adeo iners domi belloque tolerantior videbatur. 4 Idcircoque Dacis et Cattorum manu devictis Septembrem Octobremque menses Germanici superiorem, e suo nomine alterum appellaverat; multaque operum inchoata per patrem vel fratris studio atque inprimis Capitolium absolvit. 5 Dehinc atrox caedibus bonorum segnisque ridicule remotis procul omnibus muscarum agmina persequebatur, postquam ad libidinem minus virium erat, cuius foedum exercitium Graecorum lingua klinopalhn vocabat. 6 Hincque iocorum pleraque: nam percontanti cuidam, quispiamnet in palatio esset, responsum: Ne musca quidem, nisi forte apud palaestram. 7 Is ergo magis magisque saevitia nimias eoque suspectior etiam suis libertorum consilio uxore non ignara, quae amorem histrionis viro praetulerat, poenas luit, quinto et quadragesimo vitae anno, dominationis circiter quintodecimo. 8 At senatus gladiatoris more funus ferri radendumque nomen decrevit. 9 Quo moti milites, quibus privatae commoditates dispendio publice largius procedunt, auctores necis ad supplicium petere more suo seditiosius coeperunt. 10 Qui vix aegreque per prudentes cohibiti tandem in gratiam optimatum convenere. 11 Neque minus per se moliebantur bellum, quod his conversum imperium maestitiae erat ob amissionem praedarum per dona munifica. 12 Hactenus Romae seu per Italiam orti imperium rexere, hinc advenae quoque; nescio an ut in Prisco Tarquinio longe meliores. 13 Ac mihi quidem audienti multa legentique plane compertum urbem Romam externorum virtute atque insitivis artibus praecipue crevisse.

XII.
Cocceius Nerva.

1 Quid enim Nerva Cretensi prudentiua maximeque moderatum? 2 Qui cum extrerna aetate apud Sequanos, quo tyranni decessit metu, imperium arbitrio legionum cepisset, ubi perspexit nisi a superioribus robustioribusque corpore animoque geri non posse, mense sexto ac decimo semet eo abdicavit, dedicato prius foro, quod appellatur Pervium, quo aedes Minervae eminentior consurgit et magnificentior. 3 Id cum semper egregium sit metiri, quantum queas, neque ambitione praeceps agi, tum in imperio, cuius adeo cupidi mortales sunt, ut id vel ultima senectus avide petat. 4 Huc accedit, quod suffecti virtute quantus consilio esset, magis magisque patefecit.

XIII.
Ulpius Trajanus.

1 Namque Ulpium Traianum Italica, urbe Hispaniae, ortum, amplissimi ordinis tainen atque etiam consulari loco, arrogatum accepit dedit. 2 Hoc aegre clarior domi seu militiae reperietur. 3 Quippe primus aut solus etiam vires Romanas trans Istrum propagavit domitis in provinciam Dacorum pileatis †satisque nationibus, Decibalo rege ac †Sardonios; simul ad ortum solis cunctae gentes, quae inter Indum et Euphratem amnes inclitos sunt, concussae bello, atque imperati obsides Persarum regi, nomine Cosdroe, et inter ea iter conditum per feras gentes, quo facile ab usque Pontico mari in Galliam permeatur. 4 Castra suspectioribus atque opportunis locis exstructa, ponsque Danubio impositus, ac deductae coloniarum pleraeque. 5 Adhuc Romae a Domitiano coepta forum atque alia multa plusquam magnifice coluit ornavitque, et annonae perpetuae mire consultum reperto firmatoque pistorum collegio, simul noscendis ocius, quae ubique e republica gerebantur, admota media publici cursus. 6 Quod equidem munus satis utile in pestem orbis Romani vertit posteriorum avaritia insolentiaque, nisi quod his annis suffectae vires Illyrico sunt praefecto medente Anatolio. 7 Adeo boni malive in republica nihil est, quod in diversum traduci aequeat moribus praesidentium. 8 Aequus clemens patientissimus atque in amicos perfidelis, quippe qui Surae familiari opus sacraverit, quae Suranae sunt: 9 usque eo innocentiae fidens, uti praefectum praetorio Suburanum nomine, cum insigne potestatia, uti mos erat, pugionem daret, crebro monuerit: «Tibi istum ad munimentum mei committo, si recte agam; sin aliter, in me magis»: quod moderatorem omnium vel errare minus fas sit. 10 Quin etiam vinolentiam, quo vitio uti Nerva angebatur, prudentia molliverat, curari vetans iussa post longiores epulas. 11 His virtutibus acto imperio annos prope viginti, cum terrae motu gravi apud Antiochiam ceteraque Syriae extremis afficeretur, rogatu patrum Italiam repetens morbo periit grandaeva aetate ascito prius ad imperium Hadriano civi propinquoque. 12 Abhinc divisa nomina Caesarum atque Augusti inductumque in rempublicam, uti duo seu plures summae potentiae dissimiles cognomento ac potestate dispari sint. 13 Quamquam alii Plotinae, Traiani coniugis, favore imperium assecutum putent, quae viri testamento heredem regni institutum simulaverat.

XIV.
Ælius Hadrianus.

1 Igitur Ælius Hadrianus eloquio togaeque studiis accommodatior pace ad orientem composita Romam regreditur. 2 Ibi Graecorum more seu Pompilii Numae caerimonias leges gymnasia doctoresque curare occepit, 3 adeo quidem, ut etiam ludum ingenuarum artium, quod Athenaeum vocant, 4 constitueret atque initia Cereris Liberaeque, quae Eleusina dicitur, Atheniensium modo Roma percoleret. 5 Deinde, uti solet tranquillis rebus, remissior rus proprium Tibur secessit permissa urbe Lucio Ælio Caesari. 6 Ipse, uti beatis locupletibus mos, palatia exstruere, curare epulas signa tabulas pictas; postremo omnia satis anxie prospicere, quae luxus lasciviaeque essent. 7 Hinc orti rumores mali iniecisse stupra puberibus atque Antinoi flagravisse famoso ministerio neque alia de causa urbem conditam eius nomine aut locasse ephebo statuas. 8 Quae quidem alii pia volunt religiosaque: quippe Hadriano cupiente fatum producere, cum voluntarium ad vicem magi poposcissent, cunctis retractantibus Antinoum obiecisse se referunt, hincque in eum officia supra dicta. 9 Nos rem in medio relinquemus quamquam in remisso ingenio suspectam aestimantes societatem aevi longe imparilis. 10 Interim Ælio Caesare mortuo, cum ipse animo parum valeret idcircoque despectui haberetur, ad creandum Caesarem patres convocat. 11 Quibus propere accurrentibus forte Antoninum conspexit senis soceri aut genitoris anxios gressus levantem manu. Quo mire oblectatus adoptatum legibus Caesarem iubet, statimque ab eo senatus, cui ludibrio fuerat, magnam partem necari. 12 Neque multo post apud Baias tabe interiit, anno imperii absque mense vicesimo secundo, senecta viridiore. 13 At patres ne principis oratu quidem ad Divi honorem eidem deferendum flectebantur; tantum amissos sui ordinis tot viros maerebant. 14 Sed postquam subito prodiere, quorum exitium dolori erat, quique suos complexi, censent quod abnuerant.

XV.
Antoninus Pius.

1 Atque Aurelio Antonino cognomentum Pii. Hunc fere nulla vitiorum labes commaculavit. 2 Vir veterrimae familiae, e Lanuvino municipio, senator urbis; 3 adeo aequalis probisque moribus, uti plane docuerit neque iugi pace ac longo otio absoluta ingenia corrumpi, eoque demum fortunatas urbes fore, si regna sapientiae sint. 4 Denique annis, quibus publica egit, viginti idem mansit, celebrato magnifice urbis nongentesimo. 5 Nisi forte triumphorum expertem socordiae videtur; quod longe secus est, cum maius haud dubie sit neque quemquam turbare ausum composita neque ipsum ostentandi sui bellum fecisse quietis gentibus. 6 Quin etiam maribus frustratus filiae viro reipublicae consultavit.

XVI.
Marcus Aurelius Antoninus et Lucius Verus.

1 Namque M. Boionium, qui Aurelius Antoninus habetur, eodem oppido, pari nobilitate, philosophandi vero eloquentiaeque studiis longe praestantem, in familiam atque imperium ascivit. 2 Cuius divina omnia domi militiaeque facta consultaque; quae imprudentia regendae coniugia attaminavit, quae in tantum petulantiae proruperat, ut in Campania sedens amoena litorum obsideret ad legendes ex nauticis, quia plerumque nudi agunt, flagitiis aptiores. 3 Igitur Aurelius socero apud Lorios anno vitae post quintum et septuagesimum mortuo confestim fratrem Lucium Verum in societatem potentiae accepit. 4 Eius ductu Persae, cum primum superavissent, ad extremum triumpho cessere, rege Vologeso. 5 Lucius paucis diebus moritur, hincque materies fingendi dolo consanguinei circumventum; 6 quem ferunt, cum invidia gestarum rerum angeretur, fraudem inter coenam exercuisse. 7 Namque lita veneno cultri parte vulvae frustum, quod de industria solum erat, eo praecidit consumptoque uno, uti mos est inter familiares, alterum, qua virus contigerat, germano porrexit. 8 Haec in tanto viro credere nisi animi ad scelus proni non queunt, 9 quippe cum Lucium satis constet Altini, Venetiae urbe, morbo consumptum, tantumque Marco sapientiae lenitudinis innocentiae ac litterarum fuisse, ut is Marcomannos cum filio Commodo, quem Caesarem suffecerat, petiturus philosophorum turba obtestantium circumfunderetur, ne expeditioni aut pugnae se prius committeret, quam sectarum ardua ac perocculta explanavisset. 10 Ita †incerta belli in eius salute doctrinae studiis metuebantur; tantumque illo imperante floruere artes bonae, ut illam gloriam etiam temporum putem. 11 Legum ambigua mire distincta, vadimoniorumque sollemni remoto denuntiandae litis operiendaeque ad diem commode ius introductum. 12 Data cunctis promiscue civitas Romana, multaeque urbes conditae deductae repositae ornataeque, atque inprimis Poenorum Garthago, quam ignis foede consumpserat, Asiaeque Ephesus ac Bithyniae Nicomedia constratae terrae motu, aeque ac nostra aetate Nicomedia Cereali consule. 13 Triumphi acti ex nationibus, quae regi Marcomaro ab usque urbe Pannoniae, cui Carnuto nomen est, ad media Gallorum protendebantur. 14 Ita anno imperii octavo decimoque aevi validior Vendobonae interiit, maximo gemitu mortalium omnium. 15 Denique, qui seiuncti in aliis, patres ac vulgus soli omnia decrevere, templa columnas sacerdotes.

XVII.
Lucius Aurelius Commodus.

1 At filius saeva a principio dominatione detestabilior habebatur, praecipue per maiorum controversam memoriam; quae posteris usque eo gravis est, ut absque communi in impios odio quasi corruptores generis exaecrabiliores sint. 2 Bello plane impiger quo in Quados prospere gesto Septembrem mensem Commodum appellaverat. 3 Moenia Romae potentia vix digna lavandi usui instituit. 4 Immiti prorsus feroque ingenie, adeo quidem, uti gladiatores specie depugnandi crebro trucidaret, cum ipse ferro, obiecti mucronibus plumbeis uterentur. 5 Cumque eo modo plures confecisset, forte eum Scaeva nomine, andacia ac robore corporis pugnandique arte pervigens, ab studio tali deterruit; qui spreto gladio, quem inutilem cernebat, sufficere utrique ait, quo armabatur ipse. 6 Eo metu, ne inter congressum, uti solet, extorto pugione conficeretur, Scaevam removit, atque ad alios formidolosior in feras beluasque ferociam convertit. 7 Quis rebus cum insatiabilem sanguinis cuncti horrescerent, coniuravere in eum maxime proximus; quippe dominationi adeo fidus nemo, ipsique satellites, dum incestam mentem pronamque in saevitiam cavent, a quibus eorum potentia sustentatur, quoquomodo subruere tutius putant et Commodum quidem primo occultatius veneno petivere anno regni tertio fere atque decimo. 8 Cuius vis frustrata per cibum, quo se casu repleverat; cum tamen alvi dolorem causaretur, auctore medico, principe factionis, in palaestram perrexit. 9 Ibi per ministrum ungendi (nam forte is quoque e consilio erat) faucibus quasi arte exercitii bracchiorum nodo validius pressis exspiravit. 10 Quo cognito senatus, qui ob festa Ianuariorum frequens primo luci convenerat, simul plebes hostem deorum atque hominum radendumque nomen sanxere; confestimque praefecto urbi Aulo Helvio Pertinaci imperium defertur.

XVIII.
Publius Helvius Pertinax.

1 Hic doctrinae omnis ac moribus antiquissimis, immodice parcus, Curios aequaverat Fabriciosque. 2 Eum milites, quis exhausto iam perditoque orbe satis videtur nihil, impulsore Didio foede iugulavere octogesimo imperii die.

XIX.
Didius Julianus.

1 At Didius (an Salvius?) Iulianus fretus praetorianis, quos in societatem promissis magnificentioribus perpulerat, ex praefectura vigilum ad insignia dominatus processit. 2 Genus ei pernobile iurisque urbani praestans scientia; quippe qui primus edictum, quod varie inconditeque a praetoribus promebatur, in ordinem composuerit. 3 Hincque satis compertum cohibendae cupidini ingenium ni iuvet, eruditionem imbecillem esse, 4 cum praeceptor et asper quidem rectius vivendi in facinus processerit, quod novo supplicio plectendum ediderat. Neque cupito tamen potitus diu. Namque eum acceptis illico, quae acciderant, Septimius Severus, qui forte Syriae legatus in extremis terris bellum gerebat, imperator creatus pontem proxime Milvium acie devicit; missique, qui fugientem insequerentur, apud palatium Romae obtruncavere.

XX.
Septimius Severus.

1 Igitur Septimius, Pertinacis nece, simul flagitiorum odio, dolore atque ira commotior cohortes praetorias statim militia exemit cunctisque partium caesis Helvium senatusconsulto inter Divos refert; Salvii nomen atque eius scripta factave aboleri iubet; quod unum effici nequivit. 2 Tantum gratia doctarum artium valet, ut scriptoribus ne saevi mores quidem ad memoriam officiant. 3 Quin etiam mors huiuscemodi ipsis gloriae, exsecrationi actoribus est, 4 cum omnes, praecipueque posteri, sic habent illa ingenia nisi publico latrocinio ac per dementiam opprimi non potuisse. 5 Quo bonis omnibus ac mihi fidendum magis, qui rure ortus tenui atque indocto patre in haec tempora vitam praestiti studiis tantis honestiorem. 6 Quod equidem gentis nostrae reor, quae fato quodam bonorum parce fecunda, quos eduxerit tamen, quemque ad sua celsos habet. Velut Severum ipsum, quo praeclarior in republica fuit nemo; quem quamquam exacta aetate mortuum iustitio elogioque lugendum sanxere, struentes illum iustum nasci aut emori minime convenisse. 7 Scilicet quod corrigendis moribus nimium, postquam ad veterum innocentiam quasi mentium sanitatem pervenerant, clementem habuere. 8 Ita honestas, quae principio anxia habetur, ubi contigerit, voluptati luxuriaeque est. Pescennium Nigrum apud Cyzicenos, Clodium Albinum Lugduni victos coegit mori; 9 quorum prior Aegyptum dux obtinens bellum moverat spe dominationis, alter Pertinacis auctor occidendi, cum eo metu in Britannos, quam provinciam a Commodo meruerat, transmittere niteretur, in Gallia invaserat imperium. 10 Horum infinita caede crudelior habitus et cognomento Pertinax, quamquam ob vitae parsimoniam similem ipsum magis ascivisse plures putent: nobis mens ad credendum prona acerbitati impositum. 11 Nam cum quidam hostiam, quem tamen, uti bellis civilibus solet, condicio loci ad Albinum detulerat, causa exposita novissime conclusisset: «Quid, quaeso, faceres, si tu esses?» ille respondit: «Ea perferrem, quae tu.» 12 Quo dicto factoque durius nibil bonis: cum sanctique huiuscemodi dissensiones, quamvis studiosius coeptas, fortunae increpent magisque in protegendis quam ad perdendos cives verum corrumpi patiantur. 13 At iste delendarum cupidus factionum, quo deinceps mitius ageret, necessitudinem facti ulcisci maluit, ne paulatim spe veniae in labem publicam per coniurationes procederetur, ad quas vitio temporum animos pronos intelligebat; neque ego abnuo ea delictorum, quae grassari immodice coeperint, plus paene quam severe excidenda esse. 14 Felix ac prudens, armis praecipue adeo ut nullo congressu

nisi victor discesserit auxeritque imperium subacto Persarum rege nomine Aggaro. 15 Neque minus Arabas, simul adortus ut est, in dicionem redegit provinciae modo. 16 Adiabena quoque, ni terrarum macies despectaretur, in tributarios concessisset. 17 Ob haec tanta Arabicum, Adiabenicum et Parthici cognomento patres dixere. 18 His maiora aggressus Britanniam, quoad ea utilis erat, pulsis hostibus muro munivit per transversam insulam ducto utrimque ad finem Oceani. 19 Quin etiam Tripoli, cuius Lepti oppido oriebatur, bellicosae gentes submotae procul. 20 Quae factu ardua facilius eo patrabantur, quo implacabilis delictis strenuum quemque praemiis extollebat. 21 Denique ne parva latrocinia quidem impunita patiebatur, in suos animadvertens magis, quod vitio ducum aut etiam per factionem fieri vir experiens intelligeret. 22 Philosophiae, declamandi, cunctis postremo liberalium deditus studiis; idemque abs se texta ornatu et fide paribus composuit. 23 Legum conditor longe aequabilium. Huic tanto domi forisque uxoris probra summam gloriae dempsere, quam adeo famose complexus est, uti cognita libidine ac ream coniuratiollis retentaverit. 24 Quod cum infimo turpe tum potentibus, et illi magis, cui non privati neque singuli aut flagitiosi, verum imperia et exercitus atque ipsa vitia concessere. 25 Nam cum pedibus aeger bellum moraretur idque milites anxie ferrent eiusque filium Bassianuin, qui Caesar una aderat, Augustum fecissent, in tribunal se ferri, adesse omnes, imperatoremque ac tribunos, centuriones et cohortes, quibus auctoribus acciderat, sisti reorum modo iussit. 26 Quo metu cum stratus humi victor tantorum exercitus veniam precaretur: «Sentitisne», inquit, pulsans manu, «caput potius quam pedes imperare?» 27 Neque multo post in Britanniae municipio, cui Eboraci nomen, annis regni duodeviginti morbo exstinctus est. 28 Ortus medie humili, primo litteris, dehinc imbutus foro; quo parum commodante, uti rebus artis solet, dum tentat aut exquirit varia melioraque, conscendit imperium. 29 Ibi graviora expertus, laborem curas metum et incerta prorsus omnia, quasi testis vitae mortalium: «Cuncta», inquit, «fui; conducit nihil». 30 Funus, quod liberi Geta Bassianusque Romam detulerant, mire celebratum illatumque Marci sepulcro, quem adeo percoluerat, ut eius gratia Commodum inter Divos referri suaserit fratrem appellans, Bassianoque Antonini vocabulum addiderit, quod ex illo post multos dubiosque eventus auspicia honorum cepisset patrocinio fisci; 31 deinde laborantiblis secundarum initia earumque auctores memoriae sunt. 32 At posteri, quasi bellum inter se mandatis accepissent, confestim secessere. Ita Geta, cui nomen paterno ab avo erat, cum eius modestiore ingenio frater angeretur, obsessus interiit. 33 Quae victoria Papiniani exitio foedior facta, ut sane putant memoriae curiosi, quippe quem ferunt illo temporis Bassiani scrinia curavisse monitumque, uti mos est, destinanda Romam quam celerrime

componeret, dolore Getae dixisse haudquaquam pari facilitate velari parricidium, qua fieret, iccircoque morte affectum. 34 Sed haec improbe absurda sunt, cum constet satis praefecturam praetorio gessisse neque incondite illum virum tantam contumeliam imponere potuisse, cui amori ac magisterio erat.

XXI.
Antoninus Caracalla.

1 Ceterum Antoninus in cognita munerum specie plebem Romanam adficiens, quod indumenta in talos demissa largiretur, Caracalla dictus, cum pari modo vesti Antoninianas nomen e suo daret. 2 Alamannos, gentem populosam ex equo mirifice pugnantem, prope Moenum amnem devicit. Patiens communis tranquillusque; pari fortuna et eodem matrimonio, quo pater. 3 Namque Iuliam novercam, cuius facinora supra memoravi, forma captus coniugem affectavit, cum illa factiosior aspectui adolescentis, praesentiae quasi ignara, semet dedisset intecto corpore, asserentique: «Vellem, si liceret, uti», petulantius multo (quippe quae pudorem velamento exuerat) respondisset: «Libet? plane licet». 4 Aegypti sacra per eum deportata Romam atque aucta urbs magno accessu viae novae et ad lavandum absoluta opera pulchri cultus. 5 Quibus confectis, cum Syriam circumgrederetur, apud Edessam anno potentiae sexto moritur. 6 Corporis reliqua luctu publico relata Romam atque inter Antoninos funerata sunt.

XXII.
Opilius Macrinus et Diadumenus.

1 Dehinc Opilius Macrinus, qui praefecturam praetorio gerebat, imperator eiusdemque filius Diadumenus nomine Caesar a legionibus appellantur. 2 Quibus eo quod ingens amissi principis desiderium erat, adolescentem Antoninum vocavere. 3 Horum nihil praeter saevos atque inciviles animos interim reperimus. 4 Qua gratia mensibus ferme quattuor ac decem vix retento imperio, per quos creati fuerant, interfecti sunt.

XXIII.
Marcus Aurelius Antoninus Heliogabalus.

1 Accitusque Marcus Antoninus Bassiano genitus, qui patre mortuo in solis sacerdotium, quem Heliogabalum Syri vocant, tamquam asylum insidiarum metu confugerat, hincque Heliogabalus dictus; translatoque Romam dei simulacro in palatii penetralibus altaria constituit. 2 Hoc impurius ne improbae quidem aut petulantes mulieres fuere: quippe orbe toto obscoenissimos perquirebat visendis tractandisve artibus libidinum ferendarum. 3 Haec cum augerentur in dies ac magis magisque Alexandri, quem comperta Opilii nece Caesarem nobilitas nuncupaverat, amor cumularetur, in castris praetoriis tricesimo regni mense oppressus est.

XXIV.
Aurelius Alexander Severus.

1 Statimque Aurelio Alexandro Syriae orto, cui duplex Caesarea et Arce nomen est, militibus quoque annitentibus Augusti potentia delata. 2 Qui quamquam adolescens, ingenio supra aevum tamen confestim apparatu magno bellum adversum Xerxem, Persarum regem, movet; quo fuso fugatoque in Galliam maturrime contendit, quae Germanorum direptionibus tentabatur. 3 Ibi tumultuantes legionum plerasque constantissime abiecit; quod in praesens gloriae, mox exitio datum est. 4 Nam cum tantae severitatis vim milites inhorrescunt (unde etiam Severi cognomentum accesserat), agentem casu cum paucis vico Britanniae, cui vocabulum Sicilia, trucidavere. 5 Opus urbi florentissimum celebrio fabricatus est, matrisque cultu, quae nomine Mammaea erat, plus quam pius. 6 Adhuc Domitium Ulpianum, quem Heliogabalus praetorianis praefecerat, eodem honore retinens Paulloque inter exordia patriae reddito, iuris auctoribus, quantus erga optimos atque aequi studio esset, edocuit. 7 Neque ultra annos tredecim imperio functus rempublicam reliquit firmatam undique. 8 Quae iam tum a Romulo ad Septimium certatim evolans Bassiani consiliis tamquam in summo constitit. 9 Quo ne confestim laberetur, Alexandri fuit. Abhinc dum dominandi suis quam subigendi externos cupientiores sunt atque inter se armantur magis, Romanum statum quasi abrupto praecipitavere, immissique in imperium promiscue boni malique, nobiles atque ignobiles, ac barbariae multi. 10 Quippe ubi passim confusaque omnia neque suo feruntur modo, quique fas putant, uti per turbam, rapere aliena officia, quae regere nequeunt, et scientiam bonarum artium foede corrumpunt. 11 Ita fortunae vis licentiam nacta perniciosa libidine mortales agit; quae diu quidem virtute uti muro prohibita, postcquam paene omnes flagitiis subacti sunt, etiam infimis genere institutoque publica permisit.

XXV.
Caius Julius Maximinus.

1 Namque Gaius Iulius Maximinus, praesidens Trebellicae, primus e militaribus, litterarum fere rudis potentiam cepit suffragiis legionum. 2 Quod tamen etiam patres, dum periculosum existimant inermes armato resistere, approbaverunt; filiusque eius pari nomine Gaius Iulius Maximinus Caesar factus est.

XXVI.
Gordianus, Pupienus et Balbinus.

1 Quis biennium summae potitis, haud incommode proelio gesto contra Germanos, repente Antonius Gordianus Africae proconsul ab exercitu princeps apud Thydri oppidum absens fit. 2 Quo ut accitus pervenit, tamquam ea re creatus foret, seditione excipitur; qua lenita facile Carthaginem petit. 3 Ibi cum avertendis prodigiis, quorum metu haud inaniter angebatur, rem divinam solitis ageret, repente hostia partum edidit. 4 Id haruspices atque ipse maxime (nam huius scientiae usu immodice prudens erat) ita accepere illum quidem destinatum neci, verum liberis pariturum imperium; progressique coniectu longius liberi quoque exitum denuntiavere, mitem atque innoxium praefantes fore ut illud pecus, nec diuturnum tamen subiectumque insidiis. 5 Interim Romae comperto Gordiani interitu hortante Domitio urbi praefectus reliquique iudices vulgo caeduntur per praetorias cohortes. 6 Quippe Gordianus, postquam delatum sibi imperium cognovit, praemia amplum in modum ostentans Romam legatos ac litteras destinaverat; quibus necato eo frustratos se milites angebantur, genus hominum pecuniae cupidius fidumque ac bonum solo quaestu. 7 At senatus metuens, ne nullis rectoribus specie captae urbis atrociora acciderent, primo potestatum vices, mox conscriptis iunioribus Clodium Pupienum Caecilium Balbinum Caesares constituit.

XXVII.
Gordianus nepos.

1 Iisdemque per Africam diebus milites Gordianum, Gordiani filium, qui forte contubemio patris praetextatus ac deinceps praefectus praetorio intererat, Augustum creavere; neque sane factum nobilitas aspernata. 2 Denique accito eo inter implana urbis atque ipso sinu praetoriae manus acie deletae per gladiatorum familias tironumque exercitum. 3 Dum haec Romae geruntur, Iulii Maximini, quos forte ea tempestate Thracia retinebat, acceptis quae evenerant, Italiam propere petunt. 4 Eos Pupienus Aquileiae obsidione confecit, postquam proelio victos reliqui paulatim deseruerant. 5 Horum imperio ad biennium per huinscemodi moras annus quaesitus. 6 Neque multo post tumultu militarium Clodio Caecilioque Romae intra Palatium caesis Gordianus solus regnum obtinuit. 7 Eoque anno lustri certamine, quod Nero Romam induxerat, aucto firmatoque in Persas profectus est, cum prius Iani aedes, quas Marcus clauserat, patentes more veterum fecisset. 8 Ibi gesto insigniter bello Marci Philippi praefecti praetorio insidiis periit sexennio imperii.

XXVIII.
Philippi duo, pater et filius.

1 Igitur Marcus Iulius Philippus Arabs Thraconites, snœpto in consortium Philippe filio, rebus ad Orientem compositis conditoque apud Arabiam Philippopoli oppido Romam venere; exstructoque trans Tiberim lacu, quod eam partem aquae penuria fatigabat, annum urbis millesimum ludis omnium generum celebrant. 2 Et quoniam nomen admonuit, mea quoque aetate post mille centesimus consule Philippo excessit nullis, ut solet, sollemnibus frequentatus: adeo in dies cura minima Romanae urbis. 3 Quod equidem denuntiatum ferunt illo tempore prodigiis portentisque; ex quis unum memorare brevi libet. 4 Nam cum pontificum lege hostiae mactarentur, suis utero maris feminarum genitalia apparuere. 5 Id haruspices solutionem posterorum portendere vitiaque fore potiora interpretati. 6 Quod frustratum iri aestimans imperator Philippus, tum quia forte praeteriens filii similem pro meritorio ephebum conspexerat, usum virilis scorti removendum honestissime consultavit. 7 Verumtamen manet: quippe condicione loci mutata peioribus flagitiis agitatur, dum avidius periculosa quibusque prohibentur mortales petunt. 8 Huc accedit, quod longe aliud Etruscorum artes cecinerant, quae bonis parte plurima iacentibus mollissimum quemque beatum fore asserebant. Eos ego ignorasse verum plane puto. 9 Etenim quamvis rerum omnium prospere successu, pudore amisso tamen fortunatus esse quis potest, cum eodem retento cetera tolerabilia sint. 10 His actis filio urbi relicto ipse quamquam debili per aetatem corpore adversum Decium profectus Veronae cadit pulso amissoque exercitu. 11 Quis Romae compertis apud castra praetoria filius interficitur. Annos potentiae quinque egere.

XXIX.
Decius.

1 At Decius, Sirmiensium vico ortus, militiae gradu ad imperium conspiraverat, laetiorque hostium nece filium Etruscum nomine Caesarem facit; statimque eo in Illyrios praemisso Romae aliquantum moratur moenium gratia, quae instituit, dedicandorum. 2 Et interea ad eum Iotapiani, qui Alexandri tumens stirpe per Syriam tentans nova militum arbitrio occubuerat, ora, uti mos est, inopinato deferuntur, simulque per eos dies Lucio Prisco, qui Macedonas praesidatu regebat, delata dominatio, Gothorum concursu, postquam direptis Thraciae plerisque illo pervenerant. 3 Qua causa Decio quam potuit maturrime Roma digresso Iulius Valens cupientissimo vulgo imperium capit. Verum utrique mox caesi, cum Priscum nobilitas hostem patriae censuisset. 4 Decii barbares trans Danubium persectantes Bruti fraude cecidere exacto regni biennio. 5 Sed Deciorum mortem plerique illustrem ferunt; namque filium audacius congredientem cecidisse in acie; patrem autem, cum perculsi milites ad solandum imperatorem multa praefarentur, strenue dixisse detrimentum unius militis parum videri sibi. Ita refecto bello, cum impigre decertaret, interisse pari modo.

XXX.
Gallus et Hostilianus.

1 Haec ubi patres comperere, Gallo Hostilianoque Augusta imperia, Volusianum Gallo editum Caesarem decernunt. 2 Dein pestilentia oritur; qua atrocius saeviente Hostilianus interiit, Gallo Volusianoque favor quaesitus, quod anxie studioseque tenuissimi cuiusque exsequias curarent.

XXXI.
Æmilius Æmilianus.

1 Igitur his Romae morantibus Æmilius Æmilianus summam potestatem corruptis militibus arripuit. 2 Ad quem expugnandum profecti Interamnae ab suis caeduntur spe praemii maioris ab Æmilio, cui nullo labore seu detrimento victoria obveniebat, simul quia immodici per luxam lasciviamque officia benevolentiae corruperant. 3 His sane omnibus biennium processit. Nam Æmilianus quoque tres menses usus modeste imperio morbo absumptus est, cum proceres primo hostem, dein exstinctis superioribus pro fortuna, uti solet, Augustum appellavissent.

XXXII.
Licinius Valerianus.

1 At milites, qui contracti undique apud Raetias ob instans bellum morabantur, Licinio Valeriano imperium deferunt. 2 Qui quamquam genere satis claro, tamen, uti mos etiam tum erat, militiam sequebatur. 3 Eius filium Gallienum senatus Caesarem creat, statimque Tiberis adulta aestate diluvii facie innudavit. 4 Prudentes perniciosum reipublicae cecinere adolescentis fluxo ingenio, quia Etruria accitus venerat, unde amnis praedictus. Quod equidem confestim evenit. 5 Nam cum eius pater bellum per Mesopotamiam anceps diuturnumque instruit, Persarum regis, cui nomen Saper erat, dolo circumventus foede laniatus interiit imperii sexto anno, senecta robustiore.

XXXIII.
Licinius Gallienus cum Salonino.

1 Sub idem tempus Licinius Gallienus cum a Gallia Germanos strenue arceret, in Illyricum properans descendit. 2 Ibi Ingebum, quem curantem Pannonios comperta Valeriani clade imperandi cupido incesserat, Mursiae devicit moxque Regalianum, qui receptis militibus, quos Mursina labes reliquos fecerat, bellum duplicaverat. 3 His prospere ac supra vota cedentibus more hominum secundis solutior rem Romanam quasi naufragio dedit cum Salonino filio, cui honorem Caesaris contulerat, adeo uti Thraciam Gothi libere pergressi Macedonas Achaeosque et Asiae finitima occuparent, Mesopotamiam Parthi, Orienti latrones seu mulier dominaretur, Alemannorum vis tunc aeque Italiam, Francorum gentes direpta Gallia Hispaniam possiderent vastato ac paene direpto Tarraconensium oppido, nactisque in tempore navigiis pars in usque Africam permearet; et amissa trans Istrum, quae Traianus quaesiverat. 4 Ita quasi ventis undique saevientibus parvis maxima ima summis orbe toto miscebantur. 5 Simulque Romam pestilentia grassabatur, quae saepe curis gravioribus atque animi desperatione oritur. 6 Inter haec ipse popinas ganeasque obiens lenonum ac vinariorum amicitiis haerebat, expositus Saloninae coniugi atque amori flagitioso filiae Attali Germanorum regis, Pipae nomine; 7 qua causa etiam civiles motus longe atrociores orti. 8 Namque primus omnium Postumus, qui forte barbaris per Galliam praesidebat, imperium ereptum ierat; explosaque Germanorum multitudine Laeliani bello excipitur; quo non minus feliciter fuso suorum tumultu periit, quod flagitantibus Mogontiacorum direptiones, quia Laelianum iuverant, abnuisset. 9 Igitur eo occiso Marius, ferri quondam opifex neque etiam tum militiae satis clarus, regnum capit. 10 Proinde cuncta ad extremum reciderant, uti talibus imperia ac virtutum omnium decus ludibrio essent. 11 Hinc denique iculariter dictam nequaquam mirum videri, si rem Romanam Marius reficere contenderet, quam Marius eiusdem artis auctor stirpisque ac nominis solidavisset. 12 Hoc iugulato post biduum Victorinus deligitur, belli scientia Postumo par, verum libidine praecipiti; qua cohibita in exordio post biennii imperium constupratis vi plerisque, ubi Attitiani coniugem concupivit facinusque ab ea viro patefactum est, accensis furtim militibus per seditionem Agrippinae occiditur. 13 Tantum actuariorum, quorum loco Attitianus habebatur, in exercitu factiones vigent, ut arduum petentibus malitia patraretur: genus hominum, praesertim hac tempestate, nequam venale callidum seditiosum habendi cupidum atque ad patrandas fraudes velandasque quasi ab natura factum, annonae dominans

eoque utilia curantibus et fortunis aratorum infestum, prudens in tempore his largiendi, quorum vecordia damnoque opes contraxerit. 14 Interim Victoria amisso Victorino filio, legionibus grandi pecunia comprobantibus Tetricum imperatorem facit, qui familia nobili praesidatu Aquitanos tuebatur, filioque eius Tetrico Caesarea insignia impartiuntur. 15 At Romae Gallienus pacata omnia ignaris publici mali improbe suadebat, crebro etiam, uti rebus ex voluntate gestis solet, ludos ac festa triumphorum, quo promptius simulata confirmarentur, exercens. 16 Sed postquam periculum propinquabat, tandem urbe egreditur. 17 Namque Aureolus, cum per Raetias legionibus praeesset, excitus, uti mos est, socordia tam ignavi ducis sumpto imperio Romam contendebat. 18 Eum Gallienus apud pontem, cui ex eo Aureoli nomen est, fusum acie Mediolanum coegit. 19 Quam urbem dum machinationibus omnis generis oppugnat, ab suis interiit. 20 Quippe Aureolus, ubi solvendi obsidii spem inanem videt, ducum Gallieni tribunorumque nomina quasi destinata ab eo ad necem astu composuit litterasque e muro, quam occultissime potuit, abiecit; quae forte a memoratis repertae metum suspicionemque iniecere mandati exitii, verum eas effluxisse incuria ministrorum. 21 Qua causa Aureliani consilio, cuius gratia in exercitu atque honos praestabant, simulata proruptione hostium nullis, uti re trepida ac repentina solet, tectum stipatoribus tabernaculo educunt nocte intempesta; teloque traicitur, cuiusnam per tenebras incertum. 22 Ita auctoris necis errore an quia bono publico acciderat, inulta caedes fuit. 23 Quamquam eo prolapsi mores sunt, uti suo quam reipublicae magisque potentiae quam gloriae studio plures agant. 24 Hinc quoque rerum vis ac nominum corrupta, dum plerumque potior flagitio, ubi armis superaverit, tyrannidem amotam vocat damno publico oppressos. 25 Quin etiam aliquanti pari libidine in caelestium numerum referuntur aegre exsequiis digni. 26 Quis ni fides gestarum rerum obstitisset, quae neque honestos praemiis memoriae frustrari sinit neque improbis aeternam illustremque famam procedere, nequiquam peteretur virtus, cum verum illud atque unicum decus pessimo cuique gratia tribueretur demptum impie bonis. 27 Denique Gallienum subacti a Claudio patres, quod eius arbitrio imperium cepisset, Divum dixere. 28 Nam cum profluvio sanguinis vulnere tam gravi mortem sibi adesse intelligeret, insignia imperii ad Claudium destinaverat honore tribunatus Ticini retinentem praesidiariam manum. 29 Quod sane extortum, cum neque Gallieni flagitia, dum urbes erunt, occultari queant, et, quisque pessimus erit, par similisque semper ipsi habebitur. 30 Adeo principes atque optimi mortalium vitae decore quam quaesitis nominibus atque compositis, quantum coniciatur, caelum adeunt seu fama hominum dei celebrantur modo. 31 At senatus comperto tali exitio satellites propinquosque per scalas Gemonias praeceps agendos decrevit,

patronoque fisci in curiam †perduci effossos oculos pependisse satis constat, cum irruens vulgus pari clamore Terram matrem, deos quoque inferos precaretur, sedes impias uti Gallieno darent. 32 Ac ni Claudius confestim recepta Mediolani urbe tamquam postulato exercitus parcendum, qui forte eorum supererant, praecepisset, nobilitas plebesque atrocius grassarentur. 33 Et patres quidem praeter commune Romani malum orbis stimulabat proprii ordinis contumelia, 34 quia primus ipse metu socordiae suae, ne imperium ad optimos nobilium transferretur, senatum militia vetuit et adire exercitum. Huic novem annorum potentia fuit.

XXXIV.
Claudius.

1 Sed Claudii imperium milites, quos fere contra ingenium perditae res subigunt recta consulere, ubi afflicta omnia perspexere, avide approbant extolluntque, viri laborum patientis aequique ac prorsus dediti reipublicae, 2 quippe ut longo intervallo Deciorum morem renovaverit. 3 Nam cum pellere Gothos cuperet, quos diuturnitas nimis validos ac prope incolas effecerat, proditum ex libris Sibyllinis est primum ordinis amplissimi victoriae vovendum. 4 Cumque is, qui esse videbatur, semet obtulisset, sibi potius id muneris competere ostendit, qui revera senatus atque omnium princeps erat. 5 Ita nullo exercitus detrimento fusi barbari summotique, postquam imperator vita reipublicae dono dedit. 6 Adeo bonis salus civium ac longa sui memoria cariora sunt; quae non gloriae modo, verum etiam ratione quadam posterorum felicitati proficiunt. 7 Hoc siquidem Conatantius et Constantinus atque imperatores nostri * * * orisque acceptior militibus praemiorum spe seu lasciviae. 8 Quo aegra asperiorque victoria fuit, dum, uti mos subditis est, studio impune peccandi remissa imperia promptius quam utilia defendant.

XXXV.
Aurelianus.

1 Ceterum Aurelianus successit tanto vehementior confestim, quasi belli reliquiae superessent, in Persas progressus est. 2 Quis deletis Italiam repetivit, cuius urbes Alamannorum vexationibus affligebantur. 3 Simul Germanis Gallia dimotis Tetrici, de quo supra memoravimus, caesae legiones proditore ipso duce. 4 Namque Tetricus, cum Faustini praesidis dolo corruptis militibus plerumque peteretur, Aureliani per litteras praesidium imploraverat eique adventanti producta ad speciem acie inter pugnam se dedit. 5 Ita, uti rectore nullo solet, turbati ordines oppressi sunt, ipse post celsum biennii imperium in triumphum ductus Lucaniae correcturam filioque veniam atque honorem senatorum cooptavit. 6 Neque secus intra urbem monetae opifices deleti, qui, cum auctore Felicissimo rationali nummariam notam corrosissent, poenae metu bellum fecerant usque eo grave, uti per Coelium montem congressi septem fere bellatorum milia confecerint. 7 His tot tantisque prospere gestis fanum Romae Soli magnificum constituit donariis ornans opulentis, ac ne unquam, quae per Gallienum evenerant, acciderent, muris urbem quam validissimis laxiore ambitu circumsaepsit; simulque usus porcinae carnis quo plebi Romanae affatim cederet, prudenter munificeque prospectavit, deletaeque fiscales et quadruplatorum, quae urbem miserabiliter affecerant, calumniae consumptis igni tabulis monumentisque huiuscemodi negotiorum atque ad Graeciae morem decreta abolitione, inter quae avaritiam peculatum provinciarumque praedatores contra morem militarium, quorum e numero erat, immane quantum sectabatur. 8 Qua causa ministri scelere, cui secretorum officium crediderat, circumventus apud Coenofrurium interiit, cum ille praedae conscientia delictique scripta callide composita tribunis quasi per gratiam prodidisset, quibus interfici iubebantur; illique eo metu accensi facinus patravere. 9 Interea milites amisso principe legatos statim Romam destinant, uti suopte arbitratu patres imperatorem deligerent. 10 Quibus hoc ipsorum potissimum convenire munus respondentibus rursum legiones ad eos reiciunt. 11 Ita utrimque pudore ac modestia certabatur, rara in hominibus virtute, rebus praesertim huiuscemodi, ac prope ignota militibus. 12 Tantum ille vir severitate atque incorruptis artibus potuit, ut eius necis nuntius auctoribus exitio, pravis metui, †simulata dubiis, optimo cuique desiderio, nemini insolentiae aut ostentationi esset, atque etiam soli quasi Romulo interregni species obvenit, longe vero gloriosior. 13 Quod factum praecipue edocuit cuncta in se orbis modo verti nibilque accidere quod rursum naturae

vis ferre nequeat aevi spatio; 14 adhuc virtutibus principum res attolli facile vel afflictas, easque firmiores praeceps vitiis dari.



XXXVI.
Tacitus et Florianus.

1 Igitur tandem senatus mense circiter post Aureliani interitum sexto Tacitum e consularibus, mitem sane visum imperatorem creat, cunctis fere laetioribus, quod militari ferocia legendi ius principis proceres recepissent. 2 Quae tamen laetitia brevis neque exitu tolerabili fuit. Namque Tacito confestim a ducentesima regni luce Tyanae mortuo, cum tamen prius auctores Aureliani necis maximeque Mucaporem ducem, quod ipsius ictu occiderat, excruciavisset, Florianus, eiusdem frater, nullo senatus seu militum consulto imperium invaserat.

XXXVII.
Probus.

1 Qui uno mense aut altero vix retentata dominatione apud Tarsum ab suis interficitur, 2 postquam Probum in Illyrico factum accepere, ingenti belli scientia exercitandisque varie militibus ac duranda iuventute prope Hannibalem alterum. 3 Namque ut ille oleis Africae pleraque per legiones, quarum otium reipublicae atque ductoribus suspectum rebatur, eodem modo hic Galliam Pannoniasque et Moesorum colles vinetis replevit postea sane quam barbarorum attritae gentes sunt, quae nostris principibus suorum scelere interfectis irruperant, simul caesis Saturnino per Orientem, Agrippinae Bonoso exercitu; nam utrique dominatum tentaverant sumpta, cui duces praeerant, manu. Qua causa receptis omnibus pacatisque dixisse proditur brevi milites frustra fore. 4 Hinc denique magis irritati paulo cis sextum annum apud Sirmium trucidavere, cum ad siccandam lacunis ac fossa urbem ipsi patriam adigerentur, quae palustri solo hiemalibus aquis corrumpitur. 5 Abhinc militaris potentia convaluit ac senatui imperium creandique ius principis ereptum ad nostram memoriam, incertum, an ipso cupiente per desidiam an metu seu dissensionum odio. 6 Quippe amissa Gallieni edicto refici militia potuit concedentibus modeste legionibus Tacito regnante, neque Florianus temere invasisset, aut iudicio manipularium cuiquam, bono licet, imperium daretur amplissimo ac tanto ordine in castris degente. 7 Verum dum oblectantur otio simulque divitiis pavent, quarum usum affluentiamque aeternitate maius putant, munivere militaribus et paene barbaris viam in se ac posteros dominandi.

XXXVIII.
Carus, Carinus et Numerianus.

1 Igitur Carus praefectura pollens praetorii augusto habitu induitur, liberis Caesaribus Carino Numerianoque. 2 Et quoniam cognita Probi morte barbarorum quique opportune invaserant, misso ad munimentum Galliae maiore filio Numeriani comitatu in Mesopotamiam pergit protinus, quod ea Persarum quasi sollemni bello subest. 3 Ubi fusis hostibus, dum gloriae inconsulte avidior Thesiphonta urbem Parthiae inclitam transgreditur, fulminis tactu conflagravit. 4 Id quidam iure ei accidisse referunt; nam cum oracula docuissent adusque oppidum memoratum perveniri victoria licere, longius delatus poenas luit. 5 Proinde arduum fatalia devertere, eoque futuri notio superflua. 6 At Numerianus amisso patre simul confectum aestimans bellum, cum exercitum reductaret, Apri praefecti praetorio soceri insidiis exstinguitur. 7 Quis casum detulit adolescentis oculorum dolor. 8 Denique diu facinus occultatum, dum clausum lectica cadaver specie aegri, ne vento obtunderetur acies, gestabatur.

XXXIX.
Valerius Diocletianus.

1 Sed postquam odore tabescentium membrorum scelus proditum est, ducum consilio tribunorumque Valerius Diocletianus domesticos regens ob sapientiam deligitur, magnus vir, his moribus tamen: 2 quippe qui primus ex auro veste quaesita serici ac purpurae gemmarumque vim plantis concupiverit. 3 Quae quamquam plus quam civilia tumidique et affluentis animi, levia tamen prae ceteris. 4 Namque se primus omnium Caligulam post Domitianumque dominum palam dici passus et adorari se appellarique uti deum. 5 Quis rebus, quantum ingenium est, compertum habeo humillimos quosque, maxime ubi alta accesserint, superbia atque ambitione immodicos esse. 6 Hinc Marius patrum memoria, hinc iste nostra communem habitum supergressi, dum animus potentiae expers tamquam inedia refecti insatiabilis est. 7 Quo mihi mirum videtur nobilitati plerosque superbiam dare, quae gentis patriciae memor molestiarum, quis agitatur, remedio eminere paululum iuris habet. 8 Verum haec in Valerio obducta ceteris bonis; eoque ipso, quod dominum dici passus, parentem egit; satisque constat prudentem virum edocere voluisse atrocitatem rerum magis quam nominum officere. 9 Interim Carinus eorum, quae acciderant, certior spe facilius erumpentes motus sedatum iri Illyricum propere Italiae circuitu petit. 10 Ibi Iulianum pulsa eius acie obtruncat. Namque is cum Venetos correctura ageret, Cari morte cognita imperium avens eripere adventanti hosti obviam processerat. 11 At Carinus ubi Moesiam contigit, illico Marcum iuxta Diocletiano congressus, dum victos avide premeret, suorum ictu interiit, quod libidine impatiens militarium multas affectabat, quarum infestiores viri iram tamen doloremque in eventum belli distulerant. 12 Quo prosperius cedente metu, ne huiuscemodi ingenium magis magisque victoria insolesceret, sese ulti sunt. Is finis Caro liberisque; Narbone patria, imperio biennii fuere. 13 Igitur Valerius prima ad exercitum contione cum educto gladio solem intuens obtestaretur ignarum cladis Numeriani neque imperii cupientem se fuisse, Aprum proxime astantem ictu transegit; cuius dolo, uti supra docuimus, adolescens bonus facundusque et gener occiderat. 14 Ceteris venia data retentique hostium fere omnes ac maxime vir insignis nomine Aristobulus praefectus praetorio per officia sua. 15 Quae res post memoriam humani nova atque inopinabilis fuit civili bello fortunis fama dignitate spoliatum neminem, cum pie admodum mansueteque geri laetemur exilio proscriptioni atque etiam suppliciis et caedibus modum fieri. 16 Quid ea memorem ascivisse consortio multos externosque

tuendi prolatandive gratia iuris Romani? 17 Namque ubi comperit Carini discessu Helianum Amandumque per Galliam excita manu agrestium ac latronum, quos Bagaudas incolae vocant, populatis late agris plerasque urbium tentare, Maximianum statim fidum amicitia quamquam semiagrestem, militiae tamen atque ingenio bonum imperatorem iubet. 18 Huic postea cultu numinis Herculio cognomentum accessit, uti Valerio Iovium; unde etiam militaribus auxiliis longe in exercitum praestantibus nomen impositum. 19 Sed Herculius in Galliam profectus fusis hostibus aut acceptis quieta omnia brevi patraverat. 20 Quo bello Carausius, Menapiae civis, factis promptioribus enituit; eoque eum, simul quia gubernandi (quo officio adolescentiam mercede exercuerat) gnarus habebatur, parandae classi ac propulsandis Germanis maria infestantibus praefecere. 21 Hoc elatior, cum barbarum multos opprimeret neque praedae omnia in aerarium referret, Herculii metu, a quo se caedi iussum compererat, Britanniam hausto imperio capessivit. 22 Eodem tempore Orientem Persae, Africam Iulianus ac nationes Quinquegentanae graviter quatiebant. 23 Adhuc apud Aegypti Alexandriam Achilleus nomine dominationis insignia induerat. 24 His de causis Iulium Constantium, Galerium Maximianum, cui cognomen Armentario erat, creatos Caesares in affinitatem vocant. 25 Prior Herculii privignam, alter Diocletiano editam sortiuntur diremptis prioribus coniugiis, ut in Nerone Tiberio ac Iulia filia Augustus quondam fecerat. 26 His sane omnibus Illyricum patria fuit: qui, quamquam humanitatis parum, ruris tamen ac militiae miseriis imbuti satis optimi reipublicae fuere. 27 Quare constat sanctos prudentosque sensu mali promptius fieri, contraque expertes aerumnarum, dum opibus suis cunctos aestimant, minus consulere. 28 Sed horum concordia maxime edocuit virtuti ingenium usumque bonae militiae, quanta his Aureliani Probique instituto fuit paene sat esse. 29 Denique Valerium ut parentem seu dei magni suspiciebant modo; quod quale quantumque sit, ab urbis conditione ad nostram aetatem propinquorum facinoribus patefactum est. 30 Et quoniam bellorum moles, de qua supra memoravimus, acrius urgebat, quadripartito imperio cuncta, quae trans Alpes Galliae sunt, Constantio commissa, Africa Italiaque Herculio, Illyrici ora adusque Ponti fretum Galerio; cetera Valerius retentavit. 31 Hinc denique parti Italiae invectum tributorum ingens malum. Nam cum omnia eadem functione moderateque ageret, quo exercitus atque imperator, qui semper aut maxima parte adorant, ali possent, pensionibus inducta lex nova. 32 Quae sane illorum temporum modestia tolerabilis in perniciem processit his tempestatibus. 33 Interim Iovio Alexandriam profecto provincia credita Maximiano Caesari, uti relictis finibus in Mesopotamiam progrederetur ad arcendos Persarum impetus. 34 A quis primo graviter vexatus contracto confestim exercitu e veteranis ac

tironibus per Armeniam in hostes contendit; quae ferme sola seu facilior vincendi via est. 35 Denique ibidem Narseum regem in dicionem subegit, simul liberos coniugesque et aulam regiam. 36 Adeo victor, ut, ni Valerius, cuius nutu omnia gerebantur, incertum qua causa abnuisset, Romani fasces in provinciam novam ferrentur. 37 Verum pars terrarum tamen nobis utilior quaesita; quae cum acrius reposcuntur, bellum recens susceptum est grave admodum perniciosumque. 38 At in Aegypto Achilleus facili negotio pulsus poenas luit. 39 Per Africam gestae res pari modo, solique Carausio remissum insulae imperium, postquam iussis ac munimento incolarum contra gentes bellicosas opportunior habitus. 40 Quem sane sexennio post Allectus nomine dolo circumvenit. 41 Qui cum eius permissu summae rei praeesset, flagitiorum et ob ea mortis formidine per scelus imperium extorserat. 42 Quo usum brevi Constantius Asclepiodoto, qui praetorianis praefectus praeerat, cum parte classis ac legionum praemisso delevit. 43 Et interea caesi Marcomanni Carporumque natio translata omnis in nostrum solum, cuius fere pars iam tum ab Aureliano erat. 44 Neque minore studio pacis officia vincta legibus aequissimis ac remoto pestilenti frumentariorum genere, quorum nunc agentes rerum simillimi sunt. 45 Qui cum ad explorandum annuntiandumque, ecqui forte in provinciis motus exsisterent, instituti viderentur, compositis nefarie criminationibus, iniecto passim metu, praecipue remotissimo cuique, cuncta foede diripiebant. Simul annona urbis ac stipendiariorum salus anxie solliciteque habita, honestiorumque provectu et e contra suppliciis flagitiosi cuiusque virtutum studia augebantur. Veterrimae religiones castissime curatae, ac mirum in modum novis adhuc cultisque pulchre moenibus Romana culmina et ceterae urbes ornatae, maxime Carthago, Mediolanum, Nicomedia. 46 Neque tamen, cum haec agerent, extra vitia fuere. Quippe Herculius libidine tanta agebatur, ut ne ab obsidum corporibus quidem animi labem comprimeret; Valerio parum honesta in amicos fides erat discordiarum sane metu, dum enuntiationibus posse agitari quietem consortii putat. 47 Hinc etiam quasi truncatae vires urbis imminuto praetoriarum cohortium atque in armis vulgi numero; quo quidem plures volunt imperium posuisse. 48 Namque imminentium scrutator, ubi fato intestinas clades et quasi fragorem quendam impendere comperit status Romani, celebrato regni vicesimo anno valentior curam reipublicae abiecit, cum in sententiam Herculium aegerrime traduxieset, cui anno minus potentia fuerat. Et quamquam aliis alia aestimantibus veri gratia corrupta sit, nobis tamen excellenti natura videtur ad communem vitam spreto ambitu descendisse.

XL.
Constantius et Armentarius, Severus et Maximinus, item Constantinus et Maxentius.

1 Igitur Constantio atque Armentario his succedentibus Severus Maximinusque Illyricorum indigenae Caesares, prior Italiam posteriorque, in quae Iovius obtinuerat, destinantur. 2 Quod tolerare nequiens Constantinus, cuius iam tum a puero ingens potensque animus ardore imperitandi agitabatur, fugae commento, cum ad frustrandos insequentes publica iumenta, quaqua iter egerat, interficeret, in Britanniam pervenit; nam is a Galerio religionis specie ad vicem obsidis tenebatur. 3 Et forte iisdem diebus ibidem Constantium patrem vel parentem vitae ultima urgebant. 4 Quo mortuo cunctis qui aderant, annitentibus imperium capit. 5 Interim Romae vulgus turmaeque praetoriae Maxentium retractante diu patre Herculio imperatorem confirmant. 6 Quod ubi Armentarius accepit, Severum Caesarem, qui casu ad urbem erat, arma in hostem ferre propere iubet. 7 Is circum muros cum ageret, desertus a suis, quos praemiorum illecebris Maxentius traduxerat, fugiens obsessusque Ravennae obiit. 8 Hoc acrior Galerius ascito in consilium Iovio Licinium vetere cognitum amicitia Augustum creat; eoque ad munimentum Illyrici ac Thraciae relicto Romam contendit. 9 Ibi cum obsidione distineretur, militibus eadem, qua superiores, via attentatis, metu ne desereretur, Italia decessit; pauloque post vulnere pestilenti consumptus est, cum agrum satis reipublicae commodantem caesis immanibus silvis atque emisso in Danubium lacu Pelsone apud Pannonios fecisset. 10 Cuius gratia provinciam uxoris nomine Valeriam appellavit. 11 Huic quinquennii imperium, Constantio annuum fuit, cum sane uterque potentiam Caesarum annos tredecim gessissent. 12 Adeo miri naturae beneficiia, ut ea si a doctis pectoribus proficiscerentur neque insulsitate offenderent, haud dubie praecipua haberentur. 13 Quare compertum est eruditionem elegantiam comitatem praesertim principibus necessarias esse, cum sine his naturae bona quasi incompta aut etiam horrida despectui sint, contraque ea Persarum regi Cyro aeternam gloriam paraverint. 14 At memoria mea Constantinum, quamquam ceteris promptum virtutibus, adusque astra votis omnium subvexere. 15 Qui profecto si munificentiae atque ambitioni modum hisque artibus statuisset, quis praecipue adulta ingenia gloriae studio progressa longius in contrarium labuntur, haud multum abesset deo. 16 Is ubi vastari urbem atque Italiam comperit pulsosque seu redemptos exercitus et imperatores duos, composita pace per Gallias Maxentium petit. 17 Ea tempestate

apud Poenos Alexander pro praefecto gerens dominatui stolide incubuerat, cum ipse debili aetate, agrestibus ac Pannonicis parentibus vecordior, milites tumultuarie quaesiti, armorum vix medium haberetur. 18 Denique eum a tyranno missi paucissimis cohortibus Rufius Volusianus praefectus praetorio ac militares duces levi certamine confecere. 19 Quo victo Maxentius Carthaginem, terrarum decus, simul Africae pulchriora vastari diripi incendique iusserat, ferus inhumanusque ac libidine multa tetrior. 20 Adhuc pavidus et imbellis atque in desidiam foede pronus, usque eo, ut flagrante per Italiam belle fusisque apud Veronam suis nihilo segnius solita curaret neque patris exitio moveretur. 21 Namque Herculius natura impotentior, simul filii segnitiem metuens inconsulte imperium repetiverat. 22 Cumque specie officii dolis compositis Constantinum generum tentaret acerbe, iure tandem interierat. 23 Sed Maxentius atrocior in dies tandem urbe in Saxa rubra milia ferme novem aegerrime progressus, cum caesa acie fugiens semet Romam reciperet, insidiis, quas hosti apud pontem Milvium locaverat, in transgressu Tiberis interceptus est tyrannidis anno sexto. 24 Huius nece incredibile quantum laetitia gaudioque senatus ac plebes exsultaverint; quos in tantum afflictaverat, uti praetorianis caedem vulgi quondam annuerit primusque instituto pessimo munerum specie patres aratoresque pecuniam conferre prodigenti sibi cogeret. 25 Quorum odio praetoriae legiones ac subsidia factionibus aptiora quam urbi Romae sublata penitus, simul arma atque usus indumenti militaris. 26 Adhuc cuncta opera, quae magnifice construxerat, urbis fanum atque basilicam Flavii meritis patres sacravere. 27 A quo etiam post Circus maximus excultus mirifice atque ad lavandum institutum opus ceteris haud multo dispar. 28 Statuae locis quam celeberrimis, quarum plures ex auro aut argenteae sunt; tum per Africam sacerdotium decretum Flaviae genti, Cirtaeque oppido, quod obsidione Alexandri conciderat, reposito exornatoque nomen Constantina inditum. 29 Adeo acceptius praestantiusque tyrannorum depulsoribus nihil est, quorum gratia eo demum auctior erit, si modesti atque abstinentes sint. 30 Quippe humanae mentes frustratae boni spe asperius offenduntur, cum mutato rectore flagitioso aerumnarum vis manet.

XLI.
Constantinus, Licinius, Crispus, Constantius, Licinianus, Constans, Dalmatius, Magnentius, Vetranio.

1 Dum haec in Italia geruntur, Maximinus ad Orientem post biennii augustum imperium fusus fugatusque a Licinio apud Tarsum perit. 2 Ita potestas orbis Romani duobus quaesita, qui quamvis per Flavii sororem nuptam Licinio conexi inter se erant, ob diverses mores tamen anxie triennium congruere quivere. 3 Namque illi praeter admodum magna cetera, huic parsimonia et ea quidem agrestis tantummodo inerat. 4 Denique Constantinus cunctos hostes honore ac fortunis manentibus texit recepitque, eo pius, ut etiam vetus teterrimumque supplicium patibulorum et cruribus suffringendis primus removerit. 5 Hinc pro conditore seu deo habitus. Licinio ne insontium quidem ac nobilium philosophorum servili more cruciatus adhibiti modum fecere. 6 Quo sane variis proeliis pulso, cum eum prorsus opprimere arduum videretur, simul affinitatis gratia refectum consortium ascitique imperio Caesarum communes liberi Crispus Constantinusque Flavio geniti, Licinianus Licinio. 7 Quod equidem vix diuturnum neque his, qui assumebantur, felix fore defectu solis foedato iisdem mensibus die patefactum. 8 Itaque sexennio post rupta pace apud Thracas Licinius pulsus Chalcedona concessit. 9 Ibi ad auxilium sui Martiniano in imperium cooptato una oppressus est. 10 Eo modo respublica unius arbitrio geri coepit, liberis Caesarum nomina diversa retentantibus: namque ea tempestate imperatori nostro Constantio insigne Caesaris datum. 11 Quorum cum natu grandior, incertum qua causa, patris iudicio occidisset, repente Calocerus magister pecoris camelorum Cyprum insulam specie regni demens capessiverat. 12 Quo excruciato, ut fas erat, servili aut latronum more, condenda urbe formandisque religionibus ingentem animum avocavit, simul novando militiae ordine. 13 Et interea Gothorum Sarmatarumque stratae gentes, filiusque cunctorum minor, Constans nomine, Caesar fit. 14 Cuius gratia reipublicae permixtionem fore ostentorum mira prodidere; quippe ea nocte, quae commissi imperii diem sequebatur, igni continuo caeli facies coliflagravit. 15 Abhinc consumpto fere bieimio fratris filium, cui ex patre Dalmatio nomen fait, Caesarem iussit obsistentibus valide militaribus. 16 Ita anno imperii tricesimo secundoque, cum totum orbem tredecim tenuisset, sexaginta natus atque amplius duo, in Persas tendens, a quis bellum erumpere occeperat, rure proximo Nicomediae — Achyronam vocant — excessit, cum id tetrum sidus regnis, quod crinitum vocant, portendisset. 17

Funus relatum in urbem sui nominis. Quod sane populus Romanus aegerrime tulit, quippe cuius armis legibus clementi imperio quasi novatam urbem Romam arbitraretur. 18 Pons per Danubium ductns; castra castellaque pluribus locis commode posita. 19 Remotae olei frumentique adventiciae praebitiones, quibus Tripolis ac Nicaea acerbius angebantur. 20 Quorum superiores Severi imperio gratantes civi obtulerant, verteratque gratiam muneribus in perniciem posterorum dissimulatio. Alteros Marcus Boionius afflixerat mulcta, quod Hipparchum praestanti ingenio indigenam fuisse ignoravissent. Fiscales molestiae severius pressae, cunctaque divino ritui paria viderentur, ni parum dignis ad publica aditum concessisset. 21 Quae quamquam saepius accidere, tamen in summo ingenio atque optimis reipublicae moribus, quamvis parva vitia, elucent magis eoque notantur facile; quin etiam acrius saepe officiunt, cum ob auctoris decus in virtutes potissimum accipiuntur atque ad imitandum invitamento sunt. 22 Igitur confestim Dalmatius, incertum quo suasore, interficitur; statimque triennio post minimum maximumque fatali bello Constantinus cadit. 23 Qua Constans victoria tumidior, simul per aetatem cautus parum atque animi vehemens, adhuc ministrorum pravitate exsecrabilis atque praeceps in avaritiam despectumque militarium anno post triumphum decimo Magnentii scelere circumventus est externarum sane gentium compressis motibus. 24 Quarum obsides pretio quaesitos pueros venustiores quod cultius habuerat, libidine huiuscemodi arsisse pro certo habetur. 25 Quae tamen vitia utinam mansissent! Namque Magnentii, utpote gentis barbarae, diro atrocique ingenio, simul his, quae post accidere, adeo exstincta omnia sunt, ut illud imperium haud iniuria desideraretur; 26 tum quia Vetranio litterarum prorsus expers et ingenio stolidior idcircoque agresti vecordia pessimus, cum per Illyrios peditum magisterio milites curaret, dominationem ortus Moesiae superioris locis squalidioribus improbe occupaverat.

XLII.
Constantius, Nepotianus, Decentius, Patricius, Silvanus, Julianus.

1 Eum Constantius cis mensem decimum facundiae vi deiectum imperio in privatum otium removit. 2 Quae gloria post natum imperium soli processit eloquio clementiaque. 3 Nam cum magna parte utrimque exercitus convenissent, habita ad speciem iudicii contione, quod fere vix aut multo sanguine obtinendum erat, eloquentia patravit. 4 Quae res satis edocuit non modo domi, verum militiae quoque dicendi copiam praestare; qua demum vel ardua proclivius eo conficiuntur, si modestia atque integritate superet. 5 Quod maxime cognitum e nostro principe; quem tamen, quo minus statim in hostes alios ad Italiam contenderet, hiems aspera clausaeque Alpes tardavere. 6 Interim Romae corrupto vulgo, simul Magnentii odio Nepotianus, materna stirpe Flavio propinquus, caeso urbi praefecto armataque gladiatorum manu imperator fit. 7 Cuius stolidum ingenium adeo plebi Romanae patribusque exitio fuit, uti passim domus fora viae templaque cruore atque cadaveribus opplerentur bustorum modo. 8 Neque per eum tantum, verum etiam advolantibus Magnentianis, qui tricesimo die triduo minus hostem perculerant. 9 Sed iam antea cum externi motus suspectarentur, Magnentius fratri Decentio Gallias, Constantius Gallo, cuius nomen suo mutaverat, Orientem Caesaribus commiserant. 10 Ipsi inter se acrioribus proeliis per triennium congressi; ad extremum Constantius fugientem in Galliam persecutus vario ambos supplicio semet adegit interficere. 11 Et interea Iudaeorum seditio, qui Patricium nefarie in regni speciem sustulerant, oppressa. 12 Neque multo post ob saevitiam atque animum trucem Gallus Augusti iussu interiit. 13 Ita longo intervallo annum fere post septuagesimum relata ad unum cura reipublicae. 14 Quae recens quieta a civili trepidatione Silvano in imperium coacto tentari rursus occeperat. 15 Is namque Silvanus in Gallia ortus barbaris parentibus ordine militiae, simul a Magnentio ad Constantium transgressu pedestre ad magisterium adolescentior meruerat. 16 E quo cum altius per metum seu dementiam conscendisset, legionum, a quis praesidium speraverat, tumuitu octavum circa ac vicesimum diem trucidatus est. 17 Qua causa ne quid apud Gallos natura praecipites novaretur, praesertim Germanis pleraque earum partium populantibus Iulianum Caesarem cognatione acceptum sibi Transalpinis praefecit, isque nationes feras brevi subegit captis famosis regibus. 18 Quae quamquam vi eius, fortuna principis tamen et consilio accidere. 19 Quod adeo praestat, ut Tiberius Galeriusque subiecti aliis egregia pleraque, suo autem ductu atque

auspicio minus paria experti sint. 20 At Iulius Constantius, annos tres atque viginti augustum imperium regens, cum externis motibus, modo civilibus exercetur, aegre ab armis abest. 21 Quis tyrannide tantorum depulsa sustentatoque interim Persarum impetu genti Sarmatarum magno decore considens apud eos regem dedit. 22 Quod Gnaeum Pompeium in Tigrane restituendo vixque paucos maiorum fecisse comperimus. 23 Placidus clemensque pro negotio, litterarum ad elegantiam prudens atque orandi genere leni iocundoque; laboris patiens ac destinandi sagittas mire promptus; cibi omnis libidinis atque omnium cupidinum victor; cultu genitoris satis pius suique nimis custos; gnarus vita bonorum principum reipublicae quietem regi. 24 Haec tanta tamque inclita tenue studium probandis provinciarum ac militiae rectoribus, simul ministrorum parte maxima absurdi mores, adhuc neglectus boni cuiusque foedavere. 25 Atque uti verum absolvam brevi: ut imperatore ipso praeclarius, ita apparitorum plerisque magis atrox nihil.

538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y*

regionalistas)

510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*

509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*

508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*

507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*

506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*

505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*

504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*

503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*

502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*

501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*

500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*

499 Pere M. Rossell, *La Raza*

498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*

497 Marco Aurelio, *Soliloquios*

496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*

495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*

494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*

493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*

492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*

491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*

490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*

489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*

488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*

487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*

486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*

485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*

484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*

483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*

482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*

481 José García de León y Pizarro, *Memorias*

480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*

447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*

416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano…*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*

388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*

358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de “Gracia y Justicia” (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos*

de la ley y sunna
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*

297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*

265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España…* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*

227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*

192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*

158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de… la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*

120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*

85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*

49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*

12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)